



EL BEBÉ
SECRETO DEL
MULTIMILLONARIO

G.R. OLIVEIRA

EL BEBÉ SECRETO DEL MULTIMILLONARIO: UN EMBARAZO OCULTO, UN CEO Y UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD (2026)

Copyright © G.R. OLIVEIRA

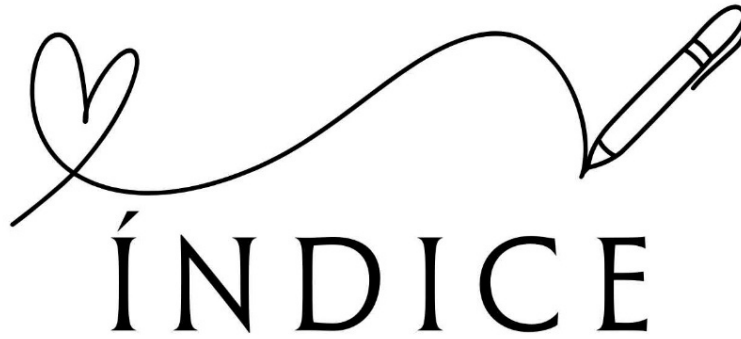
Publicación Independiente | Todos los derechos
reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Todos los derechos están reservados y protegidos por la ley n.º 9.610, de 10 de febrero de 1998.

Queda prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento por escrito del autor.

ÍNDICE



<u>ÍNDICE</u>
<u>SINOPSIS</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

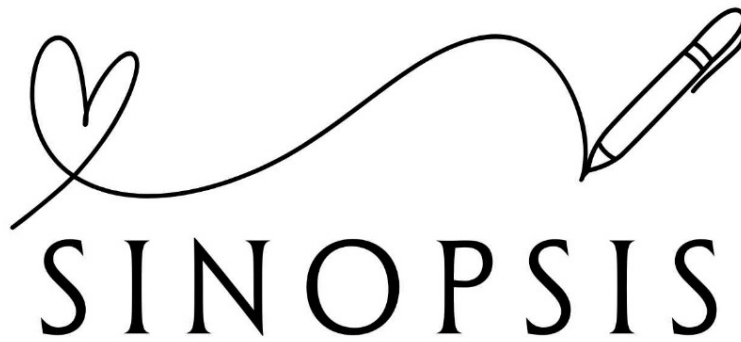
[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

SINOPSIS



ELLA guarda un secreto que crece cada día.

ÉL posee un imperio, un apellido temido... y la deuda más cara de su vida está por vencer.

VIOLA SANTORO

Vine a Capri por un artículo, no para enamorarme de un desconocido en un bar de pescadores.

Por la mañana descubrí lo demás: Massimo Greco, el multimillonario dueño de la isla. Y él creyó una mentira sobre mí, sin hacerme una sola pregunta.

Dos llamadas, y me quedé sin nada: sin trabajo, sin reputación, sin puertas que se abrieran.

Lo que tengo ahora, él nunca lo sabrá. Un hombre que me destruyó sin comprobar los hechos no merece conocer a nuestro hijo.

MASSIMO GRECO

Leo a las personas como hojas de cálculo. Nunca me equivoco.

Me equivoqué una sola vez: la noche en que una mujer descalza me hizo reír de verdad, y la mañana en que elegí creer que mentía, porque la mentira dolía menos que la esperanza.

La borré de mi vida con la misma frialdad con la que cierro un trato.

Ahora vuelve a estar frente a mí. Más orgullosa que nunca. Con un secreto bajo el abrigo que ninguna hoja de cálculo había previsto.

He pasado la vida comprándolo todo. Pero su perdón no está en venta.

Y yo nunca he perdido una negociación.

**• BEBÉ SECRETO • MULTIMILLONARIO ATORMENTADO •
DIFERENCIA DE EDAD • REDENCIÓN ÉPICA • FAMILIA DEL
SUR • NOVELA AUTOCONCLUSIVA CON FINAL FELIZ**

** El bebé secreto del multimillonario es el tercer volumen de la serie Multimillonarios Despiadados. Cada libro sigue a un magnate diferente y puede leerse de forma independiente.*



CAPÍTULO 1

«Un comienzo bonito es como el mar en calma: no avisa del precio. La cuenta solo llega cuando la playa ya ha quedado atrás».

VIOLA SANTORO

Capri no había sido construida para gente como yo, y la isla se encargaba de avisarlo nada más bajar del ferry.

El aire olía a limón, a sal y a dinero.

A mucho dinero.

En la piazzetta de allá arriba, mujeres vestidas de lino blanco tomaban spritz color atardecer como si fuera obligación de ley, y sus zapatos costaban más de lo que yo ganaba en meses.

Subí la isla en sandalias planas, con una mochila vieja a la espalda, arrastrando una maleta prestada que había conocido tiempos mejores.

Bienvenida al paraíso, Viola. Intenta no tropezar con nada caro.

No es que me estuviera quejando. Lo estaba haciendo, pero solo por dentro, que es donde toda periodista freelance de Bari aprende a quejarse sin perder el trabajo.

El resort estaba en la punta de la isla, colgado del acantilado como si desafiara a la gravedad a atreverse.

Mármol claro, olivos podados con regla, una piscina infinita que se derramaba en el azul como si el mar fuera solo un accesorio decorativo.

Todo caro, precioso y con ese silencio de lugar donde nadie ha tenido que preguntar nunca el precio de nada.

Me encantó y lo detesté a partes iguales. Es un talento que tengo.

La reinauguración era el motivo de que yo estuviera allí. Un mes antes, la revista me había llamado —la revista, con dirección de verdad en Roma y un nombre que abría puertas que mi cara no abría— para ofrecerme la cobertura de la reapertura del hotel insignia del Gruppo Greco.

Tres días en la isla, alojamiento pagado, reportaje de portada. Y era el caché lo que me aceleraba el corazón, no el mármol.

Cogí el teléfono en cuanto llegué a la habitación —pequeña, al fondo, la habitación que sobra para la prensa, pero con una ventanita que daba al mar, y para mí aquello ya era demasiado lujo—.

Marqué el número de casa antes incluso de deshacer la maleta.

Contestó al primer tono, y Bari entera se coló por la línea: la televisión alta, una cazuela golpeando, alguien gritando de fondo.

—¡Vio! —La voz de Nino, mi hermano mediano, catorce años y un talento raro para pedir dinero—. La mamma ha dicho que, si llamas, es para avisar de que has llegado bien. ¿Has llegado?

—He llegado a la isla, todavía no al reportaje. —Apoyé la frente en el cristal frío de la ventana—. Y buenas noches a ti también, enano.

—Necesitamos zapatillas nuevas. Las mías se han roto.

Claro que se habían roto.

—Necesitamos un montón de cosas, Nino. Déjame trabajar primero. Pásame a la mamma.

Hubo ese arrastrar de zapatillas que me sabía de memoria, y luego su voz, cansada y dulce como siempre, preguntando si había comido, si el sitio era bonito, si la gente me trataba bien.

Ella nunca preguntaba por el dinero, jamás, y era exactamente por eso por lo que no podía fallarle.

—Está todo precioso, mamma —respondí.

La mitad era verdad.

Colgué al cabo de unos minutos, antes de que la añoranza hiciera alguna tontería con mi voz.

Respiré hondo y miré el mar por la ventanita, para recordar por qué aguantaba todo aquello.

Algún día, ese caché se convertiría en tiempo. Tiempo para escribir mi libro —el de verdad, sobre los pueblecitos del sur que nadie fotografiaba, sobre la gente que vivía en ellos: los pescadores, las nonnas en las ventanas, el olor a pan recién hecho a las cinco de la mañana. Mi gente.

Algún día. De momento, sonrío a los ricos y escribe bonito sobre su piscina.

El cóctel de prensa era a las ocho, en la terraza, y llegué tarde a propósito. Cinco minutos: lo justo para no parecer ansiosa, lo bastante poco para no parecer maleducada.

Fue un error; ninguna hora habría sido la correcta.

Las copas de prosecco se deslizaban en bandejas, un cuarteto de cuerda tocaba bajito en un rincón, y trescientas personas que se conocían de toda la vida fingían no estar todas allí por lo mismo: un atisbo del dueño.

—¿Tú eres de...? —Una mujer con vestido metalizado me interceptó, recorrió con la mirada mi acreditación y mi vestido en el mismo barrido entrenado, y su sonrisa cayó medio grado—. Ah. Freelance.

—Viola Santoro. —Le tendí la mano, que ella estrechó como quien toca algo ligeramente húmedo—. ¿Y tú trabajas en...?

—Comunicación. —Ya miraba por encima de mi hombro, buscando gente que mereciera más la pena—. Si necesitas material, habla con la recepción de prensa. Signorina.

Puse los ojos en blanco en cuanto me dio la espalda.

Cogí una copa solo por tener algo que hacer con las manos y me moví por el borde de la terraza, donde la fiesta se volvía más rala.

Era siempre el mismo idioma en esos sitios —quilate, yate, temporada— y yo entendía cada palabra sin hablar ninguna.

Fue allí donde oí el nombre por primera vez aquella noche, susurrado con esa reverencia que solo el dinero grande les arranca a las personas.

—... ¿ha aparecido Greco?

—Ya sabes cómo es, nunca aparece en su propia fiesta. Nadie tiene una foto decente del hombre.

Greco.

El dueño de todo aquello. Allí todo el mundo lo llamaba solo por el apellido, como si el nombre de pila fuera demasiado íntimo para la gente corriente.

Un hombre sin rostro: había leído tres páginas sobre su imperio en el dossier de prensa y no lo reconocería ni aunque me sirviera la copa. El apellido, la fortuna, y nada más: era todo lo que sabía de él.

Un multimillonario que huye de las cámaras. Qué original.

Le di un trago al prosecco ya templado.

El aire de la terraza, de repente, se volvió demasiado pesado. Demasiada gente riéndose demasiado alto de nada, el perfume caro de todos mezclándose en un solo olor, empalagoso.

Sentí esa opresión en el pecho que me entraba cuando pasaba demasiado tiempo fingiendo pertenecer a un lugar que no me quería.

Dejé la copa aún llena en una mesa cualquiera y me marché sin despedirme de nadie.

Privilegio de quien nadie ha notado llegar.

Bajé la escalinata lateral del resort a oscuras, guiada por el ruido del agua, hasta donde el mármol se acababa y la isla volvía a ser isla.

Allí abajo, casi a la altura del mar, había un bar.

Un bar de verdad: cuatro mesas de madera comidas por el salitre, una parra torcida, un viejo detrás de la barra secando vasos sin ninguna prisa.

Nada de prosecco, y mucho menos vestidos metalizados.

Respiré tranquila por primera vez en horas.

Me senté en una mesa pegada al murete, me quité las sandalias sin pedirle permiso a nadie y dejé que el viento salado me revolviera el pelo.

El mar batía allá abajo, oscuro y enorme, y por un segundo no fui la freelance impuntual de la acreditación torcida. Fui solo una mujer de Bari con los pies doloridos, feliz de una manera pequeña y verdadera.

Esto sí. Cerré los ojos y dejé que la sal me llenara los pulmones. Esto sí sé escribirlo.

—Te has escapado de la fiesta equivocada.

La voz llegó desde detrás de mí. Grave, baja, con un hilo de ironía que me rozó la nuca antes incluso de que terminara la frase.

El corazón me falló un latido, y todavía ni siquiera había girado la cara.



CAPÍTULO 2

«Aprendí a leer a cualquiera antes de que terminara su primera frase. A mí no me ha leído nunca nadie, y de eso me había encargado yo».

MASSIMO GRECO

Había muchísimas personas en mi fiesta y ninguna de ellas había venido por mí.

Venían por el champán, por las vistas, por la posibilidad de contar mañana que estuvieron allí. Venían por el apellido —esa acreditación invisible que lleva todo multimillonario, la que hace que la sonrisa del otro se abra antes de que digas buenas noches—.

Conocía cada rostro de aquella terraza como quien conoce un balance: sabía lo que quería cada uno, cuánto valía, dónde iba a ceder.

Siempre lo supe; era mi talento y mi maldición. Leía a la gente como leía una hoja de cálculo: columna a columna, sin equivocarme.

La fama decía que yo era un bohemio, pero la fama era perezosa.

Mientras sonreía a los fotógrafos de mi propia reinauguración, tenía tres negociaciones abiertas en el teléfono.

A esas alturas de la noche, el dueño ya había cumplido su función de dueño. Estreché las manos correctas lejos de los objetivos y desaparecí antes del postre.

Massimo Greco nunca se queda al brindis.

Formaba parte del personaje.

Bajé la escalinata lateral a oscuras, aflojándome la corbata, y dejé que el ruido de la fiesta muriera a mi espalda hasta convertirse solo en el mar.

El bar de Enzo estaba donde el mármol del resort se acababa y la isla volvía a ser pobre y honesta.

Cuatro mesas cojas, una parra, el viejo secando vasos como llevaba haciendo treinta años. Enzo me vio, alzó la barbilla a modo de saludo y cogió la botella sin preguntar.

Allí yo no era dueño de nada; era solo el hombre que aparecía de vez en cuando para huir de su propia vida.

Fue entonces cuando la vi.

Una mujer, sola, en una mesa pegada al murete. Descalza, con las sandalias tiradas en el suelo, los pies recogidos bajo el cuerpo. El viento jugaba con su pelo oscuro y ella no hacía nada por domarlo.

Miraba el mar como se mira a una persona querida: sin prisa, sin público.

Aquella isla entera, aquella semana entera, existía por mi fiesta, y ella parecía caída de otro mundo. Un mundo donde nadie sabía mi nombre.

Interesante.

Me acerqué antes de decidir que iba a acercarme.

De cerca era pequeña, de ese tipo de pequeñez que engaña, porque la barbilla erguida ocupaba la mesa entera. El pelo oscuro le caía largo y liso por la espalda, revuelto de viento y de indiferencia, y su piel tenía el bronceado de quien toma el sol de verdad, no de tumbona de hotel. Pero el problema eran los ojos. Oscuros, enormes, demasiado expresivos para mi tranquilidad: cada pensamiento pasaba por ellos un segundo antes de convertirse en palabra.

Y ninguno de aquellos pensamientos me estaba calculando.

—Te has escapado de la fiesta equivocada.

Ella volvió la cara despacio, sin sobresalto, y me midió de arriba abajo con aquellos ojos oscuros que no pedían permiso a nadie.

—No sabía que las fiestas tuvieran lado correcto y lado equivocado. —Apoyó la barbilla en la mano—. Pero, si lo tienen, apuesto a que el equivocado es el más divertido.

Retiré la silla frente a ella sin preguntar.

Quien sabía quién era yo nunca protestaba por un sitio que yo ocupara. Protestaba después, con los ojos, agradecido.

—Estás en tu casa —dijo ella, irónica.

Enzo trajo un segundo vaso sin que yo lo pidiera. Vino blanco de la casa, del continente, de los baratos.

Le serví a ella primero.

—Qué valor —dijo, mirando el líquido—. Servirle vino de bar de pescadores a una desconocida. ¿Y si soy crítica?

—No lo eres. —Llené mi vaso.

—¿Cómo lo sabes?

—Los críticos de vino no se quitan los zapatos. —Empujé el vaso hacia ella—. Bebe. Es honesto.

Bebió. Hizo una mueca, luego un segundo trago sin mueca ninguna, y tuve que contener la sonrisa.

—De allá arriba. —Señaló con la barbilla las luces del resort en el acantilado—. ¿Tú también te has escapado de aquello?

—Digamos que aquello y yo tenemos una relación complicada.

—Como todo el mundo con el dinero que no es suyo. —Hizo girar el vaso entre los dedos—. He pasado la tarde allí. ¿Sabes que ponen a un hombre tocando el arpa junto a la piscina? Un arpa. Para que los huéspedes se relajen mientras flotan. Si existe un infierno para músicos, es ese.

Me reí. Me reí de verdad, algo que no me pasaba en una fiesta desde hacía años.

El arpa, por cierto, había sido idea mía.

—¿Y tú a qué te dedicas, aparte de condenar a arpistas inocentes?

—Escribo. —Se encogió de hombros, como si fuera poca cosa. No lo era; se le oía en el cambio de la voz—. Sobre lugares, sobre gente. Pueblos pequeños que no caben en un folleto de lujo. Prefiero un puerto de pescadores a las siete de la mañana a cualquier piscina infinita del mundo.

La observé mientras hablaba.

La luz del farol le daba de lado, y había en aquel rostro una juventud que me devolvió, de golpe, la conciencia exacta de mis cuarenta y tres años.

Aparentaba veintipocos. Hablaba con las manos, se reía con facilidad y no tenía la menor idea de lo guapa que era. Lo que la hacía peligrosa de una manera que ninguna mujer con vestido metalizado sería jamás.

Y no quería nada de mí. Eso fue lo que me atrapó.

No la boca, no la curva de la nuca cuando se volvió hacia el mar. Fue estar sentado, por primera vez en no sé cuántos años, frente a alguien que se reía conmigo sin calcular el cambio. Que no sabía el tamaño de mi cuenta y, por tanto, no me ponía en la balanza.

He tenido muchas noches. Es lo que dicen de mí, y es verdad: mujeres guapas, caras conocidas, mañanas que ya había olvidado antes del café. Ninguna me había hecho sentir nunca aquello: querido por el hombre, no por la cifra.

—Ni siquiera me has dicho tu nombre —dijo ella.

Fue ahí. El instante en que lo correcto era decir el nombre completo y ver cambiar la luz en sus ojos —porque cambia, siempre cambia, en el segundo exacto en que la persona entiende con quién está hablando—.

No quise ver cambiar aquello. Apreté la mandíbula y elegí.

—Massimo —respondí.

—Viola. —Extendió la mano sobre la mesa, y yo la retuve demasiado tiempo para un saludo. Era una mano pequeña y cálida, con un leve callo en una de las yemas. Manos de quien trabaja—. ¿Solo Massimo?

—Solo Massimo. Y tú hablas demasiado para alguien que dice que solo escribe.

—Y tú preguntas demasiado poco, para alguien que se ha sentado sin invitación.

Ella sonrió.

Debería haberle soltado la mano, haberle dado las gracias por el vino, haber subido la escalinata y haber vuelto a ser quien era allá arriba.

Muchos años construyendo una sola regla: no dejar nunca a nadie lo bastante cerca para leer lo que había escrito debajo de mi nombre. Muchos años de puerta cerrada por dentro.

Y allí, descalzo de alma en un bar de pescadores, decidí — contra todo lo que sabía de mí mismo— que aquella noche no iba a terminar tan pronto.

¿Qué mal podía haber en ser solo «Massimo» por una noche?



CAPÍTULO 3

«Hay noches que pesan más que un año. Uno solo descubre cuáles a la hora de pagarlas».

VIOLA SANTORO

Deberíamos habernos quedado en el bar.

En el bar había reglas: la mesa entre nosotros, el vaso al que agarrarse, Enzo de testigo.

Sin embargo, en algún momento la botella se acabó, y Massimo —solo Massimo— inclinó la cabeza hacia la calleja oscura que subía por la isla y me preguntó si me daban miedo las escalinatas.

Las escalinatas, no.

Capri de noche era otra isla. Sin las tiendas encendidas, sin los turistas, quedaban los muros encalados, el olor a jazmín escurriéndose por las rejas y los gatos, dueños de todo.

Massimo era alto de una manera que hacía que la calleja pareciera estrecha —más de un palmo por encima de mí, y ninguna prisa en ningún gesto, como si fuera el mundo el que tuviera que ajustarse a su paso—. Moreno, con el bronceado de quien vive entre el sol y el mar, los hombros anchos bajo la camisa de fiesta abierta en el cuello. Y los ojos castaños, cálidos, con una risa guardada en el fondo incluso cuando la boca se ponía seria.

Guapo de la manera peligrosa: la que no necesita esforzarse.

Subíamos sin prisa, y nuestras voces se iban bajando solas, como se baja la voz en una iglesia vacía.

—Has hablado de tus hermanos —dijo—. ¿Cuántos son?

—Dos. Nino, de catorce, al que solo le crecen los pies y el hambre. Y Rosa, de diez, que sabe más tacos que yo. —Me reí sola, y la añoranza vino con la risa, como siempre—. Mi padre murió cuando ella era un bebé. Así que todo recayó en mi madre, y lo que mi madre no alcanza...

—Recae en ti.

—Recae en mí.

Él se quedó en silencio.

Y no era ese silencio educado de quien espera su turno para hablar de sí mismo: era un silencio con peso, de quien guarda lo que ha oído en algún lugar seguro.

Nadie me escuchaba así. Ni los editores, que pagaban por mis palabras.

—Por eso el periodismo de viajes —dijo, más afirmación que pregunta—. Paga la casa.

—Paga la casa. —Me encogí de hombros—. Y me deja cerca de lo que quiero de verdad.

—¿Que es?

Me detuve en mitad de la escalinata. Quizá fuera el vino, o la oscuridad, que lo volvía todo más fácil de decir.

—Un libro. Sobre los pueblos pequeños del sur. —Esperé la sonrisa burlona que siempre llegaba, el «qué mono» detrás de los ojos. No llegó—. No las postales. Los pueblos de verdad, los que se están muriendo despacio porque todo el mundo se ha marchado. Los pescadores que quedan, las nonnas que hablan de ventana a ventana, el panadero que abre a las cinco para media docena de clientes. Quiero escribir eso antes de que se acabe. Alguien tiene que escribirlo antes de que se acabe.

Massimo me miraba desde un escalón más abajo, lo que dejaba nuestros ojos casi a la misma altura. Y había algo nuevo en aquel rostro irónico: una atención desnuda, sin escudo.

—Cuéntame más —pidió.

Pocas palabras. Ningún hombre en toda mi vida me había desarmado con pocas palabras.

Conté más. Hablé de la Bari vieja, del ruido de las Vespas por la mañana, de la vecina que tendía sábanas blancas como quien iza una bandera.

Él preguntaba las cosas correctas —no las de entrevista, las de quien quería ver lo que tú veías—.

En algún escalón de aquella escalinata la conversación se convirtió en otra cosa, una cosa con corriente propia, y yo fui dejando que la corriente me llevara.

Llegamos a un mirador pequeño, un balcón de piedra asomado a la nada. Allá abajo, los faraglioni salían del mar oscuro como lomos de animal dormido.

Me apoyé en el murete y lo sentí detenerse a mi lado, lo bastante cerca para que el calor de su brazo atravesara el aire hasta el mío.

—Te toca —dije, para defenderme de mí misma—. Yo ya he entregado a la familia, el libro y el alma. Tú de momento solo has entregado medio nombre.

—Soy un hombre de negocios aburrido que se ha escapado de una fiesta. Nada más.

—Eso no es una respuesta, es un pie de foto.

Se rio bajito, y el sonido me bajó por la columna sin pedir permiso.

—¿Qué quieres saber?

¿Qué quería saber?

Sus dedos estaban a un centímetro de los míos en la piedra del murete.

Yo sabía que tenía dinero: el reloj, la corbata deshecha de fiesta cara, el aire de quien nunca ha corrido detrás de nada porque todo le ha llegado siempre.

Cualquier otra noche, eso me habría bastado para levantar el muro y catalogar al sujeto: otro rico de paso, peligro conocido, seguir adelante.

Pero aquella noche nada en él parecía una etiqueta.

—¿Por qué te has escapado de la fiesta?

Algo le pasó por los ojos. Rápido, profundo.

—Porque allá arriba nadie habla conmigo —respondió, al fin—. Hablan con lo que tengo.

No entendí el tamaño de la frase en aquel momento.

Lo entendí mucho después, cuando entender ya no servía para nada.

En aquel momento solo vi a un hombre demasiado guapo diciendo algo demasiado triste con la voz más tranquila del mundo, y mi pecho hizo esa tontería que hacen los pechos: me dolió por él.

—¿Y aquí abajo? —pregunté bajito.

Su mirada bajó a mi boca, luego volvió a subir.

—Aquí abajo me has llamado invasor de mesas y has condenado el infierno de los arpistas.

—Y tú te has reído del infierno. —Entorné los ojos, fingiendo severidad—. Quien se ríe del infierno es socio suyo. Cuidado, signore.

Nos reímos juntos, y la risa se murió a medias, como se muere la risa cuando los ojos se sostienen demasiado tiempo.

El viento trajo su perfume —amaderado, cálido, caro de una manera que no gritaba— y mi barbilla, que toda la vida había mantenido erguida por principios, fue cediendo despacio, un grado cada vez.

Él levantó la mano y me apartó un mechón de la cara. No me tocó más que eso.

Fue peor: el cuerpo entero se quedó esperando el resto.

—Viola... —Mi nombre en su boca parecía otra palabra, una que yo no conocía—. Debería acompañarte de vuelta a tu hotel.

—Deberías.

—Es lo que haría un hombre decente.

—Sin duda.

Ninguno de los dos se movió. El mar batía allá abajo, paciente, y en algún lugar de la isla sonó una campana.

—El problema —empezó él, despacio, con los ojos clavados en los míos— es que llevo toda la noche siendo más decente de lo que querría.

El escalofrío en el estómago bajó hondo y se volvió calor por el camino.

Yo tenía veintisiete años y una colección de decisiones sensatas. Sensata era mi profesión, mi alquiler compartido, mi vida entera administrada en una hoja de cálculo apretada para que sobrara el giro a fin de mes.

Sabía echar las cuentas de todo, incluida la de esa noche: un hombre de paso, una isla que no era mía, un mañana con hora fijada para acabarse.

Las cuentas decían que no.

—Massimo. —Probé el nombre, solo el nombre, ese medio nombre que era todo lo que tenía de él—. Me voy de Capri dentro de tres días.

—Lo sé.

—Esto no va a convertirse en nada.

—Lo sé. —Dio un paso, y el mundo se quedó del tamaño del espacio entre nosotros—. Échame, entonces.

Bastaba con decirlo, y la noche terminaba de la manera sensata, y yo volvía a mi habitación del fondo con mi hoja de cálculo intacta.

Me puse de puntillas y lo besé en la boca.

Él se quedó inmóvil medio segundo —sorprendido, juro que sorprendido, como si en toda aquella vida de tenerlo todo nadie hubiera dado nunca el primer paso por él—.

Entonces su mano se hundió en mi pelo, la otra se cerró en mi cintura, y el beso dejó de ser mío o suyo y se convirtió en algo nuestro. Profundo, urgente, con sabor a vino barato y a algo que no se repite.

Perdí el aire.

Su perfume me invadió —amaderado, cálido, demasiado caro para aquel vino— y me agarré al cuello de su camisa porque las piernas me flaquearon de verdad.

Sin exagerar. Sin metáforas.

Yo había empezado esto; ahora tenía que apegarse con las consecuencias.

Su boca se movía contra la mía sin ninguna prisa, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si aquel callejón no fuera un callejón y aquella noche no fuera solo una noche. Besaba como lo hacía todo: con atención absoluta.

Nada en él era distraído. Y toda aquella atención estaba en mí.

El corazón se me disparó.

Me inclinó el rostro con la mano que me sujetaba el pelo, buscando un ángulo más profundo, y su lengua tocó la mía despacio, pidiendo en vez de invadir.

Respondí, claro que respondí. El sabor del vino se mezcló con algo que era solo suyo, y entendí al instante que iba a pasarme el resto de la vida comparando cualquier beso con aquel.

Qué pésima idea haberlo descubierto.

Sus dedos se abrieron en mi cintura, cálidos a través de la tela fina del vestido, y me atrajeron un centímetro más.

Solo un centímetro.

Fue suficiente para sentir el calor de su cuerpo contra el mío, el pecho subiendo y bajando a un ritmo tan descompasado como el mío.

Él tampoco tenía el control.

Ese descubrimiento me arrancó un sonido bajito, casi un suspiro, que murió dentro del beso. Massimo respondió apretando la

mano en mi cintura, con un gruñido corto vibrándole en el pecho, y un escalofrío me recorrió entera.

Me estremecí de arriba abajo cuando sus dientes me atraparon el labio inferior con suavidad. Con suavidad y despacio, como quien firma un documento.

Después aflojó.

El beso se fue volviendo más lento, más superficial, hasta quedar en solo un roce de labios, su respiración mezclada con la mía.

Apoyó la frente en la mía y se quedó ahí, con los ojos cerrados, la mano todavía enredada en mi pelo como si soltarme fuera un esfuerzo por encima de sus fuerzas.

—Viola. —Mi nombre le salió ronco, casi roto.

—Hola —respondí, brillante como siempre.

Se rio. Una risa corta, grave, soplada contra mi boca. Era la primera vez que oía aquel sonido.

Quería coleccionar aquel sonido.

Se apartó lo justo para mirarme. Sus ojos oscuros me recorrieron el rostro despacio —mi boca, probablemente roja; mi pelo, definitivamente arruinado— y algo en su mirada me dejó sin suelo.

No era deseo. Bueno, sí lo era, pero no solo. Era la manera en que me miraba, como quien acaba de entender algo que todavía no está listo para decir en voz alta.

—Esto —dijo, deslizando despacio el pulgar por mi mejilla— no ha sido el vino.

—Lo sé.

—Y no va a ser solo hoy.

Puse los ojos en blanco, más para defenderme de aquella mirada que por otra cosa.

—Mandón.

—Atento —corrigió, y la comisura de su boca subió en esa media sonrisa que debería estar prohibida por ley—. Mi suite —dijo, ronco— está al final de la escalinata equivocada.

La fiesta equivocada. La escalinata equivocada. El hombre que era solo medio nombre.

—Pues llévame allí...



CAPÍTULO 4

*«Una caja fuerte no les tiene miedo a los ladrones.
Le tiene miedo al día en que alguien pida entrar sin
querer llevarse nada».*

MASSIMO GRECO

La puerta de la suite se cerró a nuestra espalda y, por un segundo, ninguno de los dos se movió.

Yo ya había cruzado aquella puerta con otras mujeres. La coreografía era conocida: la mirada evaluando la altura de los techos, los dedos recorriendo el mármol como quien comprueba la etiqueta del precio, la pregunta —siempre, en alguna versión— sobre a qué me dedicaba para vivir así.

Viola entró, miró la suite entera —la terraza abierta al mar negro, la cama enorme, el lujo mudo— y arrugó la nariz.

—Apuesto a que ni siquiera abres esa cortina por la mañana.
—Señaló la terraza con la barbilla—. La gente que duerme en sitios así nunca ve amanecer. Es un desperdicio que debería estar penado con cárcel.

Me reí, y algo en mi pecho aflojó un nudo que yo ni sabía que estaba haciendo.

—Mañana la abres tú —respondí.

—Mañana ya me habré ido.

—Pues ábrela antes de irte.

Se puso seria de repente, y yo también, porque la palabra mañana había entrado en la habitación y se había sentado entre nosotros.

Tres días, había dicho ella en el mirador. Una noche, decía el acuerdo mudo que nos había traído hasta allí.

Yo conocía acuerdos así de memoria. Siempre fui buenísimo en acuerdos con fecha de vencimiento.

Ella cruzó la habitación y se detuvo frente a mí, con la barbilla erguida de esa manera suya, los ojos oscuros estudiándome sin prisa.

—Última oportunidad de ser decente —dijo bajito.

—Llevo toda la noche siéndolo. —Le llevé la mano al rostro, el pulgar dibujando la línea de la mandíbula—. Se acabó la jornada laboral.

El segundo beso fue distinto del primero.

El del mirador había sido una pregunta; este era una respuesta. Ella subió las manos por mi pecho, deshizo el resto del nudo de la corbata y tiró de ella despacio, con la tela susurrando contra el cuello, y yo me quedé quieto, dejándola hacer —yo, que nunca dejaba, que siempre llevaba las riendas, que había hecho del control mi lengua materna—.

Con ella quería ver qué pasaba cuando yo no dirigía.

—Estás temblando —susurró contra mi boca, sorprendida.

—Frío —mentí.

—Estamos en junio.

—Un invierno riguroso...

Se rio en mi boca.

No se lo cuentes. No le cuentes que no es frío. No le cuentes que hace muchos años que nadie te desnuda sin antes desnudarte la cuenta bancaria con los ojos.

Le bajé el vestido por los hombros, despacio, un centímetro de piel cada vez, y fui besando el camino que la tela abandonaba: el hombro, la curva del cuello, la línea de la clavícula, donde el olor a sal de la noche todavía vivía.

Ella jadeó, con los dedos hundiéndose en mi pelo, y dijo mi nombre.

Estuve a punto de decir la verdad ahí. La frase llegó a subir —tengo que contarte quién soy— y se murió en la garganta, ahogada por el miedo cobarde de ver cambiar aquella mirada, de ver nacer en ella el brillo calculador que yo conocía en todas las demás miradas del mundo.

El vestido resbaló hasta el suelo y se quedó allí, un charco de tela azul a sus pies. Viola se quedó de pie frente a mí, con la barbilla erguida en un desafío que la respiración acelerada desmentía, y yo respiré hondo porque lo necesité.

—¿Estás segura? —pregunté, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Porque todavía estoy a tiempo de ser un caballero.

—Massimo. —Dio un paso, pegando su cuerpo al mío, y me desabrochó los botones de la camisa uno a uno, sin prisa, mirándome todo el tiempo—. Yo no me he escapado de una fiesta contigo para encontrarme a un caballero.

La sangre se me fue entera de golpe.

Tumbé a Viola en las sábanas, y ella tiró de mí, sin soltarme, como si la distancia fuera un desperdicio.

La luz de la lámpara le daba en la piel de lado, dorada, y me detuve solo a mirar: el pelo oscuro desparramado sobre el blanco, la marca clara del biquini en el bronceado de quien ama el mar de verdad, el pecho subiendo y bajando deprisa.

—¿Qué pasa? —preguntó, casi tímida de repente, e intentó cubrirse con el brazo.

Le sujeté el brazo por el camino. Le besé la cara interna de la muñeca, donde el corazón le latía como un pajarillo.

—Nada —respondí—. Solo estoy mirando.

—¿Mirando qué?

—A la mujer más guapa que se ha escapado nunca de una fiesta conmigo.

—Hablas demasiado. —Me atrajo por la nuca—. Ven aquí.

Fui.

Y el mundo de fuera —el imperio, el apellido, las trescientas personas de la terraza, los teléfonos con tres negociaciones abiertas— se fue apagando poco a poco, como las luces de una casa grande al final de la noche, habitación por habitación, hasta que solo quedaron aquel cuarto, aquella cama, aquella mujer.

Le besé la boca hasta quedarme sin aliento, y después bajé.

La barbilla. La garganta, donde su pulso latía apresurado contra mis labios. El valle entre los pechos, donde la piel guardaba el calor del día y un resto de perfume que ya se estaba convirtiendo en vicio. Le tomé un pecho con la boca, despacio, y ella se arqueó con un sonido que me atravesó como una corriente eléctrica, con las uñas arañándose los hombros.

—Massimo...

Mis manos aprendieron su cintura, la curva de la cadera, la cara interna y suave de los muslos, que se abrieron para mí sin ninguna vacilación. Era cálida en todas partes. Cálida y viva y presente de una manera que hacía que el resto del mundo pareciera un decorado.

Bajé más.

Le besé el vientre, el hueso de la cadera, y cuando mi boca llegó adonde más me quería, Viola cogió aire con fuerza y me clavó los dedos en el pelo. La saboreé despacio, con toda la paciencia que no sabía que tenía, leyendo cada respuesta de su cuerpo como quien descifra un idioma nuevo: la manera en que le temblaba el muslo, la cadera que subía al encuentro de mi boca, mi nombre dicho cada vez más fino, cada vez más cerca de deshacerse.

Aprendí su cuerpo como quien aprende un lugar del que no quiere marcharse.

Cada suspiro era un mapa; cada vez que decía mi nombre, el mapa se rehacía.

Descubrí que se reía en mitad del placer —se reía, Dios mío, una risa corta y clara, sin ninguna vergüenza—, y descubrí que aquel sonido me desmontaba más que cualquier gemido ensayado que hubiera oído en toda mi vida de acuerdos con fecha de vencimiento.

—Massimo... —Se arqueó en mis manos, con los dedos retorciendo la sábana—. No pares...

—Ni aunque se hunda la isla.

Y no paré. Le sujeté firme la cadera y la llevé hasta el final, sentí su cuerpo tensarse entero, el muslo apretándose contra mí, la sábana a punto de rasgarse — y entonces llegó al orgasmo, con mi nombre partido en dos en su boca, un estremecimiento largo que recorrió a Viola de la nuca a los pies.

Subí besando el camino de vuelta y encontré sus ojos todavía lejos.

—Hola —dijo, sin aliento, y se rio otra vez.

Aquella sonrisa iba a ser mi ruina. Ya lo sabía y no me importaba.

Me empujó por el hombro y rodó conmigo, quedándose encima, con el pelo cayendo como una cortina alrededor de nuestros rostros. Sus manos bajaron por mi pecho, por mi vientre, y cuando me tocaron, me tragué un taco entre los dientes, con la cabeza hundiéndose en la almohada.

—Creída —conseguí decir.

—Atenta —me devolvió, usando mi palabra contra mí, y su sonrisa era puro delito.

Tiré de ella y volví a ponerla debajo de mí, porque no iba a durar ni diez segundos de aquella manera, y ella se rio en mi cuello, y la risa se convirtió en suspiro cuando me alineé con ella, piel contra piel, calor contra calor, nada más de por medio.

—Mírame —ordené.

Me miró.

Cuando por fin fuimos el uno del otro por completo, me clavó los ojos y no los desvió.

Yo tampoco.

Entré despacio, sintiendo a Viola ceder y recibirme centímetro a centímetro, su calor envolviéndome hasta faltarme el aire, y el mundo se redujo a aquel encaje exacto, a aquella mujer respirando mi nombre con los labios entreabiertos.

Empecé a moverme.

Despacio primero, hondo, a un ritmo que era más conversación que urgencia, y ella respondía, con la cadera encontrando la mía, las manos abiertas en mi espalda, los talones empujándome más adentro como si todavía quedara distancia que eliminar.

La habitación se llenó de nuestro sonido: la respiración descompasada, la cama, mi nombre, su nombre, súplicas cortas que ninguno de los dos recordaría por la mañana.

—Massimo... yo...

—Lo sé. —Le besé la boca—. Vamos a corrernos juntos.

Aceleré, y ella vino conmigo, y cuando el placer llegó, llegó para los dos casi a la vez —el suyo primero, apretándose alrededor de mí en oleadas, arrastrándome media docena de movimientos después, hondo y largo, con el rostro enterrado en su cuello, su nombre saliendo de mi boca como algo que yo no había autorizado —.

Pero fue eso —no el placer, que llegó hondo y largo, sino eso: sus ojos abiertos dentro de los míos, sin esconder nada, sin cobrar nada— lo que hizo que la cosa de ahí dentro, la que yo llevaba muchos años manteniendo bajo llave, cediera por primera vez.

Después, ella se acurrucó contra mi pecho, con la respiración cálida en mi cuello, su corazón martilleando contra el mío, como si los dos discutieran.

Me quedé acariciándole la espalda despacio, subiendo y bajando por la columna, hasta que nuestras respiraciones se calmaron. Ella dibujaba círculos perezosos en mi pecho con la punta del dedo, justo encima del lugar exacto donde latía el corazón.

—Está acelerado —murmuró, medio dormida.

—Culpa tuya.

—Eso es bueno.

Le besé la frente, sin prisa, sintiendo el olor a sal y a nosotros dos mezclados en la piel.

Viola se durmió allí mismo, en mi pecho, con la pierna enroscada en la mía, confiada como quien no se ha llevado nunca

una puñalada en la vida — o como quien se ha llevado tantas que ha decidido confiar de todos modos, por cabezonería.

Me quedé mirando el techo en la oscuridad.

Mañana le cuento quién soy, me repetí.



Ella se durmió primero.

Yo, que nunca me quedaba —que había hecho del no quedarme una política de empresa—, me quedé.

Tumbado de lado, apoyado en el codo, viendo dormir a aquella mujer en mi cama como si la cama fuera suya, con una pierna fuera de la sábana, la mano abierta sobre mi pecho, justo encima del lugar exacto donde estaba la puerta cerrada con llave.

De madrugada, se despertó en la oscuridad y volvió a buscarme, medio dormida, con el cuerpo caliente de sueño, encajándose en el mío sin una palabra.

Esta vez fue despacio de una manera que dolía, sin urgencia, sin inteligencia, sin ninguna de las cautelas que exige la razón: dos cuerpos conversando en la oscuridad mientras sus dueños dormían.

Ninguno de los dos se acordó del mundo. El mundo, esa noche, estaba despedido.

Yo debería haberme acordado. Yo, que nunca olvidaba nada, que me había pasado la vida leyendo contratos en busca de la cláusula escondida.

El cielo empezó a clarear detrás de la cortina que yo, cumpliendo órdenes, había dejado abierta.

El primer sol entró bajo y rasante, rozó su pelo desparramado sobre la almohada y encendió hebras de cobre que la noche había escondido.

Dormía con la boca entreabierta, con una arruga pequeña entre las cejas, como si soñara con algo que exigía concentración. Me quedé contando sus respiraciones como un avaro cuenta monedas.

Cuarenta y tres años.

Creía conocer todas las mañanas posibles. No conocía esta: la de mirar dormir a alguien y sentir que el pecho se encoge con algo que no era deseo, era más grande, era peor, no tenía precio — y yo me había pasado la vida entera sabiendo el precio de todo.

Ella no sabe de lo que es capaz.

El pensamiento entró como entra una corriente de aire por debajo de la puerta: fino, frío, encontrando el camino.

¿Y cuando lo sepa?

Porque iba a saberlo. Hoy, mañana, en el momento en que bajara a desayunar y viera mi cara en alguna pared, en la boca de algún empleado. Y entonces pasaría una de dos cosas. O sus ojos ganarían el brillo —el brillo que yo conocía, el de quien rehace las cuentas—, o...

O nada. O ella era exactamente lo que parecía ser, y esta noche había sido exactamente lo que pareció ser, y yo había encontrado por fin lo único que el dinero nunca había conseguido darme.

Tragué saliva. La segunda hipótesis era la que más me aterraba.

Contra ella no tenía ninguna defensa.

El sol subió un dedo más. Me incliné y besé la frente de Viola, despacio, en medio de la arruga pequeña, y ella suspiró en sueños y volvió el rostro hacia mí, confiada, entregada, sin saber que dormía junto a una caja fuerte que nadie había abierto nunca y que estaba, en aquel preciso instante, girando sobre sus goznes.

Mañana se lo cuento todo, juré otra vez, y esta vez casi me lo creí.

Fue entonces cuando el móvil vibró en la mesilla de noche.

Una, dos, tres veces —insistente, impaciente, como solo vibra el teléfono de la gente que se cree dueña de tu mañana—.

Estiré el brazo para apagarlo sin mirar.

Miré.

Y el nombre en la pantalla hizo que el primer hilo de frío de la mañana me bajara por la espalda.



CAPÍTULO 5

«Todo paraíso tiene escritura. Uno solo descubre el nombre del dueño a la hora del desahucio».

VIOLA SANTORO

Me desperté con el sol en la cara y tardé en recordar por qué aquello era bueno.

La cortina abierta. Él había dejado la cortina abierta por mí, y la habitación entera estaba llena de mar: la luz bailando en el techo, el rumor de allá abajo, el olor a sal entrando por la terraza. Me desperecé en medio de la cama enorme y mi cuerpo respondió con una pereza dulce, con memoria en cada músculo.

Fuera de la habitación, el tintineo discreto de la vajilla.

Me puse el albornoz blanco —demasiado suave, como todo allí— y lo encontré en la terraza, con pantalón de lino y camisa

abierta, sirviendo café en dos tazas como si lo hiciera todas las mañanas de su vida.

El sol le daba de lado en el rostro y yo me quedé un segundo en la puerta, solo mirando, guardando.

—Te has quedado —dije.

Él levantó los ojos. Y sonrió — no la sonrisa irónica de la noche, otra, más nueva, medio torpe en las comisuras, como si su rostro no tuviera práctica.

—Recibí órdenes sobre la cortina. Las cumplí. —Retiró la silla junto a la suya—. E irme después de eso me pareció una grosería.

Me senté. Me sirvió café, empujó hacia mí una cesta de panes con la que se podía alimentar a Bari entera, y durante un rato nos quedamos allí, comiendo en silencio, con sus pies pegados a los míos por debajo de la mesa, como quien no quiere soltar del todo.

Su móvil, boca abajo junto al plato, vibró dos veces.

No miró. Apretó la mandíbula y no miró, y aquello me pareció extrañamente bonito.

—Tengo que resolver una cosa esta mañana —dijo, al fin—. Una hora, dos como mucho.

—Yo también tengo trabajo. —Soplé el café—. La vida real. ¿Te suena?

—Detesto el concepto. —Me cogió la mano encima de la mesa, con el pulgar dibujando círculos en mi muñeca, y se puso serio de una manera que me aceleró el pecho—. Cena conmigo esta noche.

—Massimo...

—Dijiste tres días. —Los ojos oscuros no soltaban los míos—. Todavía me quedan dos. Estoy negociando los que faltan.

Esto no va a convertirse en nada, había dicho yo en el mirador. La frase parecía de otra persona, dicha en otro siglo.

—Una cena —cedí, y la alegría que se le abrió en el rostro valió la rendición entera.

Se levantó, me besó —despacio, con sabor a café, la mano cálida en mi nuca— y salió prometiendo volver antes del mediodía.

Desde la puerta, todavía se giró a mirarme, como si quisiera comprobar que yo era real, y mi corazón hizo una cosa ridícula y completa dentro del pecho.

Debería haber desconfiado. La vida nunca me había regalado nada; no iba a empezar por una terraza en Capri.

Me quedé un rato más en la terraza, terminando el café, flotando.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta: el servicio, que venía a recoger la mesa. Un chico joven, de uniforme impecable, educado de esa manera entrenada de los hoteles grandes. Apilaba la vajilla con eficiencia de relojero cuando me miró de reojo y sonrió, cordial:

—¿La signorina desea algo más? El signor Greco ha dejado instrucciones para que la suite atienda cualquier petición suya.

El mundo siguió haciendo los ruidos de siempre. El mar allá abajo, las gaviotas, la vajilla tintineando en la bandeja.

—¿Cómo? —Mi voz salió rara, desde lejos—. ¿El signor...?

—Greco. —El chico recolocó una taza, ajeno al agujero que acababa de abrir en el suelo—. El propietario. Ha sido muy específico en cuanto a su comodidad.

El propietario.

Massimo. Solo Massimo.

Massimo Greco.

Creo que le di las gracias. Creo que el chico salió con la bandeja y cerró la puerta con ese clic discreto de puerta cara.

Yo me quedé de pie en medio de la suite —su suite, la del dueño, la del hombre cuyo imperio yo había venido a cubrir con acreditación de prensa y todo—, con el albornoz blanco pesándome de repente en los hombros como el plomo.

El suelo desapareció despacio, por capas.

Primero vino el ridículo: yo, periodista, pagada para cubrir la reinauguración del Gruppo Greco, había pasado la noche en la cama del mismísimo Greco sin saberlo. Yo, que me enorgullecía de ver las cosas, de leer los lugares y a las personas.

No leí al hombre que pasó la noche entera a mi lado.

Después vino el aguijonazo: él lo sabía. Lo supo todo el tiempo. «Solo Massimo». El medio nombre, la fiesta «equivocada», la relación complicada con «aquello de allá arriba» — aquello de allá arriba era suyo.

El arpa era suya. La isla entera, prácticamente, era suya. Y me dejó bailar a oscuras toda la noche, burlándome del lujo en la cara del dueño del lujo.

¿Por qué no lo dijo?

Y entonces —despacio, helada— llegó la tercera capa. La peor. La que no tenía nada que ver con el despecho y todo que ver con mi vida entera:

Cómo queda esto.

Tragué saliva, y el café se me volvió piedra en el estómago.

Una freelance desconocida, contratada para el reportaje más importante de su carrera, se acuesta con el dueño del grupo la víspera de la reinauguración.

El titular podía escribirse de diez maneras, y todas terminaban conmigo despedida y quemada en todas las redacciones de Roma a Milán. Nadie iba a preguntar si yo sabía quién era él. Nadie le pregunta nada a la mujer en estas historias; solo concluye.

El pánico profesional me subió por la garganta, agrio. Años construyendo un nombre —pequeño, pero mío, limpio— y una sola noche en Capri podía prenderle fuego a todo.

Me levanté. Recorrí la suite como un animal enjaulado, mordiéndome el pulgar, haciendo lo que sabía hacer: las cuentas.

Opción uno: desaparecer. Coger mis cosas, terminar el reportaje desde lejos, fingir que la noche no existió. Él era un multimillonario con fama de coleccionista de noches; en una semana ni se acordaría de mi nombre.

Limpio, seguro, cobarde.

Opción dos: contárselo. Mirarlo a la cara y decirle: soy la periodista de la revista, no sabía quién eras, tú tampoco me lo dijiste — estamos en paz en el engaño, pero no quiero esto pudriéndose entre nosotros.

Me detuve frente a la terraza. Allá abajo, el mar seguía batiendo, paciente, testigo de todo.

Mi padre decía que la mentira es como la marea: siempre vuelve, y siempre trae lo que enterramos.

Yo no le había mentido a Massimo — pero cada hora que pasara callada, sabiendo lo que ahora sabía, se iría convirtiendo en mentira por acumulación. Y yo no era esa mujer.

Ni por miedo, ni por titulares, ni por caché.

Además —y esa verdad la admití con rabia, porque me dejaba sin ninguna defensa—, yo quería la cena. Quería los dos días que él estaba negociando. Quería al hombre de la terraza, al de la sonrisa sin práctica, incluso ahora, sabiendo el apellido que llevaba colgando.

Así que iba a oírlo de mí. Antes del almuerzo, antes de la cena, antes de cualquier cosa: la verdad entera, a la cara, con la barbilla erguida.

Me vestí deprisa, con el vestido de la víspera oliendo a salitre y a noche. En el espejo del baño, me arreglé el pelo con los dedos y encaré a la mujer del reflejo.

—No has hecho nada malo —le dije, en voz alta, a ver si me lo creía.

No pareció convencida. Fui de todos modos.

El pasillo de su planta era silencioso como la nave de una iglesia, con la moqueta tragándose mis pasos. La planta era suya entera; además de la suite, solo existía otra puerta.

Doblé la última esquina ensayando la primera frase — Massimo, tengo que contarte una cosa, y vas a escucharme hasta el final...

Y me detuve.

Había una mujer plantada delante de su puerta. Rubia, alta, de un blanco hielo de los pies a la cabeza, elegante de esa manera que no se compra en las tiendas: se hereda. Estaba allí como quien siempre ha estado, como quien tiene llave, y se examinaba las uñas con el tedio de quien espera algo que le pertenece.

Cuando me vio, levantó los ojos despacio. Y sonrió primero.

Fue la sonrisa lo que me heló — antes de cualquier palabra, antes de saber su nombre. Porque los animales del sur reconocen a la serpiente por las maneras, no por el cascabel.

—Vaya... —dijo, con la voz suave como terciopelo sobre cristal—. La periodista.



CAPÍTULO 6

«El instinto habla una vez, en voz baja. El miedo lo repite la noche entera. Al final, uno obedece al que más ha insistido — y a eso lo llama lucidez».

MASSIMO GRECO

Por primera vez en la vida, no conseguía leer una hoja de cálculo.

Los números estaban ahí, obedientes como siempre, y yo había releído la misma cláusula cuatro veces sin quedarme con una palabra. En su lugar, el despacho entero olía a otra cosa: a café en la terraza, a sal, a la risa de una mujer condenando arpistas.

Había dado tres órdenes antes de sentarme. Mesa en la terraza de la suite para la cena. Vino blanco del continente, de los

baratos — el sumiller repitió la orden dos veces, convencido de haber oído mal.

Y nadie, nadie, debía molestar a la huésped de mi suite.

Sonreí solo ante una pantalla apagada.

A los cuarenta y tres años, aquello era ridículo.

La puerta se abrió sin llamar.

Solo existía una persona en el mundo con esa osadía, y su perfume llegó antes que el sonido de los tacones: frío, caro, sin una nota fuera de lugar.

Lucrezia Falco cruzó mi despacho como quien cruza su propio salón, blanco hielo de los pies a la cabeza, y se instaló en el sillón frente a mi mesa.

—Tres llamadas, Lucrezia. —No levanté los ojos de la pantalla—. No he contestado ninguna. En cualquier idioma, eso es una respuesta.

—Lo sé. Por eso he subido. —Cruzó las piernas, sin ninguna prisa—. Tienes muy buena cara, caro. Casi humana.

—¿Qué quieres?

—Salvarte. —Se examinó las uñas—. Preferiblemente antes del almuerzo, porque tengo un compromiso en Roma.

Conocía a Lucrezia desde hacía años. Sabía el precio de cada sonrisa, la función de cada pausa.

Entre nosotros había existido lo de siempre: algunas noches, ninguna promesa, un acuerdo con fecha de vencimiento que solo una de las partes aceptó como vencido. Ella nunca me perdonó que no la hubiera ascendido a algo con mi apellido.

—Estoy ocupado.

—Estás enamorado. —Su voz era suave, como terciopelo sobre cristal—. Que es una manera más cara de estar ocupado. Me

he cruzado con ella ahora en el pasillo, ¿sabes? Monilla y bastante más joven que tú.

Apreté la mandíbula. El pasillo era mío, la planta era mía, y la imagen de Lucrezia midiendo a Viola de arriba abajo me subió por la sangre como algo agrio.

—Cuidado con el siguiente paso —advertí, bajo.

—Yo siempre tengo cuidado. —Abrió el bolso, sacó una hoja doblada y la empujó sobre mi mesa—. Eres tú el que anoche bajó bailando la escalinata, a besos en un mirador público, como un turista de veintipocos. Capri es pequeña, Massimo. Yo lo vi, y esta mañana, cuando confirmé quién era la chica, pensé que querrías saberlo antes que los periódicos.

No cogí el papel.

Lo cogí después. Eso es lo que hace el miedo: espera a que te creas fuerte, y entonces te mueve la mano.

Era la lista de acreditados del gabinete de prensa. En medio de la columna, un nombre subrayado a bolígrafo: Viola Santoro —freelance — reportaje de portada, reinauguración Gruppo Greco.

El aire se me escapó despacio, como de un neumático rajado.

Periodista. Contratada para mi reinauguración. Alojada en mi hotel, pagada para escribir sobre mi grupo — sentada descalza en el bar de Enzo, en el único lugar de la isla donde yo bajaba la guardia, la única noche en que yo estaría allí.

—Ella no sabía quién soy —dije, y odié lo mucho que sonó a defensa.

—Claro que no. —Lucrezia sonrió despacio—. El hombre más esquivo de Italia, sin una foto pública decente, y la reportera contratada para su reportaje se topa con él por casualidad, en el único bar de la isla, la víspera. Qué suerte la suya. Dios protege a las freelances.

Cerré los puños sobre la mesa.

—No me pidió nada.

—Las listas nunca piden, caro. —Se inclinó hacia delante, y el terciopelo de la voz se volvió más fino, dejando ver el cristal de debajo—. Las listas dejan que tú ofrezcas. Escuchan y te hacen hablar. Y siempre tienen una historia conmovedora que vender en el sitio adecuado: una familia pobre en algún lugar del sur, bocas que alimentar, un sueño muy mono e impublicable. Su producto es ese. Tú, más que nadie, sabes que todo tiene su precio de tarifa.

El suelo del despacho se movió medio centímetro.

Porque era exactamente eso, palabra por palabra.

Los hermanos. La madre. El libro sobre los pueblos que se están muriendo. Todo entregado en la escalinata, a oscuras, en la medida exacta para desarmar a un hombre que llevaba muchos años cerrado por dentro.

Yo leo a la gente como leo una hoja de cálculo. Y hay un problema con quien confía demasiado en su propia lectura: cuando aparece una cuenta que cuadra, deja de buscar el error.

La mentira cuadraba. La verdad, no.

—Piénsalo, Massimo. —Lucrezia se levantó, alisándose el vestido—. ¿Qué vale más para una desconocida: un reportaje de portada sobre una piscina infinita, o la intimidad de Greco? Una noche en tu cama es una exclusiva, o un dossier. Depende solo de cuánto tardes en pagar.

Se detuvo en la puerta y miró atrás, con los ojos claros brillando de algo que yo, en aquel momento, leí como lástima.

—He venido porque me importas. Tú y yo somos de la misma especie. No podemos permitirnos el lujo de que nos quieran. Solo el de que nos negocien bien.

La puerta se cerró con un clic discreto de puerta cara.

Me quedé quieto, con la lista de acreditados en la mano, el nombre subrayado quemando el papel.

Dentro de mí, una cosa vieja y fea se acomodaba en su sitio de siempre, con el alivio repugnante de quien vuelve a casa: yo lo sabía.

Siempre lo supe. Nadie se sienta a tu mesa gratis.

El móvil vibró.

Contesté porque contestarle a Lorenzo era un reflejo, veinte años de reflejo, y su voz entró ligera, con ruido de niños de fondo.

—Massimo. Chiara quiere saber si has sobrevivido a tu propia fiesta o si te has escapado antes del postre, como siempre. Yo he apostado diez euros a que...

—Es periodista. —Mi voz salió de un lugar helado que no reconocí—. La mujer de anoche. Contratada para el reportaje de la reinauguración. Lo sabía todo el tiempo.

Silencio al otro lado. El ruido de niños desapareció, una puerta se cerró.

—Empieza otra vez —pidió Lorenzo—. Desde el principio.

Se lo conté. Los hechos, solo los hechos: el bar, la noche, la acreditación, la lista en mi mano. Los hechos eran mi lengua materna. Cuando terminé, su silencio duró tres segundos más de lo debido.

—¿Quién te ha entregado esa lista? —preguntó, al fin.

—¿Eso importa?

—Es lo único que importa. —Su voz estaba calmada de esa manera en que solo está calmado quien ya se ha estrellado alguna vez—. Massimo, escucha lo que me estás contando. Una prueba que llega lista, en el momento justo, por las manos justas, envuelta con lazo. Vas demasiado deprisa, y el paquete es demasiado bonito.

Yo sabía de dónde había sacado aquello. Reconocí la frase como se reconoce el propio rostro en un cristal oscuro.

—No es lo mismo —corté.

—Es exactamente lo mismo. —Lorenzo respiró hondo—. Una vez me dijiste que la vida no entrega culpables con lazo de regalo. Yo no escuché y estuve a punto de destruir a la mujer de mi vida. Te devuelvo la frase, hermano. Con intereses. Habla con ella antes de...

—Mintió en mi cama, Lorenzo.

—¿Estás seguro, o tienes miedo?

Colgué.

Me quedé un largo minuto mirando el mar por la ventana, aquel mar que ayer había sido testigo y hoy parecía cómplice.

En alguna planta por debajo de mí, Viola estaba esperando una cena que no iba a existir, ensayando un capítulo más de la historia conmovedora, segura de que la caja fuerte se había abierto.

El frío empezó en los dedos y fue subiendo, grado a grado, metódico, ocupando las habitaciones una a una — como las luces de una casa grande apagándose en el orden inverso al de la noche anterior.

Cuando llegó al pecho, yo ya no era el hombre de la terraza.

Llamé a recepción y di una sola orden, con la voz de dueño que nunca falla:

—Encuentren a la signorina Santoro. Traigan a la periodista a mi despacho.

La periodista.

Así era como aquello iba a doler menos.



CAPÍTULO 7

«Que te rechacen es oír un no. Que te borren es descubrir que, para él, nunca llegaste a ser una pregunta».

VIOLA SANTORO

—Vaya... La periodista.

La palabra salió de su boca envuelta en terciopelo, y aun así cortó. No por lo que decía —yo era periodista, al fin y al cabo—, sino por la manera: como quien nombra algo que venía incluido con la estancia.

—Viola Santoro. —Erguí la barbilla, por principios y por falta de opciones—. ¿Y tú eres...?

—Alguien que conoce el camino. —Me midió de los pies a la cabeza, despacio, deteniéndose medio segundo de más en mi

vestido arrugado de la víspera—. Detesta a las aficionadas, ¿sabes? Al final, siempre vuelve a lo que está a su nivel.

El estómago se me revolvió, pero no retrocedí ni un centímetro. Algo chispeó en los ojos claros. Duró un segundo; el terciopelo volvió.

—Me acordaré de ti —dijo, casi dulce.

Y entró por la puerta del despacho sin llamar.

Sin. Llamar.

Me quedé quieta en el pasillo silencioso, con el corazón latiendo en los sitios equivocados. Quien entra sin llamar tiene intimidad, o la tuvo — y ninguna de las dos opciones me interesaba ahora.

Lo que me interesaba estaba al otro lado de aquella puerta, y yo no iba a decir lo que tenía que decir delante de un público de blanco hielo.

Respiré hondo y bajé de su planta —plantas y plantas de mármol— hasta mi habitación del fondo del hotel, el cuartito de prensa con la ventanita al mar.

El de verdad. El mío.

Me duché con mi jabón barato, me puse mi ropa, enganché la acreditación al asa del bolso.

Si iba a contar la verdad, iba a contarla como Viola Santoro, periodista — y no como la mujer en albornoz de la suite de nadie. Ensayé en el espejo la primera frase —yo no sabía quién eras, y tú tampoco me lo dijiste; estamos en paz en el engaño— y la mujer del reflejo casi pareció convencida.

Golpes en la puerta.

Un guardia de seguridad de traje oscuro, educado como un telegrama.

—¿Signorina Santoro? El signor Greco pide que la periodista se presente en el despacho. Ahora.

Periodista. La palabra equivocada para una orden tan evidente.

El camino hasta la última planta duró un año. El guardia caminaba medio paso por detrás de mí, y yo fui sintiendo, pasillo a pasillo, cómo las miradas de los empleados resbalaban de mí al suelo.

Un hotel es una aldea: todo el mundo sabía ya algo que yo todavía no sabía entero.

La puerta del despacho estaba abierta.

Massimo estaba de pie detrás de la mesa, contra la ventana y el mar. Por medio segundo —medio segundo idiota— el pecho se me iluminó al verlo, por reflejo, porque había aprendido a hacer eso durante una noche entera.

Entonces él levantó los ojos, y la luz se apagó.

No era él. Tenía su rostro, su altura, las manos que yo conocía de memoria desde hacía menos de un día. Pero el hombre de la terraza se había quedado en algún otro lugar, y en su sitio había un desconocido de hielo mirándome como quien comprueba una factura.

—Massimo, he venido antes a buscarte porque...

—¿Cuánto? —Su voz salió plana, sin un pliegue. Hizo girar una hoja de papel sobre la mesa, hacia mí, con un dedo—. ¿Cuánto le paga la revista por el reportaje, signorina Santoro?

En la hoja, una lista. Mi nombre subrayado a bolígrafo.

El suelo del despacho era de mármol, y aun así se hundió.

—Iba a contártelo esta mañana. —Mantuve la voz firme; me costó todo—. Yo no sabía quién eras, Massimo. No lo sabía ayer en el bar, no lo sabía en el mirador, no lo sabía... en tu cama. Me he

enterado hoy, hace una hora, por boca de un empleado. Y lo primero que he hecho ha sido subir aquí a decírtelo.

—Lo primero que has hecho —repitió, despacio, como quien lee una cláusula defectuosa— ha sido ponerte la acreditación.

Miré hacia abajo. La acreditación de prensa, colgada del asa del bolso, pesando de repente una tonelada.

—Es mi trabajo...

—Sé exactamente cuál es tu trabajo. —Rodeó la mesa sin prisa. Cada paso suyo bajaba un grado la temperatura de la sala—. Y debo decirlo: eres buena. La mejor que me han mandado nunca. Descalza en el bar correcto, a la hora correcta, con la historia correcta. La familia pobre. Los hermanos. El librito sobre los pueblos que se están muriendo. —Se detuvo demasiado cerca, y su perfume, el mismo del mirador, me golpeó como un golpe bajo—. ¿Lo has ensayado mucho, o improvisas bien?

Perdí el aire.

Cada palabra era algo mío —dado gratis, a oscuras, porque él pidió cuéntame más— devuelto con el precio en la etiqueta.

—Estás hablando de mi familia —dije bajo, y la sangre empezó a hervir por debajo del frío—. Cuidado.

—Cuidado es lo que deberías haber tenido al elegir el objetivo. —Sus ojos bajaron hasta la acreditación, volvieron a subir—. ¿Qué era, exactamente? ¿La exclusiva del multimillonario esquivo? ¿Fotos? ¿Una grabación? ¿O el plan era más paciente: un dossier para negociar después, con calma?

Me reí. Fue involuntario, corto, y completamente sin alegría — la risa de cuando lo absurdo cruza la línea.

—¿Te estás oyendo? —Di un paso hacia él, y vi saltar un músculo en la mandíbula del hombre de hielo—. Yo no sabía quién eras. ¿Pero sabes quién sí lo sabía, Massimo? Tú. Tú lo supiste todo el tiempo. «Solo Massimo». Me dejaste hablar de mi vida entera

mientras escondías el nombre que estaba escrito en cada toalla de este hotel. Los dos pasamos la noche a oscuras — solo que mi oscuridad era de verdad, y la tuya era una elección.

Algo le pasó por los ojos. Rápido, profundo, casi un dolor.

Por un segundo —un segundo— creí que había alcanzado al hombre de la terraza.

Entonces la puerta de hielo se cerró por dentro, y él hizo aquello de lo que ninguno de los dos iba a recuperarse: sonrió.

—Bonito —dijo—. Esa indignación. Es el mejor número de tu repertorio. —Volvió detrás de la mesa, cogió el teléfono, y la voz le salió administrativa, de dueño—: La acreditación de la signorina Santoro queda revocada. El reportaje, cancelado. —Sus ojos encontraron los míos por encima del aparato, vacíos como una caja fuerte desvalijada—. En cuanto al resto: di una cifra por la noche. Pago el doble de lo que pagaría la revista por la exclusiva, y cerramos la negociación.

Le está poniendo precio. A la noche. A mi noche.

Tragué saliva, y lo que bajó con ella fue cualquier resto del hombre que me había servido café por la mañana.

—No voy a aceptar tu dinero —dije, y mi voz salió extrañamente calmada, con esa calma que llega después de que algo se rompe—. Ni ahora, ni nunca. Pero escucha lo que voy a decirte, porque es gratis y es verdad: ayer fue la única noche de tu vida en que alguien te quiso con los ojos cerrados. Acabas de romper el recibo.

Se le trabó la mandíbula. La mano se le cerró en un puño sobre la mesa.

—Fuera de mi hotel —dijo, bajo—. Tienes una hora para salir de mi isla.

—No necesito una hora.

Le di la espalda primero. Ese detalle era mío, y nadie me lo iba a quitar.

El guardia me acompañó —medio paso por detrás, siempre— por el pasillo, por el ascensor, por el vestíbulo de mármol claro donde la prensa entera todavía circulaba con copas en la mano.

Las conversaciones fueron cayendo una a una a mi paso, como fichas de dominó. La mujer del vestido metalizado me encontró con los ojos y no se molestó en disimular la sonrisa.

Crucé el vestíbulo entero con la barbilla erguida, con la maleta prestada rodando detrás de mí sobre el mármol, haciendo un ruido enorme en el silencio — el ruido exacto de quien no pertenece, marchándose.

Solo en el ferry, con Capri encogiéndose en el agua y el resort colgado del acantilado como una joya que nunca fue mía, dejé escapar una lágrima testaruda.

Una sola, que me sequé con el dorso de la mano antes de que la segunda tuviera ideas.

Él había convertido mi noche más verdadera en un servicio. Le había puesto precio a lo que yo di gratis.

Pues que se quedara con el cambio.

Algo se endureció dentro de mí, despacio, tomando forma de juramento.



CAPÍTULO 8

«Hay una manera de ganar que deja al vencedor contando lo que ha perdido. Esa cuenta no la enseña nadie — se aprende de noche, a solas, con la puerta cerrada con llave».

MASSIMO GRECO

Gané.

Me lo repetí el día entero, entre reunión y reunión, con la convicción de quien firma un informe: identifiqué la amenaza, corté la amenaza, protegí al grupo.

Cualquier consejo de administración me habría aplaudido. Yo era buenísimo en mi trabajo, y mi trabajo, a fin de cuentas, siempre fue ese: impedir que alguien se acercara demasiado a los activos.

El activo, esta vez, era yo.

Cerré una de las tres negociaciones que estaban abiertas, le grité a un director en Roma por un contrato que cualquier otro día me habría dado placer, y no pensé en ella.

No pensar en ella se convirtió en el compromiso más puntual de mi agenda: cada diez minutos, comparecía.

Al final de la tarde, crucé la zona de la piscina de camino a la última reunión, y el arpista estaba allí, tañendo para media docena de huéspedes que flotaban en el borde infinito.

El infierno de los músicos.

Su frase me alcanzó antes de que pudiera defenderme —con su voz, con su risa—, y la mandíbula se me trabó tan rápido que dolió. Le hice un gesto seco al gerente.

—Quite el arpa de aquí.

—¿Dottore? Pero si fue usted quien...

—Quítela.

El hombre obedeció sin entender, y yo seguí hacia la reunión con la sensación ridícula de haber perdido una discusión con un fantasma.

Trabajé hasta que la isla oscureció y aplacé todo lo que pude lo único que faltaba en la jornada: subir.

La última planta estaba en silencio. Abrí la puerta de la suite y lo primero que me recibió fue la mesa.

En la terraza, puesta para dos. Mantel blanco, dos cubiertos, una botella de vino blanco descansando en un cubo de hielo derretido — el vino del continente, de los baratos, el que el sumiller había repetido dos veces para confirmar.

La orden de cancelar la cena había muerto en algún escalón de la jerarquía. En algún lugar de mi hotel impecable, alguien había fallado.

Me quedé un largo minuto parado en la puerta, odiando aquella mesa con una intensidad desproporcionada para cualquier mantel blanco.

—Quiten esto de aquí —dije al teléfono, y dos empleados subieron y desmontaron la cena en un silencio récord, sin mirarme, y desaparecieron.

Me serví un whisky y salí a la terraza a mirar el mar, que no me debía nada.

La cortina estaba abierta. No la cerré. Me quedé debiendo esa explicación a mí mismo y decidí no cobrármela.

La suite había sido arreglada con la perfección de siempre: sábanas nuevas, almohadas en formación, ningún vestigio.

Un trabajo excelente. Solo que ningún hotel del mundo sabe arreglar el olor — y en algún lugar entre la terraza y la cama, sal y piel y una cosa dulce sin nombre resistían a la jornada entera de limpieza.

Acabas de romper el recibo.

Su frase se había quedado. De todas las cosas que se dijeron en aquel despacho, mi cerebro —entrenado toda la vida para retener lo esencial— eligió guardar exactamente la que yo no sabía archivar.

Una oportunista no dice eso. Una oportunista coge el dinero.

El pensamiento entró sin pedir permiso, con la lógica limpia que pago por tener, y por un instante la cuenta entera se tambaleó: no aceptó el doble.

Lo rechazó a la cara, sin pestañear, con aquella calma de cosa rota. En mi mundo, nadie rechaza dinero. En mi mundo, el no es siempre la primera oferta de una negociación.

¿Y si...?

Aplasté el «y si» con el resto del whisky.

Claro que lo rechazó. Rechazarlo era la jugada. El dinero pequeño se cogía; el dossier se revalorizaba.

Una mujer lo bastante lista para encontrarme descalza en el único bar de la isla era lo bastante lista para saber que la indignación rendía más que el caché. Su mercado era ese: verdad a plazos, publicada en el momento de mayor daño.

Y fue ahí, en el segundo whisky, cuando la defensa se convirtió en ataque.

Porque ella tenía material. Una noche entera de material: el rostro de Greco, la suite de Greco, las frases que Greco dijo a oscuras creyendo que hablaba gratis.

Mañana, pasado mañana, dentro de un mes — en algún momento aquello se convertiría en titular, y la única variable del problema era la credibilidad de quien lo firmara.

Así que la credibilidad tenía que morir primero.

Llamé a Roma. El editor de la revista contestó al segundo tono, con la voz que todo el mundo usaba conmigo después de las diez de la noche: alarmada y disponible.

—Dottor Greco. Ya me he enterado del malentendido con la cobertura, iba a llamar mañana temprano para...

—El reportaje está cancelado. Eso ya lo sabe. —Hice girar el vaso, mirando el mar—. Lo que quizá solo haya oído a medias es el resto. La signorina Santoro intentó usar la acreditación de su revista para obtener acceso personal a mí. Entiende lo que eso significa para la reputación de la publicación, imagino.

Un silencio corto, de quien echaba cuentas.

Su grupo tenía tres revistas, un periódico y una deuda. Las páginas de publicidad del Gruppo Greco sostenían por lo menos dos de esas cosas.

—Es gravísimo —dijo, obediente—. Naturalmente, ella ya no trabaja con nosotros.

—Naturalmente. —Dejé crecer la pausa hasta que se volvió incómoda—. Y detestaría enterarme de que otras publicaciones serias han corrido el riesgo de pasar por lo mismo. Lo detestaría por ellas.

—Yo... alertaré a los colegas, dottore. Con discreción. Es lo mínimo.

—Es lo mínimo —convine, y colgué.

Listo.

Dos llamadas, contando la de la recepción por la mañana. Eso costó desmontar una carrera: menos tiempo del que tardó el sumiller en elegir el hielo del cubo.

En una semana, el nombre de Viola Santoro no abriría ni la puerta de servicio de ninguna redacción entre Roma y Milán.

Sin firma, sin credibilidad, su material se convertía en chismorreo de ferry — y el chismorreo de ferry no derriba imperios.

Protección, me dije. No venganza.

El móvil mostraba tres llamadas perdidas de Lorenzo. No contesté ninguna. En cualquier idioma, eso es una respuesta — y yo sabía exactamente de quién era la frase que estaba plagiando, y elegí no saberlo.

Me fui a la cama tarde, a mi lado de siempre, y el error fue ese: la cama se había quedado con lados.

Ella durmió allí una noche. Una. Y mi cuerpo, ese traidor de cuarenta y tres años, ya había aprendido su peso en el colchón, el lugar del pelo en la almohada, la pierna que se escapaba de la sábana.

Me quedé mirando el techo en la oscuridad, oyendo el mar batir allá abajo, paciente, como bate desde antes de cualquier Greco

— y el silencio de la suite fue bajando sobre mí, espeso, hasta que reconocí el sonido que hacía.

Yo ya había oído aquel sonido una vez, por dentro. Era el sonido de una caja fuerte abriéndose sin nada dentro.

Cerré los ojos e hice lo que mejor sé hacer: negué el inventario. Mañana había reuniones, la isla seguía siendo mía, el grupo seguía siendo mío, y la única persona en el mundo que me había querido con los ojos cerrados iba en un ferry rumbo a lejos, rota, creyendo que la culpa era suya.

Gané.



CAPÍTULO 9

*«Todo el mundo admira a quien empieza de cero.
Nadie pregunta cuánto costó la demolición».*

VIOLA SANTORO

El despido llegó antes que yo.

Todavía estaba en el muelle de Nápoles, con la maleta prestada y el olor a ferry en el pelo, cuando sonó el teléfono.

El editor. Aquel mismo cuya revista tenía dirección de verdad en Roma y un nombre que abría puertas que mi cara no abría.

—Santoro. —Ni buenas tardes. Su voz había cambiado de estación: de verano a enero en veinticuatro horas—. El reportaje está cancelado. Y el caché también, obviamente.

—¿Obviamente? —Apreté el teléfono—. He pasado dos días trabajando en ese encargo. Tengo notas, fotos, la investigación entera del...

—Usaste nuestra acreditación para llegar al dueño —cortó, seco—. ¿Sabes el tamaño del bochorno que eso le ha causado a la revista?

El muelle entero se tambaleó, y no era el mar.

—Eso no es verdad. —Mi voz salió firme; no sé de dónde—. Yo no sabía quién era. ¿Quién te ha contado esa versión?

—No importa quién...

—A mí me importa. Me conoces desde hace tres años. Nunca he entregado una línea fuera de plazo, nunca me he inventado una coma. ¿Vas a creerle a él porque es dueño de qué, exactamente? ¿De páginas de publicidad?

El silencio al otro lado duró lo suficiente para ser una respuesta.

—Buena suerte, Santoro —dijo, más bajo, casi humano—. Sinceramente. La vas a necesitar.

Y colgó.

Me quedé parada en medio del muelle, con el teléfono caliente en la mano, los turistas esquivándome como si la mala suerte se contagiara.

Al otro lado del agua, Capri flotaba en el atardecer, dorada, preciosa, ajena — una joya que nunca fue mía, guardando a un hombre al que nunca conocí de verdad.

Respira, Viola. Ya has perdido cachés antes.



Yo no había perdido solo un caché. Solo que todavía no lo sabía.

Lo descubrí en Bari, en los diez días siguientes, un correo cada vez.

La revista de gastronomía que «reestructuró la plantilla de colaboradores». El portal de viajes que «pausó los encargos del sur». La editora del suplemento dominical que siempre respondía en una hora y ahora no respondía en una semana.

Uno a uno, los teléfonos se fueron convirtiendo en buzones de voz, y las puertas fueron cerrándose tan suavemente, tan educadas, que al principio creí que era coincidencia.

Fue Franca, la del suplemento dominical, quien tuvo la decencia de llamarme desde un número desconocido, un domingo por la mañana, con voz de quien mira por encima del hombro.

—Viola, escucha y no lo repitas: ha circulado un aviso. Extraoficial, sin papeles, como lo hacen los grandes. —Respiró hondo al otro lado—. Quien publique tu firma pierde los anuncios del Gruppo Greco. Nadie te lo va a decir a la cara. Te dirán que se acabó el presupuesto, que el enfoque ha cambiado. Pero es eso.

El suelo de la cocina de mi madre —la baldosa gastada que yo conocía desde antes de saber andar— se hundió despacio.

—Eso es ilegal —conseguí decir.

—Eso es Italia, querida. —Su voz dolía de lástima—. Llámame cuando pase esta tormenta. Eres demasiado buena para desaparecer.

Demasiado buena para desaparecer.

Bonito. Lo enmarqué mentalmente y lo colgué encima del fregadero, donde mi madre guardaba las cuentas del mes debajo del bote de la sal.

Había hecho las cuentas la noche anterior, con el cuadernillo de siempre: el alquiler de mi habitación en Roma, ya atrasado. El giro del mes, que no iba a existir. Las zapatillas de Nino, rotas.

Faltaban once días para el vencimiento, y lo que tenía en la cuenta daba para diecisiete días de vida — contando los diecisiete a base de sopa. Y en la columna de la izquierda, donde deberían estar los próximos trabajos, una lista de nombres tachados que ahora era solo una página de cicatrices.

Él no me había expulsado de una isla. Me había expulsado de mi profesión entera.

La rabia que subió entonces era de un tipo nuevo, limpio, casi útil: no la rabia de quien quiere revancha, sino la de quien se niega a hundirse según el calendario de los demás.

Llamé a Gemma.

Contestó al segundo tono, con ruido de Milán detrás: tranvía, gente, una ciudad que no pide permiso.

—¡Por fin! Ya estaba pensando en avisar a la policía, a la Interpol y a tu madre, por ese orden de miedo.

—Gemma. —Y solo con decir su nombre el nudo de la garganta subió, traidor—. Estoy frita.

Se lo conté todo.

El bar, la noche, el medio nombre, la rubia de blanco hielo, el despacho, el precio que él puso encima de mi noche como quien pega una etiqueta en una botella.

Las puertas cerrándose en serie. El aviso extraoficial. Ella escuchó sin interrumpirme ni una vez — y eso, en Gemma, era una declaración de amor.

—Hijo de su madre —masculló, al fin, despacio, y lo completó con una secuencia de tacos tan creativa que Rosa habría tomado apuntes—. Viola. Vente a Milán.

—Gemma...

—No, escucha. El sofá es feo, pero es tuyo. Y aquí nadie vive de revistas de viajes: hay agencias, hay contenido corporativo, hay pies de catálogo, hay todo ese trabajo sin glamur que paga facturas. El alcance de tu multimillonario es del tamaño de su mundillo. Milán es grande y no pertenece a nadie.

—No puedo simplemente...

—Lo que no puedes es quedarte. —Su voz se ablandó—. Amiga. En Bari vas a convertirte en la hija que volvió. En Milán te conviertes en la mujer que llegó. Elige el verbo.

Miré por la ventana de la cocina. En el patio, Rosa le enseñaba un taco nuevo al gato, con paciencia de maestra. La sábana blanca de la vecina se mecía en el tendedero como la bandera de un país pequeño y testarudo.

Mi madre iba a preguntarme si había comido; nunca iba a preguntar por el dinero. Y era exactamente por ella, por ellos, por lo que yo no podía quedarme allí, parada, esperando a que la marea devolviera lo que Greco hundió.

—El lunes —dije—. Llego el lunes.

Le mentí a mi madre en la despedida. Mentí bonito, que es la única manera que ella acepta: el reportaje cambió, ha surgido una oportunidad en el norte, Milán está llena de trabajo.

Ella me abrazó fuerte en la puerta, oliendo a jabón y a café, y dijo que estaba delgada. Prometí engordar. Nino pidió las zapatillas; prometí las zapatillas. Rosa pidió venir conmigo; prometí que algún día.

Tres promesas.

El tren salió de Bari a primera hora de la tarde, y yo me quedé con la frente pegada a la ventanilla viendo quedar atrás mi mar — el mar de verdad, el del sur, el que no cabe en un folleto de lujo.

En algún punto por encima de Nápoles, el Mediterráneo desapareció del todo y quedaron solo la llanura y los cables eléctricos cosiendo el país. Abrí el cuadernillo en el regazo y escribí, en lo alto de una página nueva, el único titular que todavía me pertenecía: Viola Santoro no ha terminado.

Él tenía el dinero, el apellido, Italia entera en el bolsillo de la chaqueta. Pero me había enseñado, sin querer, la lección más cara de mi vida: no volver a entregar nunca más mi historia gratis a nadie.

La próxima iba a escribirla yo sola. Y con la cabeza bien alta.



CAPÍTULO 10

«Un secreto no es lo que uno esconde. Es lo que uno guarda hasta que alguien lo merece».

VIOLA SANTORO

Milán no tenía mar, y esa era solo la primera de las ausencias.

Hacía un mes que yo había bajado en la Estación Central con una maleta prestada y el orgullo remendado, y la ciudad y yo habíamos llegado a un acuerdo de convivencia: ella no prometía nada, yo no esperaba nada, y con ese contrato extraño íbamos viviendo.

Escribía pies de catálogo para una agencia que pagaba poco y tarde.

Sofá cama de tres plazas en tejido premium. Confort que abraza a tu familia.

Yo, que un día escribí sobre el olor del pan recién hecho a las cinco de la mañana en la Bari vieja, ahora vendía tapicería con adjetivos.

No era el libro sobre los pueblos del sur. Era el alquiler del cuartito que había alquilado al fondo del pasillo de la casa de una señora polaca, a dos calles del piso de Gemma — porque el sofá de una amiga es un chaleco salvavidas, no un barco.

Pero el viernes anterior había puesto en el correo un par de zapatillas nuevas, número cuarenta y uno, y el giro del mes, más pequeño que antes, había salido entero. Nino mandó una foto con las zapatillas puestas y el pie de foto «ahora corro más que la envidia».

Guardé la foto en la pantalla del móvil. Había días en que era el único periodismo del que me enorgullecía.

Fue un martes cuando el café me traicionó.

Gemma había aparecido por la mañana con dos vasos de la panadería de la esquina, como siempre, y en el segundo en que subió el olor —ese olor que toda la vida fue sinónimo de empezar el día— el estómago se me revolvió de una manera nueva, súbita, absoluta.

Llegué al baño de milagro.

—¿Amiga? —La voz de Gemma atravesó la puerta—. ¿Ha sido el café o ha sido mi compañía?

—El café —respondí, con la frente apoyada en el azulejo frío—. Estaría pasado.

El café no se pasa. El café es la cosa más fiel de Italia.

Fue en la cola del supermercado, dos días después, echando de cabeza las cuentas del mes —alquiler, giro, el plazo de las

zapatillas—, cuando otra cuenta se me puso delante, sin pedir permiso, con la frialdad de un extracto bancario: el retraso.

Conté otra vez. Conté con los dedos, escondida detrás de la pila de pasta en oferta, como si los números fueran a cambiar por vergüenza.

No cambiaron.

Compré el test en la farmacia más lejana del cuartito, en un barrio donde nadie me conocía — reflejo idiota de quien ya no tenía reputación que proteger.

La farmacéutica me pasó el producto sin mirarme, con esa neutralidad profesional que debe de aprenderse el primer día, y yo le di las gracias bajito, como quien se confiesa.

El baño de la señora polaca tenía una ventana pequeña que daba a un patio interior gris.

Sin mar.

Me senté en el borde de la bañera con el test boca abajo sobre el lavabo y esperé los tres minutos más largos de mi vida, oyendo pasar un tranvía fuera, ladrar a un perro, Milán entera siguiendo adelante sin saber que mi mundo estaba detenido en un palito de plástico.

Ya lo sabes, dijo la voz de ahí dentro, la que nunca se equivocaba. Lo sabes desde el olor del café.

Le di la vuelta al test. Dos rayas.

El aire se me escapó de los pulmones de golpe, y me quedé allí, sentada en el borde de la bañera de una casa que no era mía, en una ciudad que no era mía, sujetando el único pedazo de mi futuro que era entera, irrevocablemente mío.

Embarazada. De una sola noche. De la única noche.

Hice lo que yo hago: las cuentas. Junio, la madrugada, la segunda vez — despacio, a oscuras, sin ninguna de las cautelas que

exigía la razón. La razón mandó la factura con dos meses de retraso y, como toda reclamación que se precie, llegó sin aviso y sin apelación.

Me reí. Una risa corta, torcida, medio sollozo, sola en el baño.

Claro. Claro que sí. La noche que me costó la carrera, el nombre y el mar ahora venía a cobrar el resto.

Solo que la mano —y juro que se movió antes que yo, sin consultarme— ya estaba abierta sobre mi vientre. Plano, corriente, el vientre de siempre. Y debajo de él, del tamaño de una coma, la única frase nueva de toda mi historia.

El miedo llegó primero, porque el miedo es puntual: la consulta del obstetra, el cuartito al fondo del pasillo, los pies de catálogo no pagaban una cuna, cómo voy a, cómo vamos a...

Y detrás del miedo, en la misma ola, llegó el pensamiento inevitable: él.

Contárselo.

Dejé que la idea se formara entera, por honestidad — porque un hijo tenía padre, porque yo no era de esconder, porque la verdad era mi única religión. Dejé crecer la idea hasta que ganó su voz.

Y su voz dijo: ¿cuánto?

Eso fue lo que la idea encontró al otro lado: el hombre del despacho, haciendo girar la hoja de papel con un dedo. El hombre que le puso precio a mi noche le pondría precio a aquello también.

Iba a mirar lo único sagrado que me quedaba y ver el golpe final de la oportunista: el dossier definitivo, el chantaje con nueve meses de plazo, la cuna como instrumento de negociación. Iba a llegar con abogados de apellido compuesto y a convertir mi coma en un pleito de custodia.

Él tenía Italia en el bolsillo. Yo tenía un test de farmacia y diecisiete días.

Me levanté del borde de la bañera y me miré en el espejo pequeño, torcido, de la señora polaca. La mujer del reflejo estaba pálida, con el pelo recogido de cualquier manera y los ojos enormes — pero la barbilla, noté con un orgullo absurdo, la barbilla ya estaba subiendo sola.

—No lo necesitamos —le dije, en voz alta, a ver si me lo creía.

Esta vez, se lo creyó.

Gemma lo supo el mismo día, porque una amiga de verdad es un detector de humo: olió el incendio en mi cara desde la puerta y entró sin preguntar.

Vio el test sobre el lavabo, me miró, y no dijo ninguna de las frases hechas — no dijo «¿estás segura?», no dijo «¿y ahora?», no dijo «¿del multimillonario?».

Solo se sentó a mi lado en el borde de la bañera, me cogió la mano y se quedó.

—Lo que necesites —dijo, solo eso, mucho después—. En las condiciones que decidas.

Ella entendió antes que yo que de eso se trataba ahora: de lo que todavía era mío para decidir.

Aquella noche, tumbada en el cuartito, con el ruido del último tranvía cosiendo la calle, hablé por primera vez con el bebé.

—Va a ser así —susurré en la oscuridad, con la mano abierta en el vientre—. Tú vas a saber quién es él. No voy a robarte eso; yo no soy él, yo no le escondo el nombre a nadie. Pero él... —Tragué saliva, y el juramento tomó forma despacio, palabra por palabra, duro y claro como un canto rodado—. Él solo sabrá de ti el día en que reconozca lo que me hizo. No por dinero. No por abogados. No

por miedo. El día en que ese hombre mire atrás y entienda el error — ese día, y solo ese día, se ganará el derecho a saber que existes.

Fuera, Milán siguió pasando, gris e indiferente, sin ningún mar.

Aquí dentro, por primera vez desde Capri, alguien había vuelto a mandar en mi historia.

Yo.

Mi padre decía que la mentira es como la marea: siempre vuelve, y trae lo que enterramos. Que venga. El silencio no es mentira — es guardia. Y yo iba a montar guardia sobre aquel secreto con la vida.



CAPÍTULO 11

«Hay sonidos que llegan antes que el valor. Después es el valor el que se pasa la vida entera intentando alcanzarlos».

VIOLA SANTORO

A mediados de septiembre, Milán había inventado un gris nuevo para mí.

La rutina era esta: perder la carrera matinal contra las náuseas y escribir pies de catálogo hasta la hora de comer.

Sillón reclinable en piel ecológica. El abrazo que tu salón merecía.

Mandar el giro a Bari el día cinco, ni un día después, porque la mamma no preguntaba por el dinero y era exactamente por eso por lo que no podía retrasarse.

Y guardar, doblado al fondo del cajón junto con el extracto, el papel con el precio de la consulta.

Había aplazado aquel número durante semanas. Al final, ganó la matemática más antigua del mundo: hay cuentas que se pagan con dinero y cuentas que se pagan con la vida entera — y la segunda no acepta plazos.

Gemma vino conmigo. Claro que vino. Llegó a la puerta de la señora polaca a las ocho en punto, con dos vasos de la panadería de la esquina — té para mí, café para ella, porque desde el martes de la traición el café y yo estábamos reñidos.

—Tienes cara de no haber dormido —dijo, tendiéndome el vaso.

—He dormido. —Cogí el té y no la miré a los ojos—. Unas dos horas. Repartidas.

No insistió. Una amiga de verdad sabe cuándo la pregunta ayuda y cuándo solo pesa. Bajamos la calle calladas, el tranvía pasó rozando, y Milán siguió por delante de nosotras, apresurada, sin mar, sin saber nada.

La consulta estaba en el segundo piso de un edificio antiguo, en un pasillo que olía a desinfectante y a espera.

No era la consulta de las revistas que yo cubría en otra vida — era la que mi dinero alcanzaba, con sillas de plástico verde y un póster descolorido en la pared.

La médica llevaba las gafas en la punta de la nariz y la paciencia de quien ya ha visto todo tipo de comienzos.

—¿Primer embarazo?

—Primer todo —respondí.

Sonrió levemente, sin juzgar, y señaló la camilla.

El gel estaba frío. Sabía que iba a estarlo, y aun así mi cuerpo se encogió entero — porque no era del frío de lo que se

defendía.

Era del tamaño del momento.

Gemma acercó la silla a la camilla sin pedir permiso y me cogió la mano como quien se agarra a una barandilla: firme, sin ceremonias, por si faltaba un escalón.

La sala se quedó a oscuras. El monitor se encendió, gris sobre negro, un cielo de estática.

Y entonces la médica movió el aparato un dedo hacia la izquierda y el mundo entero encendió el sonido.

Tum-tum-tum-tum.

Rápido. Demasiado rápido, pensé, y el pánico ya metía primera — pero la médica dijo «perfecto, ciento cincuenta y ocho», y el pánico desembragó, humillado, y se fue a sentar a un rincón.

Aquello latía.

Perdí el aire. No como las otras veces, no de la manera que Capri me enseñó, que era el aire huyendo de miedo — esta vez huyó de reverencia, como quien se quita el sombrero.

En la oscuridad de la consulta, en un segundo piso sin vistas, la cosa más pequeña de mi vida hacía el ruido más alto que yo había oído nunca.

—Ahí está —dijo la médica, girando el monitor—. Latiendo con fuerza.

En medio de la estática, una forma. Una curvita clara, testaruda, agarrada a la oscuridad.

Una coma. ¿No lo dije? Una coma.

Los ojos se me llenaron de lágrimas sin pedir autorización. Gemma me apretó la mano, y cuando la miré —la burlona, la que tenía chistes preparados hasta para los velatorios— tenía la barbilla temblando y fingía que no.

—Ni una palabra —avisó, ronca.

—No he dicho nada.

—Tu ojo sí.

Tragué saliva y volví al monitor, porque tenía tres minutos de aquello y no iba a gastar ninguno discutiendo con Gemma.

Fue ahí, escuchando, cuando el juramento cambió de peso.

En el baño de la señora polaca había sido una decisión — palabras duras, canto rodado, dichas a un test de farmacia.

Ahora tenía sonido. Ahora tenía ciento cincuenta y ocho latidos por minuto de motivos. Ya no montaba guardia sobre un secreto.

Montaba guardia sobre un corazón.

Tú vas a saber quién es él, repetí por dentro, hacia la curvita del monitor. Y él solo sabrá de ti el día en que merezca el sonido que he oído hoy.

En la acera, Gemma esperó exactamente hasta que la puerta del edificio se cerró a nuestra espalda.

—Bueno. —Chasqueó la lengua, recomponiendo la pose—. Ahora que ya he llorado a escondidas en tu prenatal, tengo un asunto. Y me vas a escuchar hasta el final antes de poner esa cara tuya.

—¿Qué cara?

—Esa que acabas de poner.

Puse los ojos en blanco, pero el escalofrío en el estómago llegó antes que la burla — porque una Gemma solemne era un fenómeno raro, y los fenómenos raros nunca venían con las manos vacías.

Se detuvo en medio de la acera, de frente a mí, con el vaso de café olvidado en la mano.

—Me contrataron anteayer. Un trabajo grande. Grande de verdad, Viola: un libro. Fotografía de los pueblos pequeños del sur, los que se están muriendo, los que nadie fotografía. Un año de carretera, todo pagado.

El corazón se me aceleró — y odié a mi corazón por eso, porque se aceleró de esperanza, y la esperanza era un lujo que yo había recortado del presupuesto junto con el café.

—Gemma, eso es... —Busqué una palabra que no me comprometiera—. Eso es enorme. Enhorabuena.

—No he terminado. —Levantó la mano de guardia de tráfico—. El libro necesita texto. Alguien que escriba los pueblos, no que solo les ponga pies de foto. Y cuando me preguntaron si conocía a alguien, dije que conocía a la única persona de Italia que ya había escrito ese libro entero en la cabeza — solo le faltaba el papel.

La calle se tambaleó levemente.

El libro. El que conté una vez, de madrugada, en una escalinata de Capri, al hombre equivocado — y que se convirtió en munición, después en ceniza, después en una de esas cosas que uno finge que nunca quiso, para poder dormir.

Y ahora volvía por la puerta de mi amiga. Con contrato.

—Di tu nombre —continuó Gemma, más bajo, estudiándome—. Quieren hablar contigo. La semana que viene.

Di que sí. Di que sí antes de que el mundo se dé cuenta del error y lo corrija.

—¿Quiénes? —pregunté, en cambio, porque Capri me había enseñado a registrar los regalos antes de abrazarlos—. ¿Quién financia un proyecto así, Gemma? Un año de carretera, libro ilustrado, todo pagado. Eso es dinero de gente grande. Y la gente grande a mí...

No terminé. No hizo falta. Ella sabía el tamaño de mi quemadura — fue ella quien apagó el incendio.

—Es una fundación cultural. —Gemma sacó el teléfono del bolsillo, deslizó la pantalla, me enseñó el correo como quien presenta una coartada—. Sería, antigua, llena de sellos. La fundación del Gruppo Riccardi.

Riccardi.

Esperé a que el nombre me dijera algo. No dijo nada. Un apellido rico de Milán, como todos los demás — mármol, consejo de administración, sede con techos altos. Su mundo era una estantería a la que yo había subido una sola vez, y había bajado por la trampilla.

—No me suena de nada —dije, respirando hondo, y dejé que la esperanza sacara un dedo de la caja—. Concierta la reunión.

Gemma sonrió, guardó el teléfono y me dio el brazo, y bajamos la calle gris como dos personas que acababan de ganar el día.

Así fue como dije que sí. Sin saber que le estaba diciendo que sí a la única puerta de Milán que quedaba a un apellido de distancia de él...



CAPÍTULO 12

«Nadie busca lo que perdió. Uno busca lo que tiró — y siempre de madrugada, para que nadie lo vea».

MASSIMO GRECO

Tres meses pueden medirse de muchas maneras.

Yo elegí la mía: dos negociaciones cerradas de las tres que estaban abiertas, cuatro ciudades, una adquisición en Roma que salió en los periódicos como «movimiento agresivo del Gruppo Greco» — y noventa y tantas noches dormidas a medias, con la disciplina de quien ha convertido el insomnio en un punto del orden del día.

Trabajé como si el trabajo me debiera dinero.

Los directores estaban encantados. El consejo estaba encantado. Hasta la competencia estaba encantada, de esa manera

nerviosa con que se encanta quien recibe los golpes.

El imperio crecía, y yo crecía con él, hacia fuera, como cualquier cosa que se niega a crecer hacia dentro.

En Capri, la suite de la última planta seguía siendo mía. La cortina seguía abierta — la camarera de pisos aprendió a no cerrarla, y ninguno de los dos le preguntó nada a nadie.

El arpa seguía fuera de la zona de la piscina; el gerente contrató a un guitarrista, después a un pianista, y yo aprobé a los dos sin levantar los ojos de la pantalla.

No había ningún misterio en eso. Un hombre tenía derecho a sus propias preferencias sin abrir un expediente sobre ellas.

Fue un martes, pasada la medianoche, cuando la disciplina falló.

Whisky en la mano, el mar batiendo allá abajo con aquella paciencia insolente, los correos del día respondidos hasta el último — y el cursor parpadeando en la barra de búsqueda, solo, esperando.

Juro que no lo decidí. La mano fue por delante, como va la mano de todo hombre que lleva tres meses vigilando su propia cabeza: tecleó su nombre, las dos palabras, y pulsó la tecla antes de que llegara el dueño.

Viola Santoro.

La pantalla cargó. Me preparé para lo peor — el titular, el dossier, «mi noche con Greco», la venganza a plazos que yo había previsto con tanta lógica.

No había nada.

Bajé por la página. Reportajes antiguos: el pan recién hecho a las cinco de la mañana en la Bari vieja, una serie sobre pescadores, la firma pequeña y limpia al pie de revistas menores. El más reciente era de junio.

Después, silencio.

Ni una línea publicada en tres meses. Ninguna redacción, ningún pie de página, ningún eco. Yo había ganado de una manera tan completa, tan profesional, que la mujer sencillamente había dejado de existir en letra impresa — y mi victoria estaba ahí, mensurable, auditable, perfecta.

El whisky bajó con sabor a ceniza.

Tragué saliva, cosa que mi cuerpo no hacía en ninguna reunión, y me quedé mirando la pantalla como si fuera a confesarme algo.

Una oportunista con aquel material no se queda tres meses callada. Una oportunista publica, negocia, aparece.

Su silencio no cuadraba ninguna cuenta — y yo conocía un solo tipo de gente que desaparece así, sin cobrar, sin responder, sin existir.

La gente que uno ha borrado.



Lorenzo apareció en Capri un jueves de sol, sin avisar, como solo él podía — porque la recepción entera sabía que para aquel nombre no existía «el dottore está en una reunión».

Yo llevaba tres meses ignorando llamadas. Él lo sabía. Puertas, nunca supe ignorarlas — y él también lo sabía.

Cuando entré en la terraza del restaurante, ya estaba sentado a mi mesa, de espaldas al mar, probando mi vino sin ninguna ceremonia, con esa cara de quien había venido a cobrar una deuda y traía el contrato memorizado.

—Siéntate —dijo, en mi casa, en mi hotel, en mi isla.

Me senté. Veinte años enseñan a ahorrarse las peleas que ya nacieron perdidas.

—Tienes buen aspecto —dije.

—Tú no. —Posó la copa y me miró de verdad, de esa manera de socio viejo que no necesita balance—. Tienes el aspecto de quien cierra negociaciones de madrugada porque la alternativa es pensar.

Un camarero se acercó; lo despedí con un gesto. Allá abajo, la piscina infinita derramaba el azul de siempre, y el pianista nuevo tocaba algo discreto que no era un arpa.

Lorenzo esperó a que el silencio se asentara entre nosotros, sin prisa, como quien sabe que el silencio trabaja para él.

—Tres meses, Massimo. —La voz le salió baja—. Te hice una pregunta, me colgaste en la cara, y después desapareciste. Tres llamadas el mismo día. Después las otras. Dejé de contarlas para no pelearme contigo por aritmética.

—Estaba...

—Trabajando. Lo sé. Salió en los periódicos. —Hizo girar la copa por el tallo, despacio—. No he venido a buscar disculpas. Veinte años no se cuelgan en una llamada; eso ni tú puedes, y mira que tienes talento para colgar cosas.

Cerré los puños debajo de la mesa, sin saber si de rabia o de alivio. Con Lorenzo, las dos siempre llegaron juntas.

—¿Entonces a qué has venido?

—A dos cosas. —Levantó un dedo—. La primera no tiene prisa: algún día me contarás lo que aquella pregunta te hizo. Hoy no. Hoy todavía tienes la respuesta atravesada, y no tengo estómago para verte mentir mal, tú que le mientes tan bien al resto del mundo.

La mandíbula se me trabó. Lo vio. No retrocedió ni un milímetro — veinte años también enseñaban dónde no se pisaba, y

él pisaba ahí a propósito, con todo el peso.

—¿Y la segunda?

—La segunda tiene fecha. —Sacó del bolsillo de la chaqueta una invitación de papel grueso, color crema, y la empujó sobre el mantel hasta detenerla delante de mí—. El proyecto de la fundación. El cultural, el de los pueblos del sur, el ojito derecho de Chiara. La presentación es la semana que viene, en Milán. Será una cena y tú vas a ir.

Miré la invitación sin tocarla. El logotipo de la fundación de los Riccardi en relieve discreto, una fecha, una dirección de techos altos.

—Lorenzo, la semana que viene tengo...

—Eres el padrino del proyecto. —Lo dijo con una calma de jaque mate—. Firmaste los papeles en marzo, como socio de la fundación. Sé que firmas lo que mi dirección te manda sin leerlo, porque confías en mí, y esa es a la vez la cosa más bonita y más tonta que haces. Pues bien: el padrino va al bautizo.

El bautizo de un libro sobre los pueblos del sur.

Algo se movió dentro de mí, incómodo, un punto ciego en el retrovisor — y pasó, porque yo estaba demasiado ocupado perdiendo la discusión.

—¿Y si no voy?

—Entonces se lo explicas personalmente a Chiara. —Lorenzo abrió una media sonrisa, la primera de la visita, y se recostó en la silla—. Ha mandado avisar de que la mesa ya tiene tu nombre. Y a Chiara no la desobedece nadie, Massimo. Yo lo intenté una vez. Una.

Podía inventarme una agenda. Podía interponer un consejo, un viaje, cualquiera de las muchas paredes que yo sabía levantar en veinticuatro horas. Lorenzo lo sabía — estaba ahí sentado sabiéndolo, mirándome saberlo.

Y por eso dije que sí. No por el proyecto, que apenas recordaba haber firmado. No por la fiesta, que iba a ser igual que todas.

Dije que sí porque le debía tres meses y una respuesta que no tenía valor para pronunciar. Porque la suite de la última planta se había quedado demasiado grande.

Y porque un hombre que se pasa la madrugada buscando en internet el nombre que él mismo borró necesita, como mínimo, cambiar de ciudad por una noche.

—Iré —afirmé.

Lorenzo asintió, sin celebrarlo, y sirvió más vino para los dos como quien da por cerrada la parte fácil.

Aquella noche, solo en el despacho, marqué la fecha en el calendario. Milán, sábado. La presentación de un libro. Me quedé un instante mirando la palabra en la pantalla —el sur— con el vaso detenido a medio camino.

Iba a una fiesta a celebrar el sur de Italia. Y el sur de Italia, yo debería saberlo, nunca fue de olvidar una deuda.



CAPÍTULO 13

«Un nombre pesa poco. Hasta que alguien nos arranca el nuestro — entonces descubrimos que era él el que sujetaba todo lo demás».

VIOLA SANTORO

La sede de la fundación estaba en un palazzo del centro, con unos techos lo bastante altos para que cupiera toda mi desconfianza y aún sobrara espacio.

Mármol en el suelo, claro. Su mundo venía siempre con mármol, como si necesitara avisar desde lejos.

Subí la escalinata con mi mejor vestido —el más suelto que tenía, elegido frente al espejo con un cuidado nuevo, la tela cayendo recta donde catorce semanas empezaban, discretas, a cambiar el paisaje—.

Nadie lo vería. Lo había comprobado de frente, de lado, otra vez.

Tú quédate ahí quietecito, avisé hacia dentro, con la mano alisando el vestido una última vez. Hoy mamá trabaja.

Gemma me había preparado la víspera, con la solemnidad de quien instruye a un testigo: la comisaria del proyecto me recibiría personalmente, era ella quien lo decidía todo, «y por el amor de Dios, Viola, no pongas esa cara tuya de quien registra los regalos».

Asentí. Mentí. La cara venía conmigo; era el único seguro que podía pagarme.

Una secretaria me llevó por un pasillo de retratos antiguos hasta una sala de reuniones donde cabía mi cuartito cuatro veces.

Me quedé de pie. Sentarse era intimidad, y la intimidad con aquel mundo ya la había tenido — una vez, y la pagué en una moneda que no volvía.

La puerta se abrió y la mujer entró hablando.

—Tú eres Viola. Por fin. —Cruzó la sala entera con la mano tendida, sin ceremonias de dueña, el pelo recogido de esa manera descuidada y elegante que debe de costar cara para parecer barata —. Chiara. La culpable de que estés aquí, junto con tu amiga fotógrafa, que por cierto no sabe hacer elogios pequeños: habló de ti como quien habla de un milagro.

Le estreché la mano, armada hasta los dientes — y la armadura resbaló medio centímetro, traidora, porque no había ningún hielo en aquella mano.

Yo conocía a las mujeres de aquel mundo. Conocía la sonrisa de escaparate, la dulzura de terciopelo sobre cristal, la manera de medir tu ropa mientras te besaban la mejilla.

Aquella mujer no me estaba midiendo. Me estaba mirando.

—Gracias por la invitación —dije, neutra, profesional, cada palabra registrada antes de salir.

—No me las des todavía. —Se rio y señaló las sillas, sentándose primero, doblando una pierna bajo el cuerpo como quien se sienta en la cocina de su casa—. Espera a ver el calendario. Un año de carretera por pueblos donde el único hotel cerró en mil novecientos ochenta y siete. Te voy a hacer trabajar como nunca.

En la mesa esperaba una carpeta gruesa. La abrió, y me quedé levemente helada: eran mis reportajes. Impresos, marcados, anotados al margen con una letra rápida.

La serie de los pescadores. El mercado de San Nicola. El pan recién hecho a las cinco de la mañana en la Bari vieja — con dos frases subrayadas y un «ESTO» en el margen, en mayúsculas.

—¿Ha leído todo eso? —se me escapó, antes de que la neutralidad lo sujetara.

—Dos veces. —Chiara levantó los ojos—. La primera para decidir. La segunda porque quise. Tú escribes el sur sin barnizarlo y sin compadecerlo, y yo llevaba seis meses buscando ese tono. Todos los que me mandaban escribían el sur como un difunto bonito. Tú lo escribes como quien todavía cena allí.

El nudo en la garganta llegó sin pedir permiso. Seis años de carrera, y mi mejor lectora estaba en una sala de mármol — en el mundo que me había escupido fuera.

Cuidado, dijo la voz de guardia. Así empezó la última vez. Alguien te escuchó de verdad, y tú entregaste la llave.

Enderecé la columna. La voz tenía razón. La voz siempre tenía razón desde junio.

Hablamos del proyecto durante casi una hora —los pueblos, el calendario, el matrimonio entre el texto y las fotos de Gemma— y a cada respuesta mía, ella contraatacaba con una pregunta mejor, y

mi entusiasmo se iba escapando por la cerca, desobediente, como un animal que huele el pasto.

Fue ella quien empujó el contrato por la mesa, al fin.

Vi la cifra. Releí la cifra. El número reorganizaba mi año entero: el obstetra, el giro, una cuna.

Tragué saliva y mantuve la cara de quien lee cláusulas.

—Está todo conforme a lo acordado con tu agente —dijo Chiara, y la comisura de la boca le subió—: Que es como se tituló Gemma en la negociación, por cierto. Consiguió arrancarte un diez por ciento más. Contrata a esa mujer para toda la vida.

—Ella se contrató sola hace años.

Fue entonces cuando llegó la parte que yo había ensayado en el espejo, junto con el vestido.

—Solo quería proponer un ajuste. —Mantuve el tono ligero, administrativo, lejos de la cicatriz—. Sobre la firma del texto. He pensado en usar un seudónimo.

Chiara se detuvo con el bolígrafo en el aire.

—¿Un seudónimo?

—Es habitual en el mercado editorial. —Las frases preparadas salieron en fila, obedientes—. Un nombre de proyecto, más limpio. Evita... ruidos. He tenido unos roces profesionales este año, nada grave, pero prefiero no contaminar un trabajo de este tamaño. Es para proteger el proyecto.

Me miró durante un segundo largo. Y vi a la mujer de la cocina guardar la ligereza y a otra persona asumir la mesa — no fría: firme, de la manera en que se pone firme quien ya ha defendido esa trinchera antes.

—No. —Posó el bolígrafo—. Ese ajuste es el único que rechazo de entrada, y voy a explicarte el motivo, para que no creas que es un capricho. Un libro mío no lo firma nadie con un nombre

prestado. Yo sé lo que es tener el nombre manchado por una mentira, Viola. Sé lo que es que el mundo entero repita una versión de ti que tú no reconoces, y sé el tamaño de la mano que tiene que aparecer para devolverle el nombre a su dueño. —Empujó el contrato un dedo más hacia mí—. He leído dos veces cada línea que has publicado. El texto es tuyo. Tu nombre va en la portada.

El aire se me escapó de los pulmones, despacio, sin drama, como quien desocupa una sala.

Ella no lo sabía. No podía saberlo — hablaba de alguna guerra suya, antigua, que yo no conocía, y aun así, cada palabra acertaba en el centro de mi herida, con la puntería imposible de las coincidencias.

Alguien en aquel mundo de mármol me estaba devolviendo, sin saberlo, exactamente lo que aquel mundo me había quitado.

Mi nombre, en la portada del libro que conté una vez al hombre equivocado.

—Está bien —acepté, y la voz me salió más pequeña de lo que ordené—. Mi nombre, entonces.

—Estupendo. —La ligereza volvió a su rostro como si nunca se hubiera ido—. Odiaría empezar nuestra amistad vencéndote a gritos. Prefiero vencerte por cansancio, es más elegante.

Firmé. Viola Santoro, al pie de la última página, con el bolígrafo pesando una tonelada larga.

Bajo el tablero de la mesa, fuera de su vista, mi otra mano descansaba abierta sobre la tela suelta del vestido — y juro que sentí, debajo, del tamaño de una coma, a alguien firmando conmigo.

Chiara recogió el contrato, golpeó las hojas contra la mesa para alinearlas y sonrió por encima de ellas.

—Ahora la parte innegociable. El sábado que viene, la cena de presentación del proyecto. No me mires así — es bonito, pero es trabajo: prensa, mecenas, gente que necesita ver el rostro de quien

escribe. Va el equipo entero, mi marido y el padrino del proyecto. Insisto en el equipo completo. Sobre todo en ti.

Un salón lleno de su mundo. Mármol, copas, apellidos.

El escalofrío en el estómago llegó puntual — y lo mandé de vuelta. Yo tenía un contrato firmado con mi nombre, un corazón de ciento cincuenta y ocho latidos de mi lado y un año entero de carretera por delante.

Una noche de salón no iba a comerme viva.

—Iré —afirmé, sonriendo—. Forma parte del trabajo.

Chiara dio una palmada, satisfecha, y empezó a hablar del menú.

Y yo me quedé allí, devolviéndole la sonrisa, sin saber que acababa de fijar, con fecha y dirección, el reencuentro con la única deuda que Milán entera no podía esconder...



CAPÍTULO 14

«Lo que uno tira no se va. Cambia de dirección — y se queda esperando a que uno aparezca a comprobar las pérdidas».

MASSIMO GRECO

Los salones eran todos el mismo salón.

Cambiaban el techo, la ciudad, el motivo impreso en la invitación — pero la coreografía era una sola, y yo la bailaba desde antes de saber que era un baile.

Sonreír dos grados por debajo de lo sincero. Estrechar manos con la presión exacta. Circular. En Milán, aquel sábado, el techo tenía frescos, el motivo era un libro, y yo era el padrino de algo que había firmado en marzo sin leer.

El personaje hacía su trabajo. «Greco» saludaba a banqueros, «Greco» elogiaba el comisariado, «Greco» respondía «con enorme orgullo» cuando le preguntaban por el proyecto.

Yo, mientras tanto, me quedaba ahí dentro, mirando el reloj por detrás de sus ojos, calculando cuántos minutos de postre me separaban del vuelo de vuelta.

Chiara me encontró cerca de las columnas, me besó en las dos mejillas y me sujetó por los hombros para inspeccionarme, como solo ella y mi nonna en vida tuvieron autorización de hacer.

—Has venido. Creía que Lorenzo iba a tener que traerte de la oreja.

—Me ha traído. La oreja agradece la delicadeza de la casa.

—Bien. —Me arregló la solapa con una palmadita, satisfecha—. Come, circula y elogia el libro, que hoy la noche es suya. Te va a gustar este equipo, Massimo. Lo he montado como quien monta un equipo de guerra.

Y allá se fue, comandando su propio salón como una general de vestido claro, y yo me quedé con la copa en la mano y el personaje en la cara, contando columnas.

Fue entre una columna y otra cuando se acabó el mundo.

No empezó por el rostro. Empezó por el sonido — una risa, al otro lado del salón, cortando en diagonal el tapiz de conversaciones, y mi cuerpo entero se detuvo antes de cualquier pensamiento, como una casa a la que le cortan la luz.

Yo conocía aquella sonrisa. Llevaba tres meses oyendo aquella sonrisa en una suite vacía, peleándome con ella, echándola, perdiendo.

Me giré despacio, dándome tiempo a estar equivocado.

No lo estaba.

Pelo oscuro, largo, recogido ahora en un moño bajo que no engañaba — yo sabía cómo quedaba suelto, revuelto de viento y de indiferencia. Un vestido azul oscuro, holgado, sencillo en medio de tanta lentejuela, y aun así la mujer más visible del salón, porque la barbilla erguida seguía ocupando el ambiente entero, como un día ocupó una mesa coja de bar.

Se reía de algo que decía la fotografía de al lado, con la copa —agua, registró una parte remota de mí— detenida a medio camino.

Viola Santoro. En mis pérdidas. A cuatro columnas de distancia.

El suelo del salón de frescos desapareció con la discreción de los suelos caros, y me quedé en caída libre entre banqueros, sin que nadie notara nada.

No puede estar aquí.

Pero estaba — y entonces la máquina se encendió. La vieja lectura, la hoja de cálculo, mi talento de compañía: los datos entraron solos en columnas y la cuenta cuadró con la prisa sucia de siempre.

La periodista que desapareció durante tres meses. El silencio que no cuadraba ninguna cuenta. Ahora cuadraba.

No había desaparecido — había escalado. Salió del pie de página de las revistas y apareció en el corazón del círculo Riccardi, en el proyecto de mi socio, en el salón de Chiara, en la única sala de Italia donde mi apellido cenaba con la guardia baja.

Oportunista a largo plazo. Paciente. El dossier no murió; cambió de editorial.

La cuenta cuadró perfecta, redonda, auditable.

Y mi cuerpo, ese disidente, rompió el informe en mi cara.

Porque el corazón se disparó. No se aceleró — se disparó, sin ninguna elegancia, en un galope que ninguna negociación de toda

mi vida le había arrancado, y mis manos olvidaron el peso de la copa, y el perfume del salón desapareció detrás de una memoria de sal y piel y una cosa dulce sin nombre que ningún hotel del mundo supo arreglar.

Tres meses de disciplina, noventa noches de inventario negado — y bastó una risa en diagonal para que la caja fuerte entera girara sobre sus goznes, abierta de par en par, mostrando lo que siempre estuvo dentro.

Nada. Todo. Ella.

Empecé a cruzar el salón.

Me gustaría dejar constancia de que fue una decisión. No lo fue. Me acerqué antes de decidir que iba a acercarme — otra vez, igual, la misma pierna dando el mismo primer paso de junio, como si tres meses y una guerra no hubieran pasado en medio.

El personaje «Greco» se quedó atrás, abandonado entre las columnas con la copa y la sonrisa de dos grados, y lo que cruzó aquel salón fui yo, lo que queda cuando el personaje cae.

Un banquero, lo esquivé. Una bandeja, la esquivé. La voz de la razón vino corriendo detrás, con sus gritos organizados —¿qué vas a decir? ¿qué hay que decir? La expulsaste de tu isla, la borraste del mapa— y no aminoré el paso, porque no iba a decir nada.

Iba a ver. A comprobar de cerca las pérdidas. Llevaba tres meses buscando aquel nombre a oscuras; estaba ahí, de vestido azul, riéndose para otra persona.

Lorenzo me interceptó a mitad de camino.

Surgió de la nada con la naturalidad de los socios viejos, una mano en mi hombro, el cuerpo cerrándome la línea recta como quien saluda — y cualquiera en el salón habría visto a dos amigos encontrándose, porque Lorenzo Riccardi sabía convertir una barricada en un gesto social.

—Massimo. —El tono era ligero. Los ojos no—. Qué bien que hayas venido.

—Lorenzo...

—Lo sé. —Ni siquiera miró en su dirección; no hacía falta. Vi a su inteligencia barrer mi cara, el salón, toda la matemática, y llegar al resultado en un segundo — el nombre que nunca le dije entero, la periodista de la historia que le conté a medias en una llamada de junio, la escritora que su mujer rastreó durante seis meses. Vi su barbilla endurecerse un grado—. Ella. Tu periodista es la escritora de Chiara.

No respondí. Mi cara llevaba treinta segundos respondiendo por mí.

—Massimo, escúchame. —La mano en mi hombro pesó, un ancla disfrazada de afecto—. No sé qué parte de esa historia es verdad, y desde hace tres meses tú tampoco lo sabes, aunque jures que sí. Pero esta noche es de Chiara, aquella mujer es su equipo, y tú eres el padrino de todo esto. —La voz bajó medio tono, hasta quedarse del tamaño de una orden entre hermanos—: Aquí no. Hoy no.

Tenía razón. Tenía toda la razón del mundo, apilada y firmada, y yo miré por encima de su hombro.

Ella todavía no me había visto. Se reía otra vez, más bajo, y se apartaba de la cara un mechón suelto del moño, y su mano bajó después y alisó el vestido holgado en un gesto rápido, distraído, sin ninguna importancia — y la máquina dentro de mí registró el gesto sin saber leerlo, y lo archivó, porque había demasiadas cosas en la cola.

Debía dar media vuelta. Volver a las columnas, a la copa, al personaje que sabía comportarse.

Tres meses de disciplina lo pedían; veinte años de amistad lo pedían; la única persona de aquel salón con derecho a odiarme, más que todos, lo pedía sin siquiera saber que yo existía allí.

Quitó la mano de Lorenzo de mi hombro, despacio, con la calma de los hombres que ya han perdido.

—Massimo —advirtió, bajo.

Crucé el resto del salón.

Ella notó la sombra antes que a la persona: giró el rostro todavía sonriendo por el resto de la otra conversación, con la barbilla erguida por reflejo, los ojos oscuros subiendo hacia los míos.

Y su mundo se acabó delante de mí, a cámara lenta, exactamente igual que el mío se había acabado cuatro columnas atrás.

—Viola —dije.

El nombre. No «la periodista». El nombre entero, en mi voz, por primera vez desde junio — y solo cuando salió entendí que había cruzado un salón, un socio y tres meses enteros para poder decirlo.



CAPÍTULO 15

«Uno no descubre que ha cambiado mirándose al espejo. Lo descubre cuando vuelve el mismo cuchillo — y ya no entra».

VIOLA SANTORO

Lo vi entrar.

Veinte minutos antes de que dijera mi nombre, cuando la noche todavía era solo un salón bonito y un vestido azul comprobado tres veces en el espejo, las puertas dobles del fondo se abrieron — y mi cuerpo lo supo antes que los ojos.

Me quedé helada con la copa a medio camino de la boca, de la cabeza a los pies, como si alguien me hubiera cambiado la sangre por agua de pozo.

Estaba más delgado. Fue lo primero idiota que pensé, atravesada de pánico: está más delgado — y después el pánico asumió la gerencia y pensó el resto en orden: está aquí, en el salón de Chiara, en la presentación de mi proyecto, a cincuenta pasos y un mundo de distancia.

La mano de Gemma encontró mi brazo.

—¿Viola? Te has quedado blanca. ¿Qué...?

—Él. —La palabra salió pequeña, sin aliento. No aparté los ojos de las puertas—. Es él, Gemma.

Ella siguió mi mirada hasta el hombre de traje oscuro que saludaba a la fila de gente importante con una sonrisa que yo conocía — la de dos grados por debajo de lo sincero, la del personaje, la que no usó conmigo en una mesa coja de bar.

Vi a mi amiga echar las cuentas, llegar al resultado y soltar entre dientes una secuencia de tacos en dialecto de escandalizar a su nonna.

—Nos vamos —decidió—. Ahora. Me invento una migraña, una muerte, un incendio...

—No.

El «no» salió solo, antes de que el miedo pudiera votar. Y cuando lo oí en mi propia voz, entendí que estaba decidido desde hacía meses — desde el borde de una bañera, desde un juramento susurrado en la oscuridad.

Yo había huido de Capri porque la isla era suya.

Milán no lo era. Aquel proyecto no lo era. Aquel contrato llevaba mi nombre, y mi nombre había llegado primero.

—Viola...

—Si alguien tiene que salir de este salón, no voy a ser yo. — Respiré hondo, despacio, y posé la copa de agua en la bandeja que pasaba solo para coger otra igual, un gesto cualquiera para ocupar

las manos—. Quédate conmigo. Háblame. Hazme reír, si puedes. No me va a ver correr.

Y Gemma, que era la mejor persona que yo conocía, se tragó su propio terror y me contó la historia de la boda de su prima en Bérgamo, y me hizo reír de verdad dos veces — y yo me reí más alto de lo que la broma merecía, porque reír era la única bandera que tenía para izar.

Durante veinte minutos, funcionó.

Yo sabía dónde estaba él sin mirar nunca: un radar antiguo, instalado en junio, que no conseguí desinstalar.

Cerca de las columnas, hablando con Chiara. Quieto. Y entonces, en un intervalo entre una broma y otra, el radar perdió la señal — y cometí el error de creer que era alivio.

La sombra llegó antes que la persona.

Giré el rostro todavía sonriendo, por reflejo, con la barbilla subiendo sola — y el mundo se acabó otra vez, por segunda vez en tres meses, en los mismos ojos oscuros.

—Viola —dijo.

Mi nombre. En su voz. Y odié a mi corazón con todas mis fuerzas, porque se disparó — no de miedo, que habría sido digno, sino de aquella otra manera, la de junio, la que ningún juramento había conseguido despedir.

A la salida del resort, me llamó la periodista. Mandó a buscarme como quien manda recoger un objeto. Y ahora, en un salón lleno, con testigos de apellido compuesto, venía con mi nombre de pila en la boca, suave, como si junio hubiera sido un malentendido de agenda.

Dejé que el silencio durara un segundo más de lo que permite la educación. Fue mi primera respuesta.

—Signor Greco. —La segunda fue esa: el apellido, servido helado, con la civilidad impecable que se aprende sirviendo mesas—. Qué honor. No sabía que le interesara la literatura.

Algo atravesó su rostro — demasiado rápido para nombrarlo, demasiado profundo para fingir que no lo vi. Gemma se cuadró a mi lado como una guardaespaldas de metro sesenta.

—Yo no sabía que tú... —empezó.

—¿Que escribía? —Sonreí, como se sonríe en las fotografías—. Sí lo sabía. Usted subrayó mi acreditación una vez. Freelance. ¿Recuerda? Fue un jueves.

¿Cuánto?, dijo la memoria, con su voz, haciendo girar una hoja de papel. El mejor número de tu repertorio, dijo la memoria. Fuera de mi isla, dijo la memoria — y dejé que las tres frases desfilaran por dentro, una a una, en posición de firmes, porque eran ellas las que me sujetaban la columna en su sitio.

Él encajó el golpe sin pestañear. Los ejecutivos eran buenos en eso. Pero su mano se cerró junto al cuerpo, despacio, y yo también conocía aquel gesto.

—¡Ah, estupendo, ya os habéis conocido!

Chiara aterrizó en nuestro círculo con el timing de los desastres, radiante, una mano en la espalda de él y la otra tendida hacia mí, sin darse cuenta de que estaba cosiendo dos pedazos de tela rasgada.

—Viola, este es el padrino del proyecto. Massimo Greco — socio de la fundación, mejor amigo de mi marido y la segunda persona más cabezota de Italia, después de mí. Massimo, esta es Viola Santoro. La escritora, la voz de nuestro libro. Rastree Italia entera y encontré a esta mujer, y no acepto elogios porque fue pura suerte.

El padrino del proyecto.

La ironía bajó quemando, lenta, un trago de grappa mala. El sueño había vuelto por la única puerta que él no vigilaba — y la puerta daba a su sala. Claro que daba.

El mundo es pequeño para los ricos; lo han comprado casi todo.

—Ya hemos tenido el placer —dije, neutra.

—Capri —completó él, bajo.

—Trabajo —corregí.

Y fue ahí cuando ocurrió.

Sus ojos bajaron. De mi rostro al vestido —el azul holgado, elegido a ciegas aquella mañana, comprobado de frente, de lado, otra vez— y se detuvieron.

Un segundo. Dos. El salón entero siguió girando, copas y risas y la mano de Chiara en su espalda, y dentro de mí una alarma antigua como la especie gritó en todos los idiomas: lo ha visto, lo ha visto, lo ha visto.

Mi mano izquierda empezó a subir sola, en un arco corto, el instinto desnudo de cubrir lo que era mío — y la secuestre a mitad de camino y la convertí en un trago.

El trago más largo y más controlado de la historia del agua.

No ha visto nada. No hay nada que ver. Catorce semanas y un vestido holgado. Respira.

Cuando sus ojos volvieron a los míos, no había descubrimiento en ellos. Había otra cosa — una pregunta sin forma, un hombre leyendo un texto en un idioma que no sabía que existía.

Peor, en cierto modo. Las preguntas sin forma eran las que no desistían.

—Viola. —Dio medio paso, con la voz cayendo a aquel registro que no pertenecía a los salones—. Tenemos que hablar.

Chiara miró a uno y a otro, con la sonrisa bajando un grado, la comisaria recogiendo datos.

Me acerqué dos centímetros — solo los suficientes para que la respuesta cupiera entera entre nosotros dos, sin sobras para el público.

—Usted ya tuvo su conversación conmigo en junio, signor Greco. —Cada palabra salió limpia, recortada, sin una lágrima de holgura—. Duró una hora. Y yo no necesité una hora.

Di un paso atrás, levanté la copa en un brindis mínimo hacia Chiara —«el proyecto es precioso, estoy honrada»— y me retiré del círculo sin ninguna prisa, con la barbilla alta, los pasos contados, cruzando el salón en la dirección opuesta a la puerta.

Porque esa era la diferencia, y yo necesitaba que la viera entera: no me estaba marchando. Solo estaba eligiendo otra conversación.

Me quedé una hora y diez minutos más. Sonreí a editores, expliqué el proyecto a tres mecenas, dejé que Chiara me presentara a medio salón — y sentí todo el tiempo el peso de una mirada oscura acompañándome de lejos, sin comprobarlo nunca.

Que aprendiera él lo que es.

Solo en el taxi, con Milán escurriéndose mojada por la ventanilla y Gemma en silencio a mi lado, sujetándome la mano desde la puerta, dejé que la otra mano hiciera lo que quería desde las puertas dobles: se posó abierta en la curva pequeña y escondida bajo el vestido azul, y se quedó.

—Nos hemos quedado —susurré, para la coma, para Gemma, para mí—. Hasta el final.

Él llegó al salón creyendo que era dueño de una sala más del mundo. Pero yo llegué primero al proyecto, al contrato, al libro — y esta vez, si alguien tenía que salir de la isla, no iba a ser yo.



CAPÍTULO 16

«Lo que se cuenta a oscuras no muere con la mañana. Se queda en el mundo, acumulando intereses — y vuelve siempre por la puerta que uno olvidó vigilar».

MASSIMO GRECO

Yo tenía una regla antigua sobre las reuniones que no me necesitaban: no ir.

La regla atravesó imperios, fusiones y tres continentes sin una sola excepción. Murió un miércoles por la mañana, en Milán, en la sala de reuniones de una fundación que yo había apadrinado en marzo sin leer los papeles.

—Deber de socio —le dije a Lorenzo, en el pasillo de los retratos antiguos, antes de entrar.

Lorenzo no respondió. Me miró con aquella paciencia de veinte años, la paciencia de quien ya ha visto al amigo mentir mejor que eso, y me sujetó la puerta abierta.

Su silencio fue la pregunta más alta de toda la sala.

Él sabe por qué he venido. Soy yo el que todavía finge que no.

La sala tenía techos de iglesia y una mesa demasiado larga para doce personas. Me senté en el extremo opuesto al de Chiara, el sitio más lejano que permitía la geografía — y el más estratégico, registró la hoja de cálculo, porque desde allí se veía a todo el mundo.

Todo el mundo era un eufemismo con el pelo oscuro recogido en un moño bajo.

Viola estaba en el centro de la mesa, al lado de la fotografía, con un cuaderno abierto, un bolígrafo atravesado en los dedos y un vaso de agua que no le había pedido a nadie — la fotografía llegó con él, junto con un café para ella, en un automatismo de quien repetía aquello todas las mañanas de su vida.

Lo registré sin saber qué estaba registrando. Lo archivé. La cola de cosas sin leer dentro de mí ya doblaba el pasillo.

Ella no me miró cuando entré. Fue un trabajo tan perfecto de no mirar que valía por una carta certificada.

—Bueno —Chiara abrió la reunión golpeando suavemente la alianza contra la mesa, una general llamando a la tropa—, hoy es el día en que este proyecto deja de ser una carpeta en mi mesa y se convierte en una carretera. Calendario, pueblos, equipo de campo. Pero antes de eso, necesita una cosa que ninguna carpeta tiene.

Hizo una pausa de quien sabe usar las pausas.

—Un nombre. —Recorrió la mesa con los ojos y terminó en ellos, en los de Viola—. Yo leí este libro antes de que existiera, en los reportajes de nuestra escritora. Y todo lo que ella escribe trata de lo

mismo: lo que queda cuando todo el mundo dice que se acabó. Así que el nombre ya estaba escrito, yo solo lo recogí. El Sur que Queda.

La mesa aprobó entre murmullos, bolígrafos anotando, la fotografía silbando bajito.

Yo lo oí de lejos, porque estaba ocupado viendo a Viola recibir el nombre de su propio sueño en público: la barbilla firme, el bolígrafo inmóvil, y la mano izquierda bajando a alisar un vestido que no estaba arrugado.

La máquina registró el gesto. Lo archivó. La cola dobló otra vez.

—Viola —Chiara le pasó la palabra—, la visión editorial es tuya. La mesa es tuya.

Se levantó sin prisa. Respiró hondo una vez, discreta, como se respira antes de entrar en el agua fría — y entonces empezó a hablar, y el mundo hizo esa cosa que llevaba haciéndome desde junio: se acabó sin avisar.

—Hay dos Italias —empezó—. Una cabe en las postales. La otra se está muriendo de pie, con dignidad, en pueblos pequeños que pierden cien habitantes al año y no pierden la costumbre de barrer la acera. Este libro no trata de lo que el sur perdió. Basta de necrológicas. Trata de lo que queda: los mayores que se quedaron, la panadería que enciende el horno para once clientes, la plaza que sigue siendo plaza aunque no haya nadie. Quiero que el lector termine cada capítulo con ganas de pedir permiso y sentarse.

Yo conocía aquel texto.

No la idea. El texto. Palabra por palabra, imagen por imagen — la panadería de once clientes, la necrológica, el permiso para sentarse. Lo había oído entero en una escalinata de piedra en Capri, de madrugada, de una mujer descalza con las sandalias colgando de la mano, que hablaba de los pueblos del sur como otras personas

hablan de un amor antiguo. Ella me contó este libro antes de contarme su apellido.

Y mucho antes de saber el mío.

Tragué saliva, detrás de la cara de socio. La hoja de cálculo, esa empleada puntual, llegó corriendo con la lectura de siempre: le vendió su proyecto favorito a los Riccardi. Se guardó el sueño en el bolsillo, esperó, eligió al comprador adecuado. Ambición a largo plazo. La cuenta cuadra.

Y entonces, por primera vez en muchos años, revisé la cuenta en vez de firmarla.

Porque había un error de columna, y tenía fecha: junio. Una oportunista construye el discurso después de elegir el objetivo — estudia al comprador, talla el producto a medida.

Viola me contó aquel libro cuando yo todavía era solo Massimo, un hombre sin apellido en una escalinata, sin valer un céntimo de inversión. El sueño estaba listo antes de que existiera el objetivo.

Nadie prepara el cebo antes de saber que el pez es rico.

La hoja de cálculo intentó rehacer el cálculo. Lo intentó otra vez. Y por primera vez desde una lista subrayada a bolígrafo, la lectura cínica se quedó de pie delante de mí con cara de mentira mal contada — más improbable, más cara, más difícil de sostener que la otra. Que la inocente.

¿Y si la cuenta de junio nunca cuadró? ¿Y si yo solo dejé de buscar el error?

Cerré los puños debajo de la mesa, despacio.

El pensamiento era un cable pelado: tocarlo entero derribaba la casa. Porque al otro lado de aquella pregunta no había ningún alivio — había un hombre que destruyó una carrera en dos llamadas, una mesa desmontada en un silencio récord y un ferry alejándose de Capri.

Solté el cable. La cobardía tenía esas elegancias: parecía prudencia cuando iba bien vestida.

La reunión siguió —calendario, pueblos, logística— y yo participé con el rendimiento de un hombre que había dejado la mitad de sí en una escalinata de junio.

Viola respondió a todo, afilada, graciosa en la medida en que se es graciosa en una mesa de trabajo, y no me miró ni cuando discutieron el presupuesto, que era, en teoría, la única razón técnica de que yo existiera en aquella sala.

Signor Greco ni siquiera necesitó decirse. Su hielo funcionaba por escrito.

Cuando la sala se vació, me quedé atrás con la excusa de los papeles. Chiara vino recogiendo sus carpetas, y me midió con aquella mirada que yo conocía del salón de la cena — la comisaria recogiendo datos, guardando cada uno en un archivo que algún día abriría delante de mí.

—¿Y bien, padrino? ¿Has sobrevivido a la primera reunión de tu vida en la que no eras el dueño?

—Voy a seguir el proyecto de cerca. Los viajes, el calendario, los costes. De cerca.

Ella dejó de apilar carpetas.

—De cerca —repitió, sin prisa, probando la palabra como quien prueba un vino de procedencia dudosa—. Lorenzo decía que era más fácil que el Vesubio cogiera un resfriado que verte entrar dos veces en la misma sala de reuniones.

—Es una inversión grande. —Me arreglé el puño de la camisa, un gesto cualquiera para las manos—. Yo cuido de mis inversiones.

Chiara abrió una sonrisa pequeña, que no estaba de acuerdo con nada, y salió con las carpetas contra el pecho, dejándome solo

en la sala demasiado grande, con un vaso de agua intacto al otro lado de la mesa y un nombre nuevo escrito en la pizarra.

El Sur que Queda.



CAPÍTULO 17

«Esconder y guardar viven en el mismo cajón. La diferencia está en de quién es la mano que uno teme en la cerradura».

VIOLA SANTORO

Existía un cansancio que no venía del trabajo. Venía de ser vista.

En tres semanas de proyecto, yo había aprendido la diferencia en la piel. Trabajar, trabajaba desde los diecinueve años, y el trabajo nunca me asustó: encargo, carretera, plazo, texto.

Lo que ninguno de mis años de carrera me había enseñado era a hacerlo todo vigilada — con el padrino del proyecto instalado en las reuniones como un cuadro caro que nadie tuvo el valor de quitar de la pared.

Porque él estaba siempre allí.

Reunión de calendario: allí. Reunión de presupuesto: allí, lo que hasta tenía sentido. Reunión para elegir el papel de las tripas del libro: allí, en el extremo de la mesa, el traje impecable y el bolígrafo quieto, como si el gramaje del papel fuera asunto de multimillonario.

¿El padrino es esto?, le pregunté a la voz de guardia, la tercera vez. El padrino es un cerco, respondió ella, que nunca falla.

No ha venido a cuidar del libro. Ha venido a mirarte de cerca. Los hombres como él no perdonan una cuenta que no cuadra.

Y yo, que desde junio obedecía a esa voz como se obedece a un médico, apreté la rutina del camuflaje.

Por la mañana, el espejo pequeño y torcido del cuartito: vestido comprobado de frente, de lado, otra vez. El abrigo colgado del brazo aunque hiciera sol, listo para convertirse en escudo en una silla de reunión. A las ocho en punto, Gemma en la puerta de la fundación con los dos vasos de la panadería —té para mí, café para ella— y el parte del día en voz de radio de barrio:

—Situación de la plaza: Chiara está de humor de general victoriosa, el director administrativo tiene cara de haber dormido en una hoja de cálculo, y tu padrino... —sopló el café, con los ojos midiéndome por encima del vaso— ha llegado antes que todos. Otra vez.

—Él no es mi nada.

—Ajá. —Un trago, largo a propósito—. Por eso se sienta siempre en la silla desde donde se ve la tuya.

Puse los ojos en blanco, porque era eso o responder, y responder era admitir que yo también me había fijado.

Quince semanas. La coma todavía cabía detrás de un vestido holgado y de un abrigo en el brazo, pero cada mañana el espejo tardaba un segundo más en darme el «puedes ir».

Yo vivía en la frontera entre esconder y guardar — y la frontera, descubrí, no tenía sillas.

Nadie se sentaba. Solo se patrullaba.

La reunión de aquel jueves era de itinerario: la lista final de los pueblos del primer viaje.

Y fue ahí donde el director administrativo decidió ganarse el día.

—Hecho el análisis —dijo, repartiendo una hoja de cálculo impresa con la solemnidad de quien entrega un diploma—, la recomendación de la dirección es recortar el itinerario. Estos tres de aquí... —su bolígrafo golpeó el papel, tres golpecitos secos— ...no tienen atractivo comercial. Sin hostelería, sin gastronomía destacada, sin imagen vendible. Son peso muerto en el presupuesto.

Miré los tres nombres y sentí que la sangre se me calentaba.

Eran exactamente mis pueblos. Los que no salían en las postales. El del horno que se encendía para once clientes. El libro entero estaba en aquellas tres líneas que él llamaba peso muerto.

Vas a perder, avisó la voz de guardia, antes incluso de que abriera la boca. Él tiene a la dirección, tiene el presupuesto y tiene corbata. Tú tienes más de seis años de carrera y un contrato de meses. Echa las cuentas.

Me metí en la pelea de todos modos, porque la barbilla erguida era el único patrimonio que nadie había conseguido boicotearme.

—Tiene usted razón en una cosa —dije, despacio—. Esos tres pueblos no venden nada. No tienen spa, no tienen chef con estrella, no tienen mirador para fotos de boda. —Empujé su hoja de cálculo dos dedos de vuelta, con la misma solemnidad—. Por eso se quedan. Porque este libro se llama El Sur que Queda, no El Sur que Rinde. El día en que recortemos del mapa a quien no da beneficios, puede cambiar el título y cambiarme de escritora.

El silencio en la mesa tenía peso de apuesta.

Gemma, a mi lado, dejó de masticar el capuchón del bolígrafo. Chiara me miraba con un brillo de subasta en los ojos, pero una comisaria no atropellaba a la dirección en público, y yo sabía —todos allí sabían— cómo iba a terminar aquello. El director juntó las manos sobre el papeleo, paciente, un profesor esperando a que la alumna se cansara.

—Comprendo el romanticismo, signorina. Pero quien firma el presupuesto...

—El padrino del proyecto está de acuerdo con la escritora.

Desde el fondo de la sala, sin levantar la voz, sin levantar los ojos del papel que tenía delante — como quien informa del pronóstico del tiempo.

El director giró el cuello. Yo me quedé helada.

—Dottore Greco, con todo el respeto, el análisis de viabilidad...

—Lo he hecho yo. Ahora mismo. —Massimo levantó los ojos, y no había nada en ellos más que un tedio caro, el tedio de quien ya ha cerrado mil reuniones con una sola frase—. Los tres pueblos se quedan. Si el presupuesto se queda corto, auméntelo. ¿Algo más en el itinerario?

No había nada más en el itinerario.

La reunión siguió cojeando hacia los asuntos pequeños, el director dobló su hoja de cálculo con un cuidado ofendido, y yo me quedé inmóvil en mi silla, con el corazón latiendo en el sitio equivocado, haciendo lo único que sabía hacer con un regalo griego: buscar al griego.

Pasé el resto del día esperando la factura. Esperé en el pasillo, esperé en el almuerzo, esperé a que se acercara con aquella voz que no pertenecía a los salones para cobrarse la gentileza en especie.

No llegó. Salió a las cinco con el teléfono en la oreja, sin mirar hacia mi mesa, y me odié por el hilo de algo —que me negué a nombrar— que se quedó tirando por debajo del alivio.

No bajas la guardia, refunfuñó la voz, reconstruyendo la trinchera. Una discusión no es la guerra.

Pero anoté en el cuadernillo, en la página de las cosas sin explicación, la tercera línea del otoño: se puso de mi lado. ¿Por qué?

Eran casi las seis cuando Chiara dio unas palmadas en la sala grande, reuniendo lo que quedaba del equipo.

—Buenas noticias, mi equipo de guerra: empieza la carretera. Viaje de campo número uno, Basilicata, una semana, salimos el lunes. —Recorrió la lista en la tablet, una general pasando revista a la tropa—. Coche, conductor, productor local, la fotógrafa, la escritora. Hotel sencillo, comida honesta, y los tres pueblos del itinerario completo. —Su sonrisa hizo una curva pequeña hacia mí, cómplice—. Ah. Y el padrino ha confirmado su presencia el segundo día. Dice que protege la inversión de cerca.

El escalofrío en el estómago llegó antes del final de la frase.

Una semana de carretera. Trattorias, escalinatas de piedra, pueblecitos colgados de los montes — el escenario entero de junio, remontado pieza a pieza en medio de la Basilicata.

Con él dentro.

Y mi mano izquierda, esa traidora sin juramento, ya había empezado a subir — y alisó el vestido holgado, de arriba abajo, un segundo entero antes de que yo se lo ordenara.



CAPÍTULO 18

*«La casa entera sabe qué visita no llama a la puerta.
Lo que la casa tarda años en aprender es a cerrarse
por dentro con llave».*

MASSIMO GRECO

Capri en octubre era una isla devuelta a sí misma.

Los turistas se habían ido con el calor, la piazzetta amanecía hablando italiano otra vez, y desde el despacho de la última planta se oía el mar sin competencia.

Yo había vuelto para dos días de gestiones antes del viaje — la última negociación abierta de las tres, papeles, firmas— y me pasé la mañana entera con el rendimiento de un becario enamorado, porque la mitad de mí ya estaba en una aldea de la Basilicata que nunca había pisado.

En la pantalla del portátil, abierta desde hacía veinte minutos, la confirmación de vuelo y coche esperaba un clic.

Segundo día. El padrino llega el segundo día. Tiempo de que el equipo se instale, tiempo de no parecer lo que es.

Fue entonces cuando la puerta se abrió sin llamar.

Existía un repertorio de sonidos que el cuerpo archivaba sin pedir permiso. El mar bajo el acantilado. El hielo en el whisky. Y aquel picaporte girando sin aviso, sin golpe, sin pregunta — un sonido que durante años significó solamente Lucrezia, y que aquella tarde, por primera vez, llegó a mis oídos con el timbre exacto de una alarma.

Me levanté antes de decidir que iba a levantarme.

Y cerré el portátil.

Los dos gestos salieron juntos, hermanos, el cuerpo trazando en el aire la frontera que la puerta nunca había trazado — y yo los observé desde fuera, con el interés clínico de quien se descubre en un reflejo: ¿desde cuándo te pones de pie por ella? ¿Desde cuándo escondes la pantalla?

—Massimo. —Lucrezia cerró la puerta tras de sí con la intimidad de quien cierra la suya propia. Blanco hielo de los hombros a los zapatos, el bolso pequeño, el perfume llegando dos pasos antes que ella—. Has adelgazado. ¿Capri no te alimenta, o es Milán lo que te está consumiendo?

—Lucrezia. —No rodeé la mesa—. No sabía que tuviera visita concertada.

—No la tenías. Yo nunca aviso. Avisar es dar tiempo a que ordenen la casa.

Cruzó el despacho sin prisa, catalogando —la mesa, los papeles boca abajo, el portátil cerrado— como lo hacía todo: como un inventario. Se sentó en el sillón de siempre, cruzó las piernas y

me miró esperando el whisky de siempre, la esgrima de siempre, el Massimo de siempre.

Seguí de pie.

El registro de esa negativa le pasó por los ojos —un destello, contable— y desapareció bajo el terciopelo.

—Me he enterado de tu proyecto nuevo —dijo—. El libro. La fundación de los Riccardi, la cena de gala, Milán entero encontrando conmovedor que Greco se convierta en mecenas de los pueblos muertos. Y me he enterado del equipo. Dicen que la escritora tiene talento.

El cuidado con que posó la última palabra sobre la mesa lo decía todo: sabía el nombre. Había venido en ferry y con tacones solo para verme oírlo.

—El comisariado es de Chiara —respondí, en el tono de quien comenta el tiempo—. Su gusto suele ser mejor que el nuestro.

—Sin duda. —Lucrezia inclinó la cabeza, estudiándome el rostro con una atención que un día fue otra cosa y ahora era solo un peritaje—. Pero me divierte la simetría, Massimo. Junio entero para expulsar a la periodista de tu isla, y octubre para financiar su libro. Qué bien que la hayas traído cerca. —La sonrisa se afiló—. Dicen que es donde se guarda al enemigo.

En junio, una frase de esas me habría bajado redonda. En junio, esa misma voz entró por esa misma puerta con una lista doblada en el bolso, y yo me bebí cada palabra creyendo que era lucidez — la amiga cínica ahorrándome el bochorno, la única persona honesta en una isla de aduladores.

Ahora miraba la copa y sentía el sabor de otra cosa.

No era información. Yo no tenía ni un solo hecho nuevo, ningún número, ningún testigo — la lista seguía subrayada en algún archivo y la cuenta de junio seguía técnicamente en pie.

Era el instinto puro, el mismo que me hizo cerrar el portátil: algo en el placer de ella. Lucrezia no estaba alertándome de nada. Estaba comprobando un resultado.

—El proyecto es de la fundación. La escritora es empleada de la fundación. Y mi isla, la última vez que lo comprobé, sigue siendo mía. ¿Alguna otra simetría divertida, o era solo esa?

—Mira esto. —Se rio bajito, encantada—. Defensivo. Tú, que me llamaste aquella mañana de junio pareciendo un toro herido, dispuesto a quemar la carrera de la chica con tus propias manos. — Se levantó, alisándose el vestido, y dio dos pasos hacia mí, con el perfume llegando primero otra vez—. Yo me acuerdo de todo, Massimo. Estaba a tu lado cuando echaste las cuentas. Fui yo quien trajo los datos.

—Sé exactamente lo que trajiste.

La frase salió más baja de lo que yo quería. Y más lenta. Con un peso que yo todavía no había autorizado — porque dentro de mí, en el sótano, algo que llevaba negándome a mirar desde una reunión en Milán acababa de moverse en la oscuridad.

Lucrezia se detuvo a un metro de distancia. Sus ojos hicieron la lectura —rápidos, entrenados, los mejores ojos de inventario de Italia— y algo en ellos tomó nota.

—Qué interesante —murmuró.

—Cuidado, Lucrezia.

—Cuidado —repitió, probando la palabra despacio, guardándola en el bolso junto con todo lo demás que había venido a cosechar—. Tú nunca me has pedido cuidado, Massimo. Ni cuando era asunto tuyo. —Se ajustó la correa al hombro, con la sonrisa volviendo entera, suave como terciopelo sobre cristal—. Voy a apuntar la fecha.

En la puerta, todavía se giró.

—Buen viaje. La Basilicata en octubre es una monada. —Una pausa perfecta—. Dale recuerdos al equipo.

Y salió sin cerrar la puerta, igual que siempre entró.

Me quedé un largo minuto parado en medio del despacho, oyendo sus tacones morir en el pasillo, con una incomodidad física instalada bajo el esternón — no rabia, no miedo, una cosa más antigua, el malestar animal de quien huele a humo y no encuentra el fuego.

No sabía cómo se había enterado del viaje. No sabía por qué me había quedado de pie, por qué había cerrado la pantalla, por qué había dicho cuidado.

Solo sabía una cosa, y no cabía en ninguna columna: en junio, esa mujer entró por esa puerta con un veneno servido en copa de cristal — y yo me lo bebí creyendo que era lucidez.

Me serví un whisky que no bebí. Abrí el portátil.

La confirmación seguía allí, esperando: vuelo, coche, hotel sencillo de aldea, segundo día. El cursor parpadeando sobre el botón como una pregunta.

Vigilar a la oportunista de cerca, porque es donde se guarda al enemigo — la frase era de ella, de la mujer que acababa de salir, y yo la estaba usando de acreditación.



CAPÍTULO 19

«Una tregua es un préstamo hecho a oscuras: nadie firma nada, nadie pacta los intereses. Y el cobro llega de todos modos».

VIOLA SANTORO

Pietralta colgaba de un monte como una promesa que Italia había olvidado cumplir.

Ochenta y tres habitantes, una iglesia, un horno, cuatrocientos escalones de piedra cosiéndolo todo — y una luz de atardecer que hacía a Gemma soltar tacos de alegría detrás de la cámara, porque no existía objetivo que se mereciera aquello gratis.

El segundo día, yo ya había llenado medio cuaderno. Los viejos de la aldea hablaban conmigo como si hablaran con una sobrina que llegaba tarde al almuerzo: el signor Aldo, ochenta y

nueve años, me explicó que la aldea no se estaba muriendo, «solo se está quedando del tamaño justo»; la viuda del zapatero me enseñó la llave de la casa de los hijos que se marcharon, colgada de un clavo, «para cuando vuelvan» — y la frase entró en el cuaderno con la mano temblando, porque un buen libro es eso: uno lo reconoce al instante.

El calor estaba equivocado para octubre. Espeso, quieto, un verano que había perdido el calendario.

Y él estaba allí.

Llegó el segundo día, como había prometido, en un coche alquilado cubierto de polvo — y yo había pasado la mañana entera ensayando la civilidad de mármol, el signor Greco servido helado, la distancia reglamentaria.

Gasté el ensayo en balde. Porque el hombre que bajó del coche no trajo al personaje: trajo una camisa arremangada hasta el codo y una disposición silenciosa a servir que desmontó mi coreografía entera sin pedir permiso.

Cargó el trípode de Gemma monte arriba. Sin anunciarlo.

Negoció con el panadero el uso del horno para las fotos — y volvió con focaccia para el equipo, repartíendola sin ceremonias de dueño.

Y escuchó. Eso fue lo peor. Se sentó en un escalón, fuera del encuadre, y escuchó al signor Aldo durante cuarenta minutos, sin teléfono en la mano, con una atención que yo conocía de una escalinata de junio — la atención que llevaba cuatro meses jurando que era teatro.

No mires, ordenó la voz de guardia.

Por la tarde, el primer aviso: subí los escalones hasta la casa de la viuda demasiado deprisa y el mundo dio una vuelta pequeña, discreta, un carrusel de un segundo.

Me detuve, con la mano en la piedra tibia, respiré hondo. Calor y almuerzo ligero, me dije. La coma, con dieciséis semanas de existencia, no dijo nada — pero volvió a cobrar cerca de las cinco, un mareo corto en la plaza, tragado de pie, disfrazado de contemplación del paisaje.

Por la noche, la trattoria de la aldea —la única— juntó al equipo entero en una mesa coja de tablero gastado, y el dueño trajo vino de la casa sin preguntar, llenando los vasos por antigüedad de oficio.

—Para mí no, gracias. —Puse el vaso boca abajo, con el gesto ya pulido de tanto uso—. Agua. Mañana trabajo temprano.

—Más para nosotras —decretó Gemma, acercándose la jarra.

Y al otro lado de la mesa, en diagonal, lo sentí más de lo que lo vi: el registro. Sus ojos en mi agua, medio segundo, el tiempo de un asiento en una columna. El estómago se me encogió.

Se fija. Lleva fijándose. Agua en la cena, agua en la reunión, té por la mañana.

La voz de guardia empezó a montar el inventario del riesgo — y la interrumpieron a la mitad, porque el productor local contó la historia del burro del alcalde.

No voy a reproducir la historia del burro del alcalde. No le haría justicia. Basta decir que Gemma lloró, que el dueño de la trattoria tuvo que sentarse, y que en medio de aquella carcajada general cometí el error de mirarlo.

Y él se estaba riendo.

No la risa de salón, los dos grados por debajo de lo sincero, la del personaje que saludaba a banqueros. Riéndose de verdad — la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, un hoyuelo asomando torcido en el lado izquierdo como una cosa fuera de sitio, la risa de quien se ríe poco y no sabe hacerlo bonito.

La sonrisa sin práctica. La de Capri. La de la mesa coja del bar de Enzo, cuatro meses y una guerra atrás.

Perdí el aire. Sin aviso, sin elegancia — su risa cruzó la mesa y me acertó en el lugar exacto donde yo guardaba junio, y durante un segundo entero no existió boicot, ni lista subrayada, ni fuera de mi isla: existió solo un hombre con la camisa arremangada riéndose de un burro, más delgado de lo que debía, con un hoyuelo que yo había besado una vez.

Yo ya había sonreído. Hacia dentro del vaso de agua, escondida, pero sonreído.

La vuelta al alojamiento fue desmontando la mesa poco a poco —Gemma delante con el productor, discutiendo la luz del día siguiente, los demás escurriéndose por las callejas— y la aritmética de la noche hizo lo que hace la aritmética: quedamos nosotros dos, los últimos, en la escalinata grande que bajaba de la plaza.

Piedra clara bajo la luna. Los escalones gastados por el centro, de siglos de pies. El olor a jazmín de algún patio invisible.

Capri entera, remontada pieza a pieza, doscientos cincuenta kilómetros tierra adentro.

Bajamos en silencio. Él ajustó el paso al mío sin comentarlo —escalón a escalón, la distancia entre nuestros brazos encogiéndose con la paciencia de una marea— y yo me fui quedando sin aire de una manera que no tenía nada que ver con la coma.

En el escalón veinte, su codo rozó el mío. Ninguno de los dos pidió perdón. En el escalón treinta, nos detuvimos los dos a la vez, sin acordarlo, en el rellano donde la escalinata doblaba — y él se giró hacia mí.

La luna hacía su trabajo. Los ojos oscuros hacían el resto.

—Viola —dijo bajo. El registro que no pertenecía a los salones.

Y empezó a inclinarse. Despacio, un grado cada vez, dándome todos los avisos, todas las oportunidades — y mi barbilla, esa traidora, empezó a subir a su encuentro, y el mundo se encogió al tamaño de un rellano de piedra, y su perfume llegó primero, como siempre, como en junio...

¿Cuánto?

La voz de guardia no habló. Gritó. Abrió el archivo de par en par y soltó las seis, una a una, en el orden de la masacre: ¿cuánto? — la mejor que me han mandado nunca — ¿lo has ensayado mucho, o improvisas bien? — el mejor número de tu repertorio — el doble por la noche — fuera de mi isla.

Di un paso atrás.

Civilizada. Entera por fuera, temblando por dentro, con el corazón disparado llamando a todas las puertas a la vez.

—Buenas noches, signor Greco.

No me sujetó. No lo intentó. Se quedó donde estaba, con las manos a los lados del cuerpo, y recibió el apellido sin pestañear — pero no retrocedió ni un centímetro, y sus ojos se quedaron en los míos con una paciencia nueva, terrible, la de quien acaba de descubrir que la guerra ha cambiado de naturaleza.

Bajé sola los escalones que faltaban, contados, con la barbilla alta.

En la habitación del alojamiento, con la puerta cerrada con llave, apagué la luz y me quedé un largo rato con los ojos abiertos en la oscuridad, la mano posada en la curva pequeña que ahora ya era una curva de verdad.



CAPÍTULO 20

«Hay preguntas que uno solo hace cuando ya aguanta la respuesta. Las otras no piden permiso: se hacen solas — y se quedan esperándonos en la respuesta, de brazos cruzados».

MASSIMO GRECO

No dormí, y la culpa no fue de la cama.

Fue de un rellano de escalinata donde una mujer subió la barbilla hacia mí, medio segundo, medio grado —lo vi, no lo inventé, llevo toda la vida negociando a base de leer medios segundos— y después se replegó detrás de un apellido y me dejó plantado en la piedra, con la luna haciendo horas extras y el corazón latiendo como un socio traicionado.

Buenas noches, signor Greco.

Pasé la madrugada repasando la escena con la minuciosidad con que se repasa un contrato antes de la firma.

Ella quiso. Ella se replegó. Y el repliegue no fue desinterés — el desinterés yo lo conocía, el desinterés no temblaba.

Fue disciplina. Alguien le había enseñado a aquella mujer que acercarse a mí costaba caro.

Bajé a la plaza a las ocho con ese pensamiento atragantado y un sol ya equivocado — octubre fingiendo agosto, el calor subiendo de la piedra clara en ondas visibles.

El equipo montaba la entrevista del día delante de la iglesia: el signor Aldo y dos viejos más en el banco de la sombra, Gemma midiendo la luz y maldiciendo el sol fuera de temporada, el productor cazando un enchufe para el reflector.

Viola llegó a las ocho y diez, con un vestido claro y el cuaderno, y no me miró.

Trabajaba. Saludó a los viejos por su nombre, se inclinó para oír el chiste del más sordo, se rio en la medida justa — y yo me quedé en mi puesto de padrino, a la sombra de la campana, haciendo lo que llevaba haciendo dos días y una vida: mirarla trabajar y llamarlo supervisión.

Por eso lo vi.

Lo vi antes que nadie, porque era a ella a quien yo miraba.

La entrevista necesitaba los escalones de la iglesia —Gemma quería al signor Aldo enmarcado por el portal— y Viola subió delante, seis, siete escalones de piedra al sol, el cuaderno en una mano, la otra trazando anotaciones en el aire mientras explicaba el encuadre. En el octavo escalón dejó de hablar en mitad de una palabra.

Y su mundo se inclinó.

No fue una caída de cine. Fue peor: fue pequeña. La rodilla cediendo un centímetro, la mano buscando una barandilla que no existía, el cuaderno resbalando despacio de los dedos — el cuerpo entero de ella convirtiéndose en una pregunta sin respuesta encima de siete escalones de piedra.

No decidí cruzar la plaza. La plaza sencillamente se acabó.

Llegué antes que el suelo. Es todo lo que sé del trayecto — que el cuaderno todavía estaba en el aire cuando mi brazo se cerró en su espalda, que su peso vino entero contra mi pecho con una confianza involuntaria que me rasgó por dentro, y que durante dos segundos, dos, su pelo estuvo en mi boca y el mundo olió a junio.

—Te tengo —dije. A ella, a mí, a los escalones—. Te tengo.

—Estoy... —La voz le salió de lejos—. Suéltame, estoy...

—Quieta.

Bajé con ella los escalones, medio cargándola, medio guiándola, hasta el banco a la sombra de la torre.

La plaza entera llegó con nosotros —Gemma delante, blanca, los viejos detrás decretando que era el sol, que ese sol no era sol de octubre, que trajeran agua— y durante un minuto la aldea entera funcionó a su alrededor, y yo me quedé de rodillas delante del banco, sujetando una muñeca demasiado fina, contando latidos sin autorización.

—Agua. —Gemma llegó con la botella, me atravesó con una mirada de perro guardián y se plantó a su lado—. Viola. Mírame. ¿Cuántos dedos?

—Diecisiete. —Viola bebió, con el color volviéndole poco a poco—. Gemma, ha sido el calor. Me he levantado rápido, el sol... Estáis todos haciendo un drama gratis.

El alivio en la plaza fue general y ruidoso. El signor Aldo declaró que en Pietralta nadie se desmayaba sin almorzar primero y

mandó a la viuda a buscar galletas. Gemma respiró otra vez. El equipo volvió a ser un equipo.

Y fue entonces —en el momento exacto en que el susto se acababa para todos— cuando empezó para mí.

El viento.

Una ráfaga única, cruzando la plaza, llegando del este — y el vestido claro, holgado, el vestido de siempre, se pegó a su cuerpo durante un segundo entero antes de que su mano bajara.

La curva.

Pequeña. Inconfundible. No la curva de una mujer que ha almorzado mal — la curva redonda, deliberada, arquitecturada por dentro, de una vida en obras.

La vi con la nitidez con que se ve un número equivocado en una hoja de cálculo auditada: una vez, y para siempre.

Y la pregunta sin forma —la que vivía conmigo desde un salón de Milán, la que yo llevaba alimentando de migajas sin mirarla: la copa de agua, el té de las mañanas, el vaso boca abajo en la trattoria, el gesto de alisar la tela, el abrigo en el brazo en pleno calor— la pregunta sin forma ganó forma delante de mí, de una vez, con el chasquido seco de una cerradura abriéndose.

Embarazada. Está embarazada.

El suelo de la plaza se inclinó hacia mí como se había inclinado hacia ella en los escalones. A mí no me sujetó nadie.

No sé cuánto tiempo pasó. Sé que el equipo se dispersó para remontar la entrevista, que a Gemma se la llevaron de allí a rastras por la luz que se escapaba, y que cuando el mundo volvió a tener sonido, éramos nosotros dos a la sombra de la torre — ella sentada en el banco, ya recompuesta, ya rearmada, y yo de pie, con un terremoto debajo de la camisa y la voz saliendo, contra mi orden expresa, en el tono más bajo de mi repertorio:

—¿De cuánto estás?

No fingió no entender. Eso tenía que registrarlo: en ningún momento, ni en aquel, Viola Santoro me hizo la cortesía de una mentira.

Se levantó. Despacio, sin prisa, alisándose el vestido de arriba abajo —el mismo gesto de siempre, que ahora yo sabía leer, y saber leerlo dolió más— y me miró de frente, con la barbilla subiendo a la altura reglamentaria.

—Esa cuenta no es suya, signor Greco.

Y la matemática empezó.

Sola. Sin pedir permiso. Los números entrando en columnas con la prisa sucia de siempre: junio. Estamos en octubre. Cuatro meses. La curva es de cuatro meses. Junio. La suite. La madrugada. Junio...

No.

Si fuera tuyo, habría cobrado. Es el dossier perfecto, la exclusiva del siglo, el número final del repertorio — un hijo de Greco. Una oportunista no se sienta encima de un billete premiado durante cuatro meses. Una oportunista cobra. Su silencio es la prueba: el padre es otro.

La frase bajó como baja un medicamento caducado: hizo efecto e hizo daño al mismo tiempo.

—El padre —la palabra salió torcida, y la enderecé a la fuerza — ¿sabe que estás viajando en ese estado? ¿Subiendo escalinatas de piedra con este sol?

Algo atravesó su rostro. Rápido y profundo. Si yo hubiera visto aquella sombra en una mesa de negociación, lo habría parado todo y habría rehecho la pregunta — pero no estaba negociando; me estaba ahogando con etiqueta.

—El padre de mi hijo —dijo, cada palabra recortada, hielo tallado— sabe todo lo que necesita saber.

Y me dejó allí.

Recogió el cuaderno del suelo, comprobó la página, y cruzó la plaza de vuelta al trabajo, al equipo, a los escalones que casi la derriban — recta, entera, con la mano izquierda cerrada junto al cuerpo, y yo conocía aquel gesto, lo había inventado yo en un salón de Milán.

Me quedé a la sombra de la torre con el resto.

Y el resto, descubrí, tenía nombre.

No era la sospecha — la sospecha acababa de asesinarla en legítima defensa. Era una cosa más sucia, más caliente, más sin derecho: celos.

De un hombre sin rostro que sabía todo lo que necesitaba saber. Que había oído de Viola Santoro la noticia que cambia una vida, que tenía permiso para preocuparse por el sol y las escalinatas, que existía en el lado correcto de aquella curva pequeña.

Un hombre al que odié instantáneamente, con todo el aliento — y que no existía.



CAPÍTULO 21

«Toda mentira que protege vive en la casa de quien la cuenta. Es allí donde duerme, donde come — y donde cobra el alquiler el día señalado».

VIOLA SANTORO

Milán me recibió con lluvia fina y tranvías chirriando, y les di las gracias a los dos: una ciudad grande es estupenda para quien necesita desaparecer dentro de su propia vida.

El viaje había terminado el viernes. La guerra, no.

Porque la voz de guardia se pasó el fin de semana entero celebrando la victoria de la plaza —lo ha concluido él solo, tú no has mentido, el juramento sigue en pie, la coma está a salvo— y yo me pasé el fin de semana entero descubriendo que una victoria también puede bajar torcida, como un medicamento tomado sin agua.

Él miró mi vientre y preguntó por el padre.

Por el padre. Por otro. Por un hombre cualquiera que supiera «todo lo que necesita saber».

Ni siquiera contempló que pudiera ser suyo.

Tragué saliva, sola en el cuartito, doblando ropa que no necesitaba ser doblada. Porque esa era la herida nueva, la que yo no había previsto cuando monté la defensa perfecta: nunca iba a saber cuál de las dos dolía más.

El hombre que no me creyó capaz de llevar un hijo suyo — o el hombre que echó las cuentas y huyó del resultado.



La consulta seguía en el segundo piso del edificio antiguo, con las sillas de plástico verde y el póster descolorido, y seguía siendo el lugar del mundo donde yo respiraba mejor.

La médica me examinó con la paciencia de siempre, las gafas en la punta de la nariz, y extendió el gel frío sin ceremonias.

—Vamos a oír esa prisa.

El sonido llenó la salita. Al galope, testarudo, ocupando todo el espacio — y el pecho se me encogió de la manera buena, el único apretón que yo había aprendido a querer.

—Fuerte —dijo, mirando el monitor—. Sigue con prisa, este corazón.

Ciento cincuenta y ocho, recordé. El número talismán. El sonido que cambió el peso del juramento una tarde de septiembre.

—¿Está todo bien? —pregunté—. He viajado. Trabajo. Hubo un día de sol fuerte y yo... me tambaleé.

Conté el resto con los ojos en el techo: el mareo, los escalones, el casi-suelo. Ella escuchó sin dramas, me midió la tensión, hizo las preguntas de oficio, anotó.

—Te deshidrataste y tensaste demasiado la cuerda. —Se quitó las gafas, y aquello era el máximo de severidad que su rostro producía—. La próxima vez, escucha al primer aviso, no al tercero. Agua, sombra, y deja de subir escalinatas corriendo.

—En Milán no hay escalinatas —prometí—. Solo reuniones.

—Las reuniones también tumban. —Volvió a la ficha—. Ahora, el calendario: la morfológica queda programada para dentro de tres semanas. Es la ecografía grande. Y aviso desde ya, porque todo el mundo lo pregunta: en esa se puede saber el sexo. ¿Queréis saberlo?

Queréis.

La palabra cayó en medio de la sala y se quedó allí, esperando un plural que no llegó. Respiré hondo.

—Yo —dije, despacio, enderezando el pronombre como quien endereza un cuadro— no quiero saberlo.

Ella levantó los ojos, sin juzgar, solo comprobando.

—¿Estás segura? La mayoría no resiste.

—Segura. Esta historia ya tiene demasiados secretos esperándome ahí fuera. Aquí dentro quiero una sorpresa buena. Una sola. Guardada para el final.

La coma sigue siendo coma, expliqué hacia dentro, con la mano en el gel frío. Sin nombre, sin ajuar azul o rosa, sin convertirse en sustantivo antes de tiempo. Nos presentamos el día señalado.

Fue en el tranvía de vuelta cuando llegó la idea — lista, entera, como llegaban las mejores frases.

Si no iba a darle nombre, ni color, ni sustantivo, podía darle lo que tenía: palabras. Me bajé una parada antes y compré un

cuaderno pequeño en la papelería de la esquina — tapa dura, sin rayas, nada que ver con el cuadernillo de trabajo.

Este no era para el mundo.

En la primera página, con la letra más cuidada que años de oficio me habían dejado, escribí solo: para ti.

El resto lo iría escribiendo mientras tú llegabas.



Por la noche, el piso de Gemma olía a salsa de tomate y a ajuste de cuentas.

Lo supe antes del segundo bocado. Conocía a mi mejor amiga: ella primero alimentaba y después disparaba, porque «una pelea con el estómago vacío es una pelea perdida». Cuando apartó el plato a un lado y cruzó los brazos, yo ya estaba masticando despacio, ganando tiempo.

—Lo vi, Viola.

—¿Qué viste?

—La plaza. —Su voz estaba baja, y una Gemma baja es una Gemma seria—. Yo estaba lejos, pero tengo ojo de objetivo, querida. Te vi desmayarte encima de él. Lo vi sujetarte como quien sujeta algo que no devuelve. Vi el viento. Y vi su cara después del viento.

El tenedor me pesó en la mano. Lo dejé en el plato, con un cuidado exagerado, y el ruidito de la loza fue lo más alto de la cocina durante un rato.

—Preguntó —admití—. No negué el embarazo. Negué el resto.

—¿Qué resto?

—Las cuentas, Gemma. Empezó a echarlas y yo... dejé que concluyera mal.

Ella cerró los ojos. Respiró por la nariz, una, dos veces, con el autocontrol chirriando como una puerta vieja.

—Las va a rehacer, Viola. —Los ojos se abrieron, y no había burla en ellos, y eso fue lo peor—. Los hombres como él viven de eso. Es su talento, es su defecto, es todo lo que tienen. Has ganado una ronda porque él tiene miedo del resultado. El miedo pasa. Las cuentas, no.

—Pues que las rehaga. —Mi barbilla subió sola, a la altura reglamentaria—. Cuando aguante el resultado, hablamos.

—¿Y si las rehace con rabia? ¿Lo has pensado? Un hombre de ese tamaño, con esos abogados, descubriendo por su cuenta que le escondiste...

—¿Escondí? —La palabra me quemó la boca—. Gemma, me dio una hora para salir de su isla. Destruyó varios años de carrera con dos llamadas. Yo no le escondí nada a un padre. Protegí a mi hijo de un hombre que compra y cancela a la gente por teléfono.

—Sé lo que hizo. —No retrocedió ni un milímetro—. Yo te saqué en brazos de aquel junio, ¿lo has olvidado? Solo digo que hay una diferencia entre el hombre de junio y el hombre que cargó un trípode monte arriba, y tú viste la diferencia antes que yo, y por eso tienes esa cara.

Me levanté de la mesa. Llevé el plato al fregadero sin ninguna necesidad, solo para darles a mis manos un destino que no fuera temblar. El agua se abrió, corrió, se llevó la salsa de tomate y no se llevó nada más.

—El juramento sigue en pie —dije, de espaldas—. Sabrá quién es el padre el día en que lo merezca. Ni un día antes. Yo no le escondo el nombre a nadie, Gemma. Lo guardo.

Su silencio duró lo justo para que yo cerrara el grifo.

—Está bien —dijo, al fin, cansada—. Tú decides. Siempre fue así y así será. Pero lo he registrado, Viola. He registrado que hoy ha sido la primera vez que has defendido ese juramento como quien defiende una cerca vieja: gritando, porque sabe que la madera ya no aguanta sola.

No respondí.

Porque fue ahí, en el fregadero de Gemma, con las manos mojadas y la barbilla alta, cuando la oí. Bajita, recién nacida, educada — una voz que no era la de guardia, que no tenía ninguna cicatriz, que preguntó una sola cosa y se calló:

¿Y si mereciera saberlo?

La voz de guardia le cayó encima con el archivo entero: junio, la lista subrayada, las seis frases, el ferry, el boicot, una hora para salir de mi isla. Aplastó a la intrusa con datos, con jurisprudencia, con cuatro meses de razón acumulada.

Venció.

Pero me fijé —y fijarme fue inevitable, es mi oficio— en que por primera vez desde junio la voz de guardia había necesitado argumentos.



En la cama del cuartito, ya a oscuras, el móvil se encendió solo.

Chiara Ferrari. Asunto: Itinerario — viaje de campo n.º 2.

Lo abrí. Puglia. Una semana. Los pueblecitos listados, los días, la logística — y entonces la línea que me quitó el suelo del colchón: base de operaciones a una hora de Bari.

El escalofrío en el estómago llegó antes de que terminara de leer, y no tenía nada que ver con la coma. Una hora. De la cocina de

la baldosa gastada, del bote de la sal con las cuentas debajo, de mi madre.

El proyecto iba a llevarme a casa. Con él dentro del coche.



CAPÍTULO 22

«Un secreto no pesa nada. Es como una semilla: ligero, seco, del tamaño de un bolsillo — hasta que cruza la puerta de la casa donde uno nació».

VIOLA SANTORO

El coche del proyecto tomó la última curva y Bari apareció entera de una vez, blanca y baja contra el mar, y el corazón se me encogió antes de que yo lo autorizara.

Domingo. Día libre del equipo. Yo me había inventado una excusa cualquiera —«voy a visitar una fuente antigua»— y Gemma, que sabía exactamente qué fuente era, solo me tendió la llave del coche con una mirada que decía dale un beso de mi parte.

Una hora de carretera. Cuatro meses de distancia.

Aparqué en la calle de siempre, que había encogido como encogen todas las calles de la infancia, y me quedé un minuto sentada con las manos en el volante, comprobando el vestido.

De frente. De lado. Otra vez. La tela holgada, el abrigo en el brazo a pesar del sol manso de noviembre, la coreografía pulida en Milán — que aquí, en la calle donde aprendí a andar, me pareció de repente un disfraz de carnaval.

Respiré hondo y bajé. El portón ni siquiera llegó a cerrarse.

—¡VIOLA!

Rosa cruzó el patio como un proyectil de diez años y se me colgó encima con la puntería de siempre — y yo giré la cadera en el último instante, un reflejo nuevo, protegiendo con el cuerpo lo que ella no sabía que existía. Recibí el abrazo de lado, apretado, oloroso, con el gato protestando desde alguna parte.

—Has tardado cuatro meses —informó, con su contabilidad implacable—. La mamma ha hecho orecchiette. Ayer dije un taco nuevo y no me oyó nadie. ¿Quieres oírlo?

—Quiero —dije—. Después del almuerzo. Los tacos buenos se guardan para el postre.

Su risa abrió la tarde entera. Y entonces Nino apareció en la puerta de la cocina —más alto, Dios mío, un palmo más alto, catorce años estirando al niño hacia alguna cosa— y no me abrazó a la primera, porque los catorce años no abrazan a la primera. Se señaló los pies.

Las zapatillas número cuarenta y uno. Gastadas de la manera correcta, la manera de quien ha corrido.

—Ahora corro más que la envidia —dijo, el pie de foto en directo, con la sonrisa torcida de quien ha ensayado la frase en el espejo.

Perdí el aire un poquito. De la manera buena.

—Qué va a correr —provocó Rosa—. Yo llego primero al portón.

—¡Porque sales corriendo antes de que valga!

Y el patio se convirtió en pista, y el gato en obstáculo, y yo me quedé allí parada en medio de mi vida antigua, con el maletero del coche lleno de nada y el cuerpo lleno de todo.

La mamma estaba en la puerta de la cocina, secándose las manos en el delantal.

No corrió. Una madre no corre: una madre espera, porque sabe que uno llega. Crucé el patio y me doblé en su abrazo, el olor a salsa y a jabón, la altura exacta donde el mundo siempre cupo — y fue ahí.

Un segundo de más.

Sus brazos, que se sabían de memoria mi tamaño, se congelaron medio segundo en mitad del gesto —las manos abiertas en mi espalda, la respiración suspendida— y después continuaron el abrazo como si nada, más apretado incluso, un apretón nuevo con una pregunta dentro.

—Qué bien que hayas venido —dijo en mi pelo.

Y no dijo nada más. Sirvió el almuerzo, se rio con los niños, me llenó el plato dos veces, no preguntó por el dinero — nunca, ni cuando faltó, ni ahora que el coche de fuera decía que sobraba. Las madres tienen esa elegancia que ningún salón de Milán aprende.

Fue después. Con Nino despachado al entrenamiento y Rosa hipnotizada por la televisión, quedamos nosotras dos en la cocina, yo secando la loza que ella lavaba, las baldosas gastadas bajo nuestros pies como siempre estuvieron.

Cerró el grifo. Se quedó mirando el agua escurrirse por el desagüe.

—¿De cuántos meses, hija?

No fue una pregunta. Una pregunta tiene duda dentro; aquello era solo una puerta abriéndose despacio, para que yo no tuviera que llamar.

El paño de cocina se detuvo en mi mano. El nudo creció en la garganta con una prisa de cinco meses, y miré a mi madre —las arrugas nuevas, los ojos de siempre— y el juramento, la coreografía, el camuflaje, la altura reglamentaria de la barbilla, todo lo que me había mantenido entera de junio hasta aquí, todo se derrumbó de una vez.

Dulce. Un derrumbe también puede ser dulce. Yo no lo sabía.

—Cuatro meses y medio —susurré.

Y lloré en su hombro, el llanto que llevaba aplazando con hora fijada, mientras ella me sujetaba firme, sin susto, meciéndome suavemente como quien ya lo sabía desde el abrazo del portón.

Conté lo que se podía contar. El embarazo. Milán. El proyecto, el nombre en la portada, el corazón con prisa en el monitor.

No conté lo de Capri. No conté el nombre. Edité mi propia historia con la mano temblando — y la mamma lo escuchó todo sin interrumpirme, me sirvió un té que no le pedí, y solo entonces hizo la única pregunta que importaba:

—¿Y el padre?

Yo ya tenía la respuesta lista.

—Sabrás quién es el día en que él lo merezca, mamma. —Le sostuve los ojos, con la barbilla subiendo por instinto—. Yo no le escondo el nombre a nadie. Lo guardo.

Ella me estudió durante un largo momento. Aquella mirada que leía cuerpos, que leyó la curva en un abrazo, que crio a tres hijos con un bote de sal lleno de cuentas — y entonces se secó las manos en el delantal, despacio, y me devolvió, mansa, la frase que yo no estaba preparada para oír:

—Tu padre decía una cosa, ¿te acuerdas? —Su voz ni siquiera subió. No hizo falta—. La mentira es como la marea, hija. Siempre vuelve. Y siempre trae lo que enterramos.

El suelo de la cocina se tambaleó. Las baldosas de tantos años, el suelo más firme de mi vida — se tambaleó.

—No es mentira —dije, demasiado bajo—. Es silencio. El silencio no es mentira, mamma. Es guardia.

—Puede ser. —Recogió el paño de mi mano, lo dobló, lo colgó del gancho de siempre—. El mar no pregunta el nombre de lo que uno le tira. Solo lo devuelve.

No, quiso decir la voz de guardia, con el archivo entero, con junio entero. Pero dentro de la cocina de mi madre el archivo no se abría — allí yo tenía diez años, y doce, y diecisiete, y ninguna de mis edades sabía discutir con aquel hombre muerto hablando por su boca.

Entonces la mamma posó la mano en mi vientre. Pidió permiso con los ojos primero, a su manera, y la posó — la palma cálida, gastada, abierta sobre la coma.

—Dios os bendiga —dijo. Cansada. Dulce. Y con un miedo antiguo en el fondo de los ojos, un miedo que no era por el bebé, era por mí—. Dios os bendiga a los dos. Y que te ilumine, hija, para saber cuándo dejar subir la marea.

Los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez. La coma, bajo la mano de la abuela, se quedó quieta y solemne como si lo entendiera.

El final de la tarde me devolvió al patio con té y galletas, Rosa por fin autorizada a decir el taco nuevo y una paz de domingo que yo había olvidado que existía en algún lugar del mundo.

Fue entonces cuando la mamma, sirviendo más té, anunció, inocente y práctica:

—Mañana llevo a los niños a tu pueblecito. —Sonrió, orgullosa, ordenando la bandeja—. En autobús se llega rápido. Quiero que vean el trabajo de su hermana. Rosa no habla de otra cosa desde el almuerzo.

La galleta se detuvo a medio camino. Mañana. El equipo entero. Las fotos, las entrevistas, la plaza del pueblecito.

Mañana. Con él allí.



CAPÍTULO 23

«La boca miente con talento, con método, con años de entrenamiento. Las manos no aprenden: firman todo lo que hacen».

MASSIMO GRECO

Yo le había dado un nombre a aquello. Logística.

Era logística el coche que subía la sierra para que el equipo no gastara las piernas — una pasajera en particular, pero el equipo, oficialmente el equipo. Era logística la silla que aparecía a la sombra en cada lugar de grabación, sin dueño declarado, y que ella ocupaba con una desconfianza que duraba menos cada día. Era logística la botella de agua al alcance de su brazo antes de que la pidiera, el horario de las entrevistas huyendo del sol de mediodía, el almuerzo

del equipo reforzado por una «cortesía del padrino» que nadie auditaba.

Ni siquiera ella fingía creérselo. Pero firmaba, porque yo era el dueño de la empresa — y porque la alternativa era admitir que yo pasaba los días construyendo, alrededor de una mujer que me llamaba signor Greco, el andamio invisible que el padre de aquella criatura debería estar construyendo y no construía.

¿Dónde estaba? ¿Qué clase de hombre sabía «todo lo que necesitaba saber» y dejaba a aquella mujer subir la sierra con el sol en la cabeza y un cuaderno en la mano?

El hombre que la dejó viajar así no la merece.

Cerré los puños sobre ese pensamiento la semana entera, con la convicción de los idiotas.

El lunes empezó manso. El pueblecito tenía una plaza con árboles de verdad —sombra honesta, gratis, el lujo que Capri no vende— y el equipo montaba la ronda de entrevistas con los artesanos cuando el autobús del mediodía se detuvo en la esquina.

Yo lo vi primero, desde mi puesto de siempre. Estaba mejorando en eso: ver primero.

Una señora de vestido oscuro bajó con un niño colgado de cada mano — y la más pequeña de las criaturas se soltó y salió disparada por la plaza gritando un nombre que atravesó el trabajo entero:

—¡VIOLA!

Su cuaderno golpeó la mesa. La vi girarse, perder el color, encontrarlo otra vez — y abrir los brazos a tiempo de recibir el proyectil, con la cadera girando de lado en un reflejo que registré sin querer, porque yo lo registraba todo en ella sin querer.

Detrás del proyectil venía un chico estirado, catorce, quince años, las manos en los bolsillos y la barbilla de ella en su cara — y detrás de todos, despacio, la señora.

La madre. No necesitaba presentación: era la barbilla de ella envejecida, era la misma arquitectura de dignidad en un vestido que había visto muchos domingos.

Y yo me quedé donde estaba, a la sombra del árbol, viendo a Viola Santoro ser devorada por su propia familia en medio de mi viaje de campo — y la hoja de cálculo, entrenada en treinta años de salones, intentó el inventario de siempre: quiénes son, qué quieren, cuánto cuestan.

Falló en la primera línea.

Porque el chico se señalaba los pies, orgulloso de unas zapatillas que ya habían corrido mucho — y ella se agachó a apretarles la puntera como quien comprueba oro. Porque la niña recitaba algo que hacía llorar de risa al equipo entero y a la madre amenazar al cielo con la cuchara invisible de todas las madres. Porque la señora sacó de la bolsa —de dentro de una bolsa de mercado, en medio de mi operación de millones— un bote de galletas, y las repartió entre el equipo como si la plaza fuera su patio.

Las oportunistas no existen en esa cocina ambulante.

El pensamiento entró sin llamar, se sentó en la silla de la hoja de cálculo y ya no se fue.

Yo conocía a los oportunistas. Me crie en su acuario, aprendí a nadar antes que a andar.

Una oportunista no tenía un hermano que corría más que la envidia. Una oportunista no tenía una madre que congelaba la mano en el aire antes de aceptar el saludo de un hombre rico — como hizo conmigo aquella señora, un segundo de lectura de la cabeza a los zapatos, antes de decidir que yo merecía un gesto y ninguna galleta.

Viola no nos presentó. Le dijo «el padrino del proyecto» a su madre, sin mirarme, y me dejó fuera del corro con una precisión que dolió más que el apellido helado.

Me quedé fuera. Era bueno quedándome donde me ponían, cuando quien me ponía era ella.

Fue a media tarde cuando la niña me encontró.

Yo me había refugiado en la mesa de apoyo, fingiendo despachar correos, cuando sentí la presencia: diez años de persona plantada delante de mí, estudiándome sin ninguna de las ceremonias que el mundo entero me dedicaba.

—¿Tú eres el jefe de mi hermana?

Bajé el teléfono. Rosa —yo había memorizado el nombre del inventario que falló— tenía los ojos de su hermana y la diplomacia de un tractor pequeño.

—Soy el padrino del proyecto. Es como si fuera un... socio. Tu hermana no tiene jefe.

—Todo el mundo tiene jefe. —Se sentó en la silla de al lado sin pedir permiso, con los pies balanceándose lejos del suelo, y cogió una galleta de la mesa como quien cobra un peaje—. La mamma dice que hasta el alcalde tiene. ¿El tuyo quién es?

Buena pregunta.

Miré, contra mi voluntad, hacia el otro lado de la plaza — donde Viola le explicaba un encuadre a Gemma, una mano dibujando en el aire, la otra posada distraída en la curva del vestido.

—Hoy libra.

Rosa masticó, evaluando la respuesta. La aprobó con un encogimiento de hombros y se quedó allí, balanceando los pies, vigilando la plaza conmigo — y yo debería haberme levantado, debería haberme inventado una llamada, porque los niños y el mar abierto se comportan igual: uno nunca sabe qué trae la siguiente ola.

—Ahora está feliz —dijo la niña, de repente, sin mirarme. Constatación de ingeniera, comprobando una pared—. Qué bien,

¿no? Porque en junio lloraba por teléfono todos los días escondida en el patio, creyendo que era bajito. La mamma fingía que no la oía para no reñirla, y nosotros fingíamos que dormíamos. Todos fingiendo. —Cogió la segunda galleta—. Los adultos fingen mucho, ¿te has fijado?

El sol siguió en el mismo sitio. La plaza siguió con el mismo sonido. Y el suelo — el suelo se inclinó hacia mí, despacio, como se había inclinado en otra plaza, sobre otros escalones, semanas y una vida atrás.

Junio. Todos los días.

Yo tenía los informes de junio. Yo era el informe de junio: la revocación por la mañana, el arpa por la tarde, la llamada de las diez de la noche, la versión plantada rodando por los pasillos adecuados. Yo había pasado junio a la hoja de cálculo línea a línea, orgulloso de la ejecución — y faltaba una línea, que una auditora de diez años acababa de entregarme gratis, con migas de galleta en la comisura de la boca: al otro lado de mis dos llamadas había un patio en Bari, un teléfono mojado, una mujer llorando bajito para que sus hermanos pudieran dormir.

Las oportunistas no lloraban escondidas en el patio de su madre. Las oportunistas cobraban.

—Me he fijado —dije. La voz salió entera por puro entrenamiento—. Los adultos fingen mucho.

—Lo sé. —Rosa se bajó de la silla, misión cumplida sin saber que hubo misión, y señaló al otro lado de la plaza—. Voy a ver a Gemma hacer fotos. Me deja apretar el botón.

Y se fue, diez años de persona, llevándose mi muro entero en la suela de las zapatillas.

Por la noche, en la habitación de la pensión, abrí el portátil por la costumbre de quien ya no sabía dormir.

Los dedos fueron solos. Tecleé su nombre en el buscador — el gesto de otra madrugada, meses atrás, cuando comprobé el borrado como quien comprueba un servicio contratado.

Pero la mano de hoy no era la mano de la auditoría. Me sorprendí en mitad del gesto y no me detuve: no estaba comprobando el destrozo.

Estaba buscando un lugar —una foto, un pie de foto, una línea siquiera— donde pudiera mirarla sin ser visto.

Cerré el portátil sin pulsar la tecla.

Me quedé a oscuras, con la mandíbula trabada y la ventana abierta a un pueblecito que dormía entero, y dejé que la cuenta que yo había tirado de la mesa se arrastrara otra vez hasta el borde. Junio.

El llanto escondido. La mujer que no cobró nada, nunca, a nadie.

Me pasé cinco meses ganando una guerra.

Hoy, viendo unas zapatillas del número cuarenta y uno correr más que la envidia, empecé a desconfiar de quien me había vendido al enemigo.



CAPÍTULO 24

«El espejo no tiene memoria — esa es su ventaja. Uno, cuando reconoce su propia historia en el rostro de otra, ya no puede fingir que no la vio».

VIOLA SANTORO

La invitación llegó fuera de los canales.

No por el correo de la fundación, no por la asistente, no en papel con membrete: un mensaje en mi móvil, del número personal de Chiara Ferrari, en un tono que no admitía consulta a la agenda.

Té, el jueves, en mi casa. Solo nosotras dos. No es de la fundación.

No es de la fundación — la voz de guardia leyó la frase diecisiete veces y no le gustó ninguna.

El té de una comisaria no existe. El té de la esposa de un Riccardi, menos todavía.

Fui como quien va a una auditoría: vestido comprobado de frente, de lado, otra vez, el abrigo en el brazo a pesar del frío de verdad —noviembre por fin había recordado que era noviembre— y todas las respuestas ensayadas en el taxi.

Gasté el ensayo en balde. Otra vez. Aquella familia tenía el don.

La casa era bonita de la manera en que el dinero antiguo es bonito: sin placa, sin brillo, con un juguete olvidado en el pasillo que nadie había corrido a esconder de mí.

Chiara me recibió en jersey y calcetines, me instaló en un sillón hondo, me sirvió el té ella misma — y se sentó en el sofá de enfrente, doblando la pierna bajo el cuerpo, sin ninguna ceremonia, como quien se prepara para una conversación larga entre gente que no va a fingir.

—Gracias por venir. —Sopló su propio té—. Voy a ahorrarte el ensayo, Viola. Lo sé.

El corazón me falló un latido.

—¿Sabes qué?

—Desde hace semanas. —Sus ojos no pidieron perdón ni hicieron drama; recogían datos, como siempre, solo que esta vez enseñándome la recogida—. El agua en todos los eventos. El abrigo en el brazo con sol. Gemma orbitándote como un satélite armado. El té que sostienes pero casi no bebes, igual que ahora. Yo recojo datos, Viola. Es un defecto de fábrica. —Una pausa pequeña—. ¿De cuántas semanas?

El salón de mi defensa se derrumbó sin ruido.

Podía mentir —la voz de guardia ya repartía las cartas—, pero miré a aquella mujer en calcetines, que había exigido mi

nombre en una portada sin conocerme, y la mentira me pareció de repente una grosería.

—Diecinueve. Casi veinte.

Chiara asintió despacio, archivando. Y entonces hizo la segunda operación, delante de mí, sin esconder las cuentas:

—Junio, por tanto. —Su té se posó en la mesita—. Junio, cuando tu firma murió en todos los medios de este país, de un día para otro, en pleno auge de un reportaje de portada en Capri. Junio, que es de donde sirves el «signor Greco» helado que vi en mi cena. Junio, que hizo al padrino del proyecto cruzar un salón entero para oír un apellido. —Se recostó—. Llevo semanas con esas piezas sobre la mesa, Viola. Solo montan un dibujo.

El silencio que cayó no era hostil. Era peor: era paciente.

No me levanté. Porque Chiara Ferrari se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, e hizo la única pregunta que nadie —ni Gemma, ni la mamma, nadie— había hecho de aquella manera, con aquella delicadeza específica de quien ya ha estado sentada al otro lado de una mesa de acusados:

—¿Qué te hizo?

Y se lo conté.

Capri entera, por primera vez en voz alta, del principio al fin. La fiesta y la huida al bar equivocado. El hombre sin apellido en la mesa coja. La escalinata, el mirador, la noche —esa en una frase, con la barbilla alta—. La mañana siguiente, la cena prometida. Y luego la convocatoria, el despacho, la lista de acreditados con mi nombre subrayado a bolígrafo —los ojos de Chiara se entornaron medio milímetro ahí, lo registré— y las seis frases, que recité en orden, sin temblar, porque cinco meses de repetición hacen callo hasta en una herida. El plazo de una hora. La travesía del vestíbulo. El ferry. La llamada en el muelle de Nápoles. El boicot sin papeles, como lo hacen los grandes, y los diez días en Bari, y Milán.

Lo conté todo, menos una cosa. El nombre del padre no salió de mi boca — y cuando me acerqué, cuando la cronología entera apuntó a la única conclusión posible, sencillamente dejé de hablar y le sostuve la mirada.

Chiara echó las cuentas en silencio. Yo vi cómo las echaba — no me ahorró la aritmética, no fingió torpeza, no desvió los ojos. Vi el resultado llegar, asentarse, dolerle en algún lugar antiguo.

Y no preguntó.

Recogió el resultado hacia dentro, lo guardó, y no me pidió la confirmación que habría hecho de mí una mentirosa o una traidora de mi propio juramento.

Fue la mayor gentileza que alguien me hizo desde junio.

—A mí me acusaron de algo que no hice —dijo, al fin. Su voz no subió; se afiló—. Públicamente. Gente que echó mal las cuentas con convicción. Yo sé en la piel lo que construye una mentira bien subrayada, Viola, y sé cuánto tiempo lleva desmontarla. —Se levantó, caminó hasta la ventana, y cuando se giró su furia estaba entera y organizada, fría como un inventario—: Tu nombre en la portada acaba de convertirse en un asunto personal.

—Chiara, no quiero que...

—Sé lo que no quieres. —Volvió, se sentó en el borde del sofá, cerca ahora—. Y por eso vas a oírme decir el resto. No voy a hacer nada. No voy a contárselo a Lorenzo. No voy a confrontar a Massimo. No voy a mover ni una coma de esta historia. —Ella no sabía del apodo, y la palabra me atravesó de todos modos—. Sin tu autorización expresa. Nada, Viola. Aunque tenga que cenar todos los sábados a su lado mordiéndome la lengua.

—¿Por qué? —La pregunta salió antes del filtro—. No me debes nada. Es socio de tu marido. Veinte años de...

—Porque el mundo decidió mi historia por mí, una vez. —Me cogió la mano. Firme, sin ceremonias, como lo hacía todo—. Decidió

quién era yo, qué había hecho, qué merecía — todo sin preguntarme. Juré que, si algún día estaba al otro lado, sería para alguien lo que nadie fue para mí. —Sus ojos sujetaron los míos—. Conmigo, quien decide eres tú. Siempre. Incluso cuando yo no esté de acuerdo con la decisión. Y no estoy de acuerdo, Viola. Creo que esa marea va a subir contigo dentro del agua. Pero la playa es tuya.

Marea.

El dicho de mi padre, en la boca de una milanese en calcetines, en una casa con un juguete en el pasillo. Los ojos se me llenaron de lágrimas sin autorización, y esta vez lo permití.

Dos mujeres con el nombre manchado por la misma clase de bolígrafo, tomando té frío, en silencio. La alianza no necesitó firma.

En la puerta, ya con el abrigo puesto, su abrazo fue rápido y certero — y su mano sujetó la mía un segundo de más. Reconocí el gesto: era el mismo de mi madre en el portón. El aviso de quien lee los cuerpos.

—El sábado es el evento de progreso del proyecto. Los primeros textos, las fotos de Gemma. Él irá.

—Lo sé. Estaré trabajando.

—Sé que lo sabes. No es eso. —Chiara miró el pasillo vacío a su espalda, y bajó la voz medio tono, y el medio tono valió por una alarma—: Viola. Ella anda pidiendo invitaciones para las cosas de la fundación.

No pregunté quién. No hizo falta.

El escalofrío en el estómago llegó primero, puntual, y trajo de regalo una voz suave que yo había oído una sola vez en un pasillo de Capri —me acordaré de ti— y nunca más olvidado.



CAPÍTULO 25

«Hay animales que no cazan. Abren la cerca, siembran el pasto, dejan que la presa engorde de esperanza — y llaman bondad a la espera».

MASSIMO GRECO

Llegué temprano al evento por primera vez en la vida.

Veinte años llegando el último a todos los salones de Europa —la entrada calculada, el murmullo como alfombra— y aquel sábado yo estaba en el palazzo de la fundación antes de que los camareros terminaran de alinear las copas, comprobando con mis propios ojos una logística que no era asunto mío: la acústica, la temperatura, la distancia entre las sillas y la mesa del agua.

El salón se llenó despacio. Mecenas, editores, los banqueros de siempre — y el equipo, que llegó en bloque, con Gemma delante

cargando el orgullo de quien va a ver sus propias fotos colgadas en la pared de mármol.

Detrás de ella, Viola.

Vestido oscuro, holgado, el abrigo en el brazo. El cuaderno en la mano hasta en las fiestas. Cruzó el salón saludando al equipo, a los artesanos invitados, al signor Aldo —que había venido de Pietralta en tren, enderezándose la chaqueta de otro siglo— y no me miró, con aquella puntería que solo ella tenía: no mirar a un hombre exigiendo saber exactamente dónde está.

Yo me quedé en mi puesto. Me había vuelto bueno en puestos.

Entonces las luces bajaron medio tono, y Chiara subió los dos escalones del estrado con una carpeta en la mano, y anunció que no iba a dar discursos —«un proyecto de palabra se presenta con palabra»— y leyó.

Los textos de ella. De Viola. En voz alta, en medio de mi mundo.

La viuda del zapatero y la llave colgada del clavo, esperando a los hijos que se marcharon. El signor Aldo y la aldea que no se estaba muriendo, «solo quedándose del tamaño justo». Los pueblos que el mapa olvidó y la dignidad de lo que queda cuando todo el mundo se sirve de lo que rinde.

Y yo, parado entre banqueros, oí la escalinata de Capri entera dentro de cada frase —la chica con las sandalias en la mano contándome aquel libro exacto, palabra por palabra, en una madrugada en la que yo todavía era solo Massimo— y desistí oficialmente de fingir que había ido allí a vigilar algo.

El salón aplaudió de pie. Yo aplaudí el último y durante más tiempo, y no corregí las manos.

Al otro lado del salón, Viola recibía las felicitaciones con la barbilla a la altura reglamentaria y los ojos brillando de una manera

que ella no autorizó.

Lo ha conseguido, pensé, y el pensamiento llegó limpio, sin hoja de cálculo. Sola, con todo en contra, con quién en contra — lo ha conseguido.

Fue en ese momento exacto, en la mejor frase de la noche, cuando llegó el perfume.

—Massimo...

Una mano enguantada de fiesta se posó en mi brazo con la naturalidad de quien tiene escrituras — y Lucrezia Falco se materializó a mi lado, blanco hielo de los pies al diamante, sonriendo al salón como si la invitación llevara su nombre.

No lo llevaba. Yo conocía la lista. La había leído, tres veces, por motivos que no me confesé a mí mismo.

—Qué noche tan adorable —dijo, con la voz en la frecuencia íntima, calibrada para los observadores—. Me he enterado de que te has vuelto mecenas de las letras. Te pega este... —los ojos pasearon por el salón— ...pasto nuevo.

Miré su mano en mi brazo. Despacio, con método, como se mira un asiento equivocado en la columna de otro — y entonces retiré el brazo.

Sin prisa y sin disimulo, un movimiento público, legible desde la última fila: retiré el brazo, retrocedí medio paso y dejé entre nosotros la distancia exacta que se deja entre extraños.

El salón lo registró. Los salones siempre registran; es su función.

Algo chispeó en el blanco hielo —medio segundo, el coste del inventario rehaciéndose— y se apagó bajo la sonrisa de siempre.

—No deberías estar aquí, Lucrezia.

—Yo nunca debería, caro. —Recogió la mano rechazada y la ocupó con una copa que le entregó un camarero—. Y, sin embargo,

siempre estoy. Es mi talento. El tuyo era hacer cuentas. Ando preocupada por ti.

No respondí. Aprendí pronto que, con ella, una respuesta es materia prima.

Y entonces sus ojos dejaron los míos, cruzaron el salón con la pereza entrenada de quien finge pasear — y se posaron. Yo supe dónde antes de seguir la línea, por la manera en que mi sangre hirvió sin pedir permiso.

Viola. Rodeada por el equipo, con una sonrisa rara suelta en el rostro, distraída de la guerra por primera vez en cinco meses.

—Ah... La escritora resucitada.

Y cruzó el salón hacia ella con la copa en alto.

Yo no decidí la primera vez, en una plaza de piedra, cuando la alcancé antes que el suelo.

Esta vez decidí. Que conste en acta, para el proceso: crucé el salón de la fundación Riccardi delante de doscientos testigos, dejando por el camino a un banquero con la mano tendida, y decidí cada paso.

Llegué junto con la primera frase.

—La escritora resucitada —decía Lucrezia, con el terciopelo afilado en la lámina justa—. Qué arco narrativo, cara. Capri le dio sus frutos, al final...

—Lucrezia. —Me planté al lado de Viola. No delante: al lado. Ella no necesitaba un muro; necesitaba un flanco—. La escritora del proyecto tiene cosas mejores que hacer.

El silencio alrededor cayó como cae un mantel de lino: sin ruido y cubriéndolo todo.

Viola no me miró, no me dio las gracias, no retrocedió ni un centímetro — solo subió la barbilla un grado más y sostuvo el blanco

hielo de igual a igual, y yo tuve, en medio del campo minado, un segundo absurdo de orgullo.

Lucrezia nos midió. A uno, después al otro. Su sonrisa no vaciló — creció, despacio, la sonrisa de quien comprueba un asiento inesperado y lo archiva con intereses.

—Veo que el padrino se toma el patrocinio... personalmente. —Hizo girar la copa por el tallo—. Encantador. Anotado.

Y entonces ocurrió. Su mirada bajó.

Despacio. Profesional. Sin prisa y sin pudor, del rostro de Viola al vestido oscuro y holgado — y se detuvo. En el mismo punto exacto donde mi pregunta sin forma se había detenido en un salón de octubre, donde el viento se había detenido en una plaza de piedra.

Un segundo. Dos.

Vi a los ojos de Lucrezia Falco hacer en dos segundos el recorrido que los míos tardaron un mes en aceptar — solo que los suyos no tropezaron con la esperanza ni con el miedo, porque no cargaban con ninguno de los dos.

Los suyos simplemente leyeron. Como leían listas de acreditados. Como leían columnas. Y cuando volvieron a subir, traían el resultado cerrado, comprobado, archivado — y un brillo nuevo, minúsculo, de caja fuerte olfateada.

Levantó la copa. Hacia Viola. Hacia mí. Un brindis mudo, redondo, abrazándonos a los dos en el mismo marco — y sonrió, suave como terciopelo sobre cristal.

—Disfrutad de la noche —dijo—. Está todo tan bien servido.

Dio media vuelta rumbo a las puertas dobles. Viola, a mi lado, se había quedado inmóvil de una manera que yo conocía de mí mismo: la inmovilidad de quien ha contado sus propios latidos para no delatar ninguno. Su mano izquierda, cerrada junto al cuerpo.

Yo debería haberme quedado. Fui detrás — dos pasos, lo suficiente para la despedida que ella se empeñó en cobrar, porque Lucrezia nunca se va sin llevarse la última palabra en el bolso.

Se detuvo junto a las puertas. Acercó la boca a mi oído, demasiado cerca, en un gesto que de lejos parecía intimidad y de cerca era solo puntería:

—Tú siempre supiste hacer cuentas, Massimo. —El aliento a champán, la voz en punta de aguja—. ¿Te estás volviendo lento... o estás huyendo de ellas?

Y cruzó las puertas dobles sin esperar respuesta, con el vestido claro engullido por el pasillo de mármol.

Me quedé parado en medio del salón que volvía poco a poco a hacer ruido, con la mandíbula trabada y su pregunta serrando lo que quedaba de mi puente.

Yo acababa de hacer, delante de doscientos testigos, lo más parecido a una elección que había hecho en muchos años. Y no sabía decir si había ganado una guardaespaldas para Viola — o entregado el mapa de la caja fuerte a la ladrona.



CAPÍTULO 26

«Una cuenta tirada de la mesa no muere. Aprende el suelo, aprende la paciencia — y elige volver a la mesa el día en que uno ya no tiene las manos libres para tirarla otra vez».

MASSIMO GRECO

Lucrezia pidió cita.

El lunes, a las nueve y cuatro, mi secretaria de Milán me pasó el recado con la cara de quien entrega un sobre sin remitente: la signora Falco solicitaba media hora de mi agenda, a las once, «asunto de negocios».

En todos estos años, Lucrezia nunca había pedido nada.

Ella entraba. Sin llamar, sin hora, con la naturalidad de quien tiene escrituras — era su idioma, y yo siempre supe leerlo. El recado se quedó encima de mi mesa toda la mañana, discreto como una alarma.

Una víbora no pide audiencia. Una víbora avisa del ataque — cuando quiere que mires hacia el ataque equivocado.

A las once en punto cruzó la puerta que la secretaria le abrió, blanco hielo de los pies al diamante, y se sentó frente a mí como quien recupera un asiento reservado. Fuera, Milán hacía el gris de finales de noviembre; aquí dentro, ella rechazó el café con un gesto y cruzó las manos sobre el bolso, sin ninguna prisa.

La prisa es para quien duda de la mercancía.

—Gracias por recibirme, Massimo. Sé que tu agenda anda... comunitaria.

—Dijiste negocios.

—Y lo son. Del ramo más antiguo que existe. —Se acomodó un pliegue invisible de la falda—. La información.

No respondí. Aprendí pronto que, con ella, una respuesta es materia prima — y aquella mañana yo estaba decidido a ser un hombre pobre.

El silencio se quedó suspendido entre nosotros y ella lo dejó trabajar un poco, porque el silencio también era herramienta suya. Entonces sirvió. Despacio, plato a plato, como quien conoce la cocina desde hace mucho tiempo.

—Junio —empezó—. Un mirador con vistas al mar. Una chica con las sandalias en la mano, bajando la escalinata a besos con el dueño de la isla. Te acuerdas. Yo lo vi. —La voz bajó medio tono, terciopelo sobre cristal—. Y el sábado, en aquel salón adorable, vi el resto. Veinte semanas, Massimo, quizá algo más. Yo leo la caída de las telas desde niña; un vientre de cinco meses no se me esconde ni

en un vestido de escritora. —Inclinó la cabeza, casi dulce—. Echa las cuentas. Siempre fuiste tan bueno en eso.

Las cuentas no me necesitaron.

Subieron del suelo solas, ocuparon la mesa entera, alinearon sus propias columnas —junio, la madrugada, la plaza de piedra, el vaso puesto boca abajo, la curva en el viento— y cerraron, delante de mí, con un clic bajo de caja fuerte girando sobre sus goznes.

Veinte semanas. Junio. Mío.

Esperé a que el suelo se inclinara. No se inclinó.

Lo que llegó fue otra cosa, silenciosa y total, como si alguien cambiara el cableado del edificio sin apagar las luces: un mes entero de celos derrumbándose hacia dentro, el odio metódico que yo había dedicado, noche tras noche, a un hombre sin rostro que sabía «todo lo que necesitaba saber» y la dejaba subir la sierra con el sol en la cabeza.

Me pasé un mes odiando a un hombre que no existe.

El hombre era yo.

Y las frases de la plaza, que yo guardaba como esquivarlas, se giraron de lado dentro de mí y cortaron en la dirección nueva.

Esa cuenta no es suya, signor Greco.

Lo era. Era la mía, desde el principio, desde la segunda vez de aquella madrugada, desde antes de cualquier lista subrayada.

El padre de mi hijo sabe todo lo que necesita saber.

El padre de su hijo no sabía nada — el padre de su hijo le había dado una hora para salir de una isla.

Cerré los puños por debajo de la mesa, donde los puños no prestan declaración.

Lucrezia me observaba. Había en ella la paciencia de quien puso la mesa, encendió las velas y ahora espera a que el invitado

pruebe el plato — y yo conocía el menú que había diseñado para mí, porque fui yo el cliente de junio: la furia lista, los abogados, el bolígrafo rasgando papel. Había venido a buscar eso.

—Ella no lo escondió por miedo, caro —continuó, el acabado del veneno, servido tibio—. El miedo tiene plazo; la estrategia tiene paciencia. Tú, mejor que nadie, conoces el precio de los acuerdos con fecha de vencimiento. Un heredero es el único que no la tiene. —Una sonrisa pequeña, íntima, de socia antigua—. Ella guardó a tu hijo como quien guarda una póliza. En la caja fuerte, rindiendo, para el día del siniestro. Yo solo pensé que merecías saberlo antes de que llegara la factura.

El reloj de la sala marcó las doce menos veinte en silencio.

Cinco meses atrás, esa mujer entró en mi despacho con una hoja doblada y yo firmé su cuenta sin comprobar una línea, porque dolía menos que la esperanza. Cinco meses atrás, yo era un hombre que sangraba rápido y auditaba despacio.

Me recosté en la silla, despacio, y dejé que el silencio respondiera primero — el mío, esta vez, de mi estilo: largo, cómodo, sin ninguna pregunta dentro que ella pudiera revender.

Vi al blanco hielo hacer el inventario de mi rostro y no encontrar la estantería que buscaba. Vi, por segunda vez en tres días, el coste de rehacer las cuentas pasarle por los ojos.

—Has venido de lejos a contarme esto —dije, al fin—. Así que déjame aprovechar tu visita con una sola pregunta.

—Adoro las preguntas.

—¿Cómo supiste lo del viaje, Lucrezia?

Un segundo.

Dudó un segundo —la copa imaginaria detenida en el aire, el terciopelo tenso sobre el cristal— y yo llevo toda la vida negociando a base de leer medios segundos. La hoja de cálculo, que pasó muchos años firmando las cuentas de ella, despertó por primera vez

al servicio de la verdad: registró la fecha, la hora, la pausa, y lo archivó todo en una carpeta nueva.

—Capri es pequeña —dijo, con la sonrisa de siempre llegando un instante tarde a su puesto—. Milán también, para quien cena con las personas adecuadas.

—Claro. —Me levanté, me abotoné la chaqueta, y la reunión se acabó porque yo la acabé—. Gracias por la información, Lucrezia. La puerta es la misma.

Recogió el bolso sin prisa, porque la prisa confiesa, y se detuvo a medio camino de la salida, con la mano enguantada en el picaporte — la misma coreografía de todas sus salidas, la última palabra envuelta para llevar.

—¿No vas a preguntarme qué quiero a cambio?

—Ya te has llevado lo que viniste a buscar.

Algo chispeó en el blanco hielo, medio segundo, y se apagó.

—Piensa en la póliza, Massimo —dijo, suave—. Antes de que venza.

Y cerró la puerta al salir. Con cuidado. Sin ruido.

Me quedé de pie en medio de la sala, oyendo sus tacones disminuir por el pasillo, con la mandíbula trabada y un hijo mío creciendo al otro lado de la ciudad — la frase se montó sola, entera, y tuve que apoyar la mano en la mesa porque ningún entrenamiento del mundo prepara a un hombre para el peso de su propia vida llegando con cinco meses de retraso.

Mi hijo.

Mi hijo, y su madre me llamaba signor Greco, y tenía toda la razón del mundo aprendida conmigo.

Cuando el pasillo se quedó mudo, me senté, acerqué el portátil y abrí la carpeta que no abría desde junio — la que había bautizado, con el humor de los vencedores, Capri — cerrado.

El archivo escaneado estaba allí: la lista de acreditados del gabinete de prensa, la columna de nombres, el subrayado a bolígrafo sobre Viola Santoro — freelance.

Cinco meses atrás, leí esta lista como una sentencia.

Aquel día, la releí como una confesión — solo que todavía no sabía de quién.



CAPÍTULO 27

«Un secreto robado sigue siendo de uno. Lo que deja de ser de uno es el día de abrir la mano — y nadie avisa de que el día valía más que el secreto».

VIOLA SANTORO

El coche estaba equivocado.

Mi calle se sabía sus coches de memoria: la furgoneta del verdulero, el utilitario del cristalero, la fila de siempre disputándose el sitio con las Vespas.

Un sedán claro, largo, demasiado limpio para noviembre, parado delante de la puerta de la señora polaca como un guante blanco sobre un fregadero de cocina — aquello era el mundo equivocado en la calle correcta, y mi nuca lo entendió antes que yo.

Aminoré el paso. La voz de guardia despertó a mitad de frase, sin bostezo, directa al puesto.

La puerta trasera se abrió desde dentro. Y el invierno bajó del coche en persona: blanco hielo, guantes, el pelo recogido en aquella arquitectura que no conoce el viento — Lucrezia Falco en mi acera, entre una bolsa de basura atada y la bicicleta encadenada del niño del tercero, mirando el edificio como quien comprueba si la dirección mereció el viaje.

—Qué encantador —dijo, cuando me detuve a tres pasos—. Auténtico. Tienes talento para los escenarios, cara. Siempre lo tuviste.

—Se ha perdido usted —dije—. Pasa. En este lado de Milán los conductores cobran por kilómetro, no por silencio.

Algo casi sonrió en su rostro. Lucrezia apreciaba las láminas, incluso apuntadas hacia ella — quizá sobre todo apuntadas hacia ella; era el único idioma en que aceptaba conversar de igual a igual.

—He venido a ahorrarte tiempo. —Juntó las manos enguantadas delante del cuerpo, postura de quien entrega un comunicado, no una amenaza—. Él ya lo sabe.

La calle siguió haciendo sus sonidos. Una Vespa dobló la esquina. En algún piso, una ventana golpeó.

—Lo sabe —repetí, sin entregar la pregunta.

—Lo del bebé. Lo de junio. Las cuentas enteras. —Una pausa del tamaño exacto de un pinchazo de aguja—. Se lo conté yo. Esta mañana, a las once, en su despacho. Pensé que querías la información de una fuente fiable: yo estaba allí.

El suelo no se abrió. El suelo de una acera es honesto: se quedó donde estaba, sujetándome, mientras algo dentro de mí bajaba sin escaleras.

El juramento.

Cinco meses cargando con aquello por el país, por el fregadero de mi madre, por la consulta de las sillas verdes.

Sabrás quién es el día en que él lo merezca — la cláusula dicha a Gemma, dicha a la mamma, dicha al monitor con un corazón de ciento cincuenta y ocho dentro.

Mío. Lo único de aquella historia entera que todavía era mío.

Y ella había ido allí, con guantes, y había gastado mi día como quien paga un aparcamiento.

—Tú tenías una cosa tuya en esta historia —continuó Lucrezia, suave, leyéndome la cara con la misma mirada con que me leyó el vientre el sábado—. El día de contarlo. Ahora ni eso. Lo sé, es desagradable. Pero la culpa, cara, es de quien deja la caja fuerte con la puerta entornada.

La barbilla subió sola, al grado reglamentario, porque el cuerpo tiene memoria de guerra incluso cuando el resto está en silencio.

—Y él la ha mandado aquí —dije—. De paloma mensajera.

—Él no sabe que he venido. —Dejó que la frase se asentara, y entonces sirvió el plato principal, en el tono de quien recomienda un médico—: He venido porque las mujeres deberían avisarse entre ellas. Escucha una vez en la vida, Viola. Los hombres como él no comparten herederos. Los compran. Es la única aritmética que conocen para la familia: la adquisición. Cuando sus abogados llamen a esta puerta encantadora —y llamarán, conozco a sus abogados por el nombre de pila—, desearás haber desaparecido con elegancia mientras había tiempo. —Un movimiento mínimo de cabeza, casi gentil—. Te estoy ofreciendo la elegancia. Es más de lo que me ofrecieron a mí.

Arriba, la luz de la señora polaca se encendió en la cocina, amarilla, doméstica, de otro planeta.

Miré a la mujer que había diseñado junio. La lista subrayada, la versión plantada, el boicot — todo había empezado una mañana en que esa criatura decidió que yo era un asiento equivocado en su columna.

Me lo prometió, una vez, en un pasillo de Capri: me acordaré de ti.

Cumplió. Puntual como una factura.

—Usted ya me quitó una vida —dije, y la voz salió baja y entera, sin temblar, porque no iba a darle ni medio grado de temblor—. La carrera, el nombre, la ciudad. Se lo llevó todo, sin mancharse el guante. —Di un paso, uno solo, y sostuve el blanco hielo de cerca—. No va a gustarle lo que creció en su lugar.

Un segundo. Dos. Sus ojos me registraron buscando el miedo en el sitio de siempre — y el miedo estaba allí, estaba a gritos, pero detrás de la barbilla, donde ella no tenía permiso de entrada.

—Encantador —dijo, al fin, con el terciopelo intacto—. Os pegáis más de lo que calculé.

Volvió al coche sin prisa, porque la prisa confiesa. La puerta se cerró con aquel sonido caro, de caja fuerte pequeña, y el sedán claro se deslizó calle abajo devolviéndome mi barrio — usado.

Subí los tres tramos de escalera contando los escalones para no contar otra cosa.

Él ya lo sabe.

En el cuartito, puse la tetera al fuego por disciplina y no hice el té. Me quedé de pie en medio de mi mundo de tres metros por cuatro —la cama, la mesa, el cuadernillo de guerra en el cajón con su hermano de tapa dura que él nunca leyó— con el teléfono en la mano.

Ninguna llamada. Ningún mensaje.

Él lo sabía desde las once de la mañana. Eran las seis y cuarenta de la tarde. Siete horas y cuarenta minutos — daba para cruzar Italia entera en ese tiempo, en tren, parando en todas las estaciones.

Daba para cruzar una ciudad mil veces. Daba para teclear tenemos que hablar, que él ya había dicho una vez gratis, en un salón, cuando no sabía nada.

La voz nueva despertó bajito, con sus maneras educadas, e hizo la pregunta de siempre: ¿y si mereciera saberlo? Ahora lo sabe. Espera.

Y la voz de guardia, por primera vez desde junio, no necesitó argumentos. Solo señaló el teléfono oscuro:

Ya lo sabe. Y no ha venido.

Empate técnico, cero a cero, con el partido entero perdido.

Porque era eso, al final. Yo había pasado un mes entero con la herida envuelta —ni siquiera contempló que pudiera ser suyo; o lo contempló, y prefirió no serlo— sin saber cuál de las dos dolía más.

La respuesta llegó en un sedán claro, con guantes: él lo sabía, con nombre, cuentas y dirección. Y la calle seguía sin ningún coche parado en mi puerta.

El dicho de mi padre pasó por la cocina de la memoria arrastrando detrás la voz de mi madre: la mentira es como la marea, siempre vuelve, siempre trae lo que enterramos.

La marea había vuelto, puntual, a la hora exacta de la tabla — y mira lo que trajo: mi secreto en la boca de la mujer que me hundió, y un silencio del tamaño de Milán en el único lado que importaba.

Saqué la maleta de debajo de la cama. Abrí la cremallera, abrí la tapa, dejé su boca abierta de par en par sobre el colchón.

Y me quedé mirando.

La maleta vacía, yo de pie, la tetera pitando en la cocina para nadie.

CAPÍTULO 28



CAPÍTULO 28

«Guardar y enterrar caben en el mismo cajón. La diferencia aparece el día en que uno lo abre: lo que fue guardado espera. Lo que fue enterrado cobra».

MASSIMO GRECO

Capri en invierno no vende nada.

Desembarqué del primer barco a las ocho y veinte, en un muelle lavado por la lluvia de la víspera, y la isla ni siquiera levantó los ojos hacia mí.

Sin temporada, se ahorra el teatro: guardaba los toldos, apagaba los escaparates, devolvía las calles a los gatos y se quedaba siendo solo lo que era — piedra, mar y escalinata. Cinco

meses atrás, una mujer bajó a este mismo muelle y la isla se encargó de avisarle de que no había sido construida para gente como ella.

Sí lo había sido. Era yo el que no estaba listo.

El resort operaba en marcha de invierno: un tercio de las habitaciones, pasillos sin música, el eco de mis pasos acompañándome por el mármol como una auditoría externa.

No avisé a nadie de la visita. El dueño que avisa recibe la casa ordenada — y yo había ido precisamente a comprobar la suciedad.

Empecé por el archivo del gabinete de prensa.

La carpeta de junio estaba donde se quedan todas las carpetas muertas: intacta, alineada, con el olor a papel que nadie hojea. Pedí la sala, cerré la puerta y abrí la acreditación de la reinauguración sobre la mesa de reuniones, documento a documento, con el método que dedico a las adquisiciones hostiles — porque de eso se trataba: de la adquisición hostil de mi propia versión de los hechos.

La lista de acreditados estaba allí. La original.

Sin ningún subrayado.

Me quedé un rato largo mirando aquella columna de nombres limpia, sin una marca de bolígrafo, Viola Santoro — freelance impresa en medio de los demás con la misma tinta democrática — y sentí la primera piedra salirse del muro.

La hoja que Lucrezia empujó sobre mi mesa no era esa. Era una copia. Una impresión suelta, pedida por separado, subrayada antes de llegar a mí — y una impresión suelta, en un hotel mío, dejaba rastro, porque fui yo quien diseñó los protocolos.

El registro de recepción tardó cuatro minutos en llegar.

Solicitud de segunda impresión de la lista de acreditados: día 2, 7:51 h. Solicitante: la signora Falco, cortesía de la casa.

Las 7:51. Yo estaba en una terraza con una mujer de pelo mojado, prometiendo una cena, y su sentencia ya estaba en la impresora del piso de abajo, esperando el bolígrafo.

Después, el encargo. La petición original de la revista de Roma dormía en la misma carpeta: solicitud de cobertura registrada semanas antes de junio, firmada por el editor, reportaje de portada sobre la reinauguración — un encargo corriente, de calendario, con el nombre de la freelance designada añadido después, en un trámite de rutina.

Ninguna petición de entrevista con el dueño. Ningún intento de acceso a mí. Ella no había venido a cazarme.

Ella ni siquiera sabía que yo tenía rostro.

«¿Lo has ensayado mucho, o improvisas bien?» — mi voz de junio subió del archivo como el moho. Yo le había preguntado eso a una mujer cuyo papeleo entero, guardado en mi propia casa, gritaba que no había habido ningún ensayo.

La respuesta estaba a cuatro minutos de distancia, cinco meses atrás. No pedí el registro en junio.

En junio, pedí el ferry.

Faltaba la testigo que nadie convocó. Encontré al chico del servicio de habitaciones en el turno de invierno, doblando servilletas en un office silencioso — mayor que en mi memoria, de la manera en que envejecen los rostros en los que uno nunca se fijó.

Cuando me vio en la puerta, soltó la servilleta y se quedó en la postura de quien repasa mentalmente los últimos cinco años de servicio.

—Tranquilo —dije—. Solo necesito su memoria. Junio. La chica que desayunó en mi terraza.

Tragó saliva. Miró las servilletas, después a mí, y decidió que la verdad daba menos trabajo que el miedo.

—Fui yo quien habló, signore. Su nombre. La signorina no preguntó nada. Yo dije que usted había dejado instrucciones, y completé el nombre entero, con apellido, sin pensar que... —Se detuvo. Volvió a empezar más bajo—: Yo vi su cara cuando dije el nombre de usted. Nadie finge aquello. Se quedó blanca como quien descubre, no como quien esconde. Se agarró a la mesita. Me pidió que lo repitiera, como si yo pudiera haberme equivocado de patrón. —Sus dedos volvieron a la servilleta, necesitando el oficio—. Me acuerdo porque me dio lástima, signore. Y porque aquel mismo día echaron a la chica, y yo nunca entendí esa cuenta.

Un empleado de office había hecho, gratis, en junio, la única auditoría que importaba —la del rostro de ella en el segundo de la verdad— mientras yo, en el piso de arriba, firmaba la versión de la víbora sin comprobar una línea.

—¿Cómo se llama usted?

Levantó los ojos, sorprendido de una manera que me avergonzó: cinco años en la casa y el dueño preguntándole el nombre ahora.

—Ciro, signore.

—Gracias, Giro.

Salí del office con las seis frases de junio volviendo una a una, en el orden de la masacre, cada cual encontrando su documento — «¿Cuánto?», para la mujer que nunca cobró nada; «la mejor que me han mandado nunca», para un encargo de calendario; el doble por la noche, ofrecido a quien se quedó blanca al oír mi apellido; «fuera de mi isla», para la única persona de aquel junio entero que no sabía dónde pisaba.

En junio, fueron una sentencia. Léidas ahora, contra la carpeta bajo mi brazo, eran un auto de acusación — y el reo las había firmado todas.

Ella me lo dijo, en mi despacho, con el bolso al hombro y la barbilla erguida: mi oscuridad era de verdad, y la tuya era una elección.

Cinco meses. Ella siempre tuvo razón. En todo, desde el principio, con una precisión que ninguna hoja de cálculo mía alcanzó.

Y que nadie me venga con la palabra «engañado».

Le di vueltas a esa palabra la tarde entera, buscando la manera de ponérmela, y no me sirve: engañado es quien no podía saber.

Yo podía. La lista original dormía en mi archivo, el registro de recepción tardaba cuatro minutos, Ciro doblaba servilletas a tres pisos de mí.

Yo lo tenía todo — en junio, al día siguiente, en cualquiera de los ciento cincuenta días desde entonces.

Yo no fui engañado. Elegí la cuenta que dolía menos. Y le mandé la factura a ella: la carrera, el nombre, la ciudad — y un patio en Bari donde una mujer lloraba por teléfono todos los días, bajito, para que sus hermanos pudieran dormir.

Subí a la suite de la última planta cuando se acabó la tarde. La camarera de pisos de invierno mantenía la habitación lista por protocolo, la cortina abierta de la manera que aprendió a dejarla sin que nadie le explicara nada a nadie.

Me quedé en la terraza con la carpeta en la mano. Allá abajo, la piscina infinita empalmaba con el mar gris, lisa, ordenada, perfecta.

Y muda.

Miré aquel rincón sin música durante un minuto largo, con el viento frío subiendo del mar, y las ganas llegaron enteras, inmediatas, casi infantiles: llamar al gerente, mandar recolocar

todo, devolverle el sonido a aquel rincón como quien detiene una hemorragia.

No llamé.

Devolver la música antes de devolverle el nombre a ella sería solo una cuenta más pagada en el orden equivocado.



CAPÍTULO 29

«Hay esperas que se hacen con la puerta abierta y la mesa puesta. Y hay esperas que se hacen preparando la maleta despacio».

VIOLA SANTORO

Tres días.

Yo sabía contar en semanas, era un oficio nuevo: veinte semanas y cinco días, dijo la cartilla del prenatal el martes, cuando lo comprobé por comprobarlo.

Pero la cuenta que mandaba en la casa era otra, más corta y más larga al mismo tiempo: tres días desde el sedán claro en mi calle. Setenta y pocas horas desde él ya lo sabe — y el teléfono seguía haciendo lo que los teléfonos hacen peor, que es funcionar perfectamente.

Terminé los últimos pies de catálogo de la agencia — ya no los necesitaba, el contrato del proyecto había reorganizado mi año, pero era un compromiso, y un compromiso era la barandilla que quedaba.

Escribí pies de foto de alfombras persas y de lámparas danesas con una mano en el teclado y la otra posada en la curva, donde la coma ensayaba las patadas nuevas de aquella semana, puntual como quien ya había heredado del padre la costumbre de llegar a todo a su propia hora.

El té se enfrió tres veces el miércoles. El jueves dejé de hacer té.

Fue el jueves por la noche cuando escribí la carta.

«Borrador», corrigió la periodista que hay en mí, por dignidad profesional: borrador de renuncia al proyecto El Sur que Queda, dirigido al comisariado, tres párrafos limpios, sin autocompasión, agradeciendo la confianza y devolviendo el libro «por razones personales que pronto dejarán de ser personales».

Porque era eso lo que venía — yo había visto el brindis mudo, yo había oído la oferta de elegancia. Cuando el barro subiera, iba a subir por el nombre del proyecto, por las fotos de Gemma, por el signor Aldo de chaqueta antigua. Lo único que yo podía quitar del camino de la ola era a mí.

Dejé el borrador listo, con el cursor parpadeando sobre «enviar».

No lo envié. Fui capaz de escribir la dimisión de mi segunda vida en veinte minutos y no fui capaz de un clic — y estaba demasiado cansada para decidir si eso era esperanza o solo mala puntería.

Golpes en la puerta.

Dos, educados, firmes. La señora polaca no llamaba así; Gemma no llamaba, avisaba por mensaje y subía. Abrí con la cadena

puesta —los últimos meses me habían enseñado a abrir puertas a plazos— y encontré, en el pasillo estrecho del fin del mundo, un abrigo de cachemir claro y a la segunda persona más cabezota de Italia.

—He traído castañas —dijo Chiara, levantando una bolsita de papel de estraza—. Compradas en la esquina, del carrito. Están malísimas. Déjame entrar.

El cuartito se hizo más pequeño con ella dentro, y más cálido. No miró la habitación con lástima ni con inventario —colgó el abrigo en la silla, se sentó en el borde de la cama doblando la pierna bajo el cuerpo, como si llevara toda la vida visitando aquel fondo de pasillo, y abrió las castañas entre nosotras.

—Tres días de correos perfectos —empezó, sin preámbulo—. Puntuales, completos, muertos. Le escribes a la fundación como quien ordena los cajones de una casa que va a desocupar. Yo leo a la gente, Viola. Es un defecto de fábrica. —Sus ojos bajaron un segundo hasta la maleta abierta en el rincón, vacía desde hacía tres días, y volvieron sin comentario—. ¿Qué ha estallado?

Podía mentir. Ella lo sabría, y respetaría la mentira, que era lo peor.

—Ella se adelantó —dije—. Se lo contó a él. El lunes.

Chiara se quedó inmóvil de una manera que yo ya había visto una vez, en su casa, cuando hizo la aritmética de junio: la inmovilidad de una general recibiendo un mapa nuevo.

La castaña se detuvo a medio camino. Algo atravesó su rostro —furia, fría y organizada, de las que no se derraman.

—¿Y él?

—Nada. —La palabra salió del tamaño exacto—. Tres días de nada.

Su silencio fue largo y trabajado, el silencio de quien mastica sus propias manos atadas. Cuando habló, la voz salió baja, casi una

petición — y Chiara Ferrari no pedía:

—Dame autorización para hacer algo. Una cosa. Media. Lo llamo, no le digo nada tuyo, solo... mido. Soy buena midiendo.

Di que sí. Por el amor de Dios, di que sí y deja que alguien cargue con una esquina de esto.

—No. —La barbilla subió sola—. Todavía no. La historia es mía, Chiara. Aunque sea solo el final.

Me miró durante un rato largo. Después asintió, despacio, como quien firma un poder que detesta — y se quedó una hora más, comiendo castañas malas y hablando de todo lo que no importaba: la imprenta, el papel de las tripas del libro, el signor Aldo que mandaba preguntar por la «chica de los escalones». En la puerta, ya con el abrigo puesto, se detuvo.

—La promesa sigue en pie. Nada sin ti. —Una pausa—. Pero apunta una cosa, de mi experiencia en el asunto: cuando el mundo entero está decidiendo tu historia, el silencio de un hombre no siempre es su decisión. A veces es solo la cola.

Bajó las escaleras sin explicarse, porque explicarse nunca fue su fuerte.

La madrugada llegó como llegan las peores: sin sueño y sin prisa.

Me acosté, me levanté, bebí agua tibia del grifo, oí al edificio crujir los huesos. A las tres y pico, desistí del techo. Encendí la lamparilla, abrí el cajón de la mesa —el cuadernillo de guerra encima, cansado de anotaciones— y saqué de debajo el otro. El de tapa dura, sin rayas, sin título, comprado en una papelería a una parada de tranvía de allí, una tarde en que yo todavía tenía el día de contarlo.

Me senté en la cama con él en el regazo. Lo abrí por la segunda página, la primera en blanco después del para ti.

Y me quedé un rato solo con el bolígrafo en la mano, sin escribir, oyendo a la coma acomodarse ahí dentro, buscando las palabras de la única manera en que llegaban a aquel cuaderno: limpias de guerra.

Escribí una línea.

Una sola. Llevó más tiempo que un pie de catálogo, más tiempo que el borrador entero — el bolígrafo deteniéndose dos veces a la mitad, la mano decidiendo cada palabra como quien pisa un puente de madera.

Cuando terminé, leí lo que había escrito, una vez, y cerré el cuaderno despacio, con las dos manos, como se cierra la puerta del cuarto de un niño dormido.

Lo que estaba escrito se quedó allí dentro. Era del cuaderno y de nadie más — por ahora, de nadie más.

Miré la maleta abierta en el rincón, de par en par desde hacía tres días, vacía como una pregunta.

Crucé la habitación y puse el cuaderno dentro. Solo él, en medio del forro, demasiado pequeño. Después volví a la cama y apagué la lamparilla.



CAPÍTULO 30

«Una deuda vieja no acepta cualquier moneda. El dinero paga las nuevas; los favores pagan las medianas».

MASSIMO GRECO

Yo no llamé antes.

Bajé del coche delante de la casa de Lorenzo a las nueve y media de la noche de un viernes frío, con la carpeta de Capri bajo el brazo, y pulsé el timbre como un hombre corriente — quizá el primer gesto de hombre corriente que hacía en cinco meses.

Él mismo abrió la puerta, en jersey, con el periódico todavía en la mano, y no fingió sorpresa. Veinte años enseñan la cara del otro en todas las estaciones.

—Tú ignoras las llamadas —dijo, dejándome pasar—. Las puertas no. Siempre supe que algún día te acordarías de eso.

La casa era bonita de la manera en que el dinero antiguo es bonito: sin placa, sin brillo.

En el pasillo, un juguete olvidado dormía junto al rodapié, pequeño y soberano, y yo lo esquivé con un cuidado que no me pertenecía — o que no me pertenecía todavía, y la frase entró conmigo en el salón y se sentó a mi lado.

Chiara estaba en el sillón hondo, en jersey y calcetines, con la pierna doblada bajo el cuerpo, una taza de té por la mitad.

Cuando me vio, no se levantó. Posó la taza en el brazo del sillón, despacio, y me midió de la cabeza a los zapatos con una mirada que yo conocía de otro rostro, en una plaza de sombra honesta — la mirada que decide si el hombre merece un gesto o ninguna galleta.

—Siéntate, Massimo —pidió.

Y no era hospitalidad. Era la apertura de la sesión.

No me senté. Lo que había ido a hacer no se hacía sentado.

—He venido a contar una historia —empecé. La voz salió más baja de lo que quería, y la dejé baja—. Es larga, es mía, y no tiene una sola línea en la que yo quede bien. Pido que nadie me ahorre nada por el camino, porque, si me lo ahorran, no sé si termino.

Lorenzo dobló el periódico. Cruzó los brazos.

Y conté.

La chica con las sandalias en la mano en el bar de Enzo. El mirador. La noche, la terraza, la cena prometida — y la mañana en que Lucrezia entró sin llamar con una hoja doblada, y yo leí un subrayado a bolígrafo como quien lee un informe pericial. Las seis frases de mi despacho, una por una, sin suavizar ninguna: el «cuánto», la oferta del doble, la hora para salir de mi isla. Las dos

llamadas —la revocación, el aviso discreto al mercado— y su nombre borrado del oficio que era su vida, por orden mía, con mi método.

Después, Milán: el proyecto, la plaza de Pietralta, la curva en el viento. La paternidad, sabida desde el lunes por boca de la misma mujer que armó junio. Y Capri, esta semana: la lista original sin subrayado, la impresión suelta de las 7:51, el encargo de calendario, el testimonio de Ciro.

La carpeta entera, posada en su mesa de centro, entre el té y las revistas.

Lo conté sin sentarme y sin ahorrarme nada. En algún punto, me di cuenta de que era la primera vez en la vida que yo entregaba una versión de los hechos en la que yo era el peor personaje — y de que mi voz no cayó en ninguna línea, porque había una dignidad extraña, casi física, en cargar por fin el peso por el lado correcto.

Cuando terminé, el reloj del salón había andado cuarenta minutos y nadie había tocado el té.

Lorenzo se levantó. Fue hasta la ventana, de espaldas a mí, y se quedó allí un rato largo, con los hombros quietos de aquella manera que yo conocía de las reuniones perdidas — el cuerpo de un hombre contando hasta un número muy alto.

—Te hice una pregunta en junio —dijo, al fin, sin girarse—. Me colgaste en la cara. Después ignoraste tres llamadas. Después las otras; dejé de contarlas para no pelearme por aritmética. —Se giró. No había ningún teatro en su rostro, y por eso dolía más—. Veinte años, Massimo. Te avisé con tu propia frase. «La vida no entrega culpables con lazo de regalo». Te la devolví con intereses y tú colgaste el teléfono.

—Lo sé.

—Pues respóndeme ahora. —Dio un paso—. La pregunta sigue siendo la misma.

¿Estás seguro, o tienes miedo?

La palabra subió. Cinco meses vivió debajo de mi lengua, un huésped al que yo alimentaba y negaba — y allí, en el salón de mi mejor amigo, con la carpeta abierta sobre la mesa probando cada día de mi cobardía, la garganta armó la respuesta entera.

—Yo...

—No. —Levantó la mano, interrumpiéndome, seco—. A mí, no. Esa respuesta se ha vuelto demasiado cara para gastarla en un salón. —Bajó la mano despacio—. Guárdala para quien es.

El silencio que siguió tenía textura de tribunal. Y fue en él donde Chiara se movió por primera vez.

Desdobló la pierna, posó los pies en el suelo, y habló con una calma que dio frío:

—Yo lo sé desde hace semanas.

Lorenzo giró el rostro hacia ella. Yo dejé de respirar.

—El embarazo lo leí sola: el agua, el abrigo, Gemma orbitando como un satélite. Recojo datos; es un defecto de fábrica. —Sus ojos no soltaban los míos—. El resto, me lo contó ella. Capri entera, una tarde, en mi salón. La primera vez que lo decía en voz alta en su vida. ¿Sabes lo que me pidió a cambio, Massimo? Nada. Ni ayuda, ni venganza, ni que yo te odiara por ella. Nada. Yo prometí manos atadas y cumplí — incluso en esta casa, incluso en mi propia cama, callando delante de él. —Su barbilla señaló a Lorenzo, que lo recibía todo de pie, inmóvil—. No te imaginas el precio de eso. Lo pago porque ella lo vale. Ahora dime: ¿tú qué vales?

No respondí. No era una pregunta para responder; era una pregunta para cargar con ella.

Chiara se levantó, entonces, y cruzó el salón hasta detenerse delante de mí —un palmo y medio más baja y ocupando el doble de espacio— y dictó los términos con la voz de quien ya ha comandado salones y sobrevivido a cosas peores:

—Tú no te acercas a ella sin dos cosas. La prueba de que esta vez comprobaste las cuentas. —Su dedo tocó la carpeta sobre la mesa, un toque solo—. Y la certeza, grabada donde guardas los contratos, de que, aun así, quien decide es ella. Si decide, cuándo decide, y qué hacer contigo. Ella decide hasta si mereces oír un no. —Un paso atrás; el inventario final, de la cabeza a los zapatos—. Así fue conmigo, una vez. El mundo resolvió mi historia por mí, y un hombre tuvo que aprender a esperar fuera hasta que yo abriera. Aprende de tu amigo. Él aprendió bonito.

Recogí la carpeta. En la puerta, el pasillo otra vez, el juguete junto al rodapié, la casa entera oliendo a una vida que yo había visto de lejos durante veinte años como quien mira un escaparate.

Lorenzo me alcanzó en el umbral. Sujetó la puerta abierta y se quedó un segundo mirándome, con el periódico olvidado en algún lugar de la noche.

—En junio me colgaste en la cara —dijo—. Hoy has llamado a mi puerta. Veinte años, Massimo. Yo sé medir la distancia entre las dos cosas.



CAPÍTULO 31

«La anchura de una calle no se mide en metros. Se mide en lo que uno carga para cruzarla — y en lo que acepta dejar en la acera de la que salió».

VIOLA SANTORO

La coma no sabía nada.

Era la única de nosotros tres en esa condición, y yo me pasé la semana entera envidiándola: ahí dentro no había llegado ningún sedán claro, ningún silencio de siete días, ninguna guerra.

Ahí dentro el mundo seguía siendo del tamaño justo — agua tibia, el corazón con prisa, las patadas puntuales de las nueve de la noche.

El lunes, diciembre amaneció haciendo honor a su nombre, y Gemma llegó a las ocho en punto con dos vasos de la panadería: té

para mí, café para ella.

No preguntó cómo había dormido. Una amiga de verdad se reconoce por lo que no pregunta.

—Vamos —dijo solo—. Un corazón con prisa no tolera los retrasos.

La consulta era la misma del principio de todo: el segundo piso de un edificio antiguo, las sillas de plástico verde, el póster descolorido haciendo horas extras en la pared desde hacía una década.

Gemma se sentó a mi lado en la sala de espera y se quedó vigilando la puerta y la ventana al mismo tiempo, en una guardia que yo conocía de otras trincheras — y me pilló mirándola.

—¿Qué? —Bebió el café—. Me gusta saber cuántas salidas tiene un sitio. Defecto de fotografía.

Dentro, el gel llegó frío como siempre, y el mundo se oscureció para que la pantalla se encendiera.

La médica trabajó en silencio durante un rato largo, con las gafas en la punta de la nariz, midiendo a mi hijo por dentro con la paciencia de quien ya ha visto todo tipo de comienzos.

La columna. El corazón, cámara a cámara. Las manos — abiertas, cerrándose despacio, abriéndose otra vez, como quien ya ensaya sujetar algo.

Gemma me cogió la mano en el momento exacto en que yo iba a buscar la suya, el espejo de septiembre funcionando sin necesidad de invitación, y cuando el sonido llenó la sala —aquel galope pequeño, atrevido, mío— contuve la respiración por el lujo de oír mejor.

—Todo en su sitio. Todo en su tamaño. Todo a su hora — informó la médica, al fin, y me miró por encima de las gafas—. Y sigue con prisa, este corazón. Desde la primera vez. Hay gente que ya llega al mundo con opinión.

Ciento cincuenta y ocho.

El número vivía en mí desde septiembre, mi talismán de cifras, y galopaba allí en la pantalla, perfecto, ajeno, rico de la única riqueza que junio no alcanzaba.

—¿Quieres saberlo? —La médica posó el transductor, con la mano detenida sobre el teclado, la sonrisa sabiendo ya la respuesta—. Se ve de buen tamaño en la pantalla.

—No. —Miré a mi hijo borroso de futuro en el monitor—. La coma sigue siendo coma.

—Pues lo guardo yo. —Tecleó algo y cerró la pantalla como quien cierra una caja fuerte pequeña—. Es bueno tener secretos de oficio de vez en cuando. Los míos suelen ser tristes.

Gemma fingió que no estaba llorando, y lo negó con tanta convicción que casi me lo creí — y durante veinte minutos, en una sala oscura de un edificio viejo de Milán, todo estuvo genuinamente bien.

Yo había olvidado el sabor. Es un sabor de cosa sencilla, agua de verdad, y uno solo nota la sed que tenía cuando bebe.

Duró hasta la acera.

Salimos al frío de diciembre, Gemma guardando el informe en su bolso —«tú lo pierdes todo, yo archivo»—, y lo sentí antes de verlo, como se siente un cambio de tiempo: la calle se quedó con peso de calle ocupada.

Él estaba en la acera de enfrente.

Sin coches entre nosotros, sin teléfono en la mano, sin el menor movimiento — Massimo Greco parado en el frío como quien llegó hace mucho tiempo, el abrigo oscuro, el rostro más delgado que mi último inventario, los ojos en mí con una quietud que yo nunca les había visto.

No dio un paso. No levantó la mano. No hizo nada, con una intensidad que hacía gritar a la nada.

El corazón se me disparó sin pedir permiso, traidor de siempre, y la voz de guardia montó la barricada en tiempo récord: junio, la lista, una hora para salir de la isla, siete días de silencio. Gira a la izquierda y vete.

Gemma se adelantó primero.

Cruzó la calle sola, sin prisa, y se detuvo delante de él — un metro sesenta de furia organizada mirando a un hombre del tamaño de una puerta — y yo lo oí porque el frío deja las calles honestas:

—Yo vi junio, signore. No su versión: la mía. Yo vi el ferry. Vi el cuartito, el test en la ventana del baño, los once días de cuentas sobre la mesa. Vi el resto. —Su voz no subió un decibelio, y fue eso lo que dio frío—. Si cruza esta calle para hacer otra vez lo que hizo, yo termino el trabajo de Lucrezia gratis, y lo hago mejor: yo tengo las fotos de todo.

Él lo recibió entero. No se defendió, no se explicó, no apartó los ojos de mí por encima del hombro de ella — y respondió bajo, una sola frase, que el viento me trajo a medias y su postura completó:

—Por eso estoy en este lado.

Gemma volvió. Se detuvo delante de mí, con la barbilla diciendo la decisión es tuya antes que la boca.

—Tú lo sabías —dije.

—Chiara me llamó el sábado. —Sostuvo mi mirada sin pedir perdón, porque Gemma no pide—. Me contó lo que él hizo la semana entera. Adónde fue. Lo que trajo. No me pidió nada: me preguntó. Y yo decidí que, si ese hombre iba a aparecer otra vez en tu vida, iba a ser en un día bueno, en un lugar abierto, delante de mí. —Un trago de café, los ojos todavía en guerra—. Riñe conmigo después. Hoy tienes cosas más importantes que decidir.

Miré al otro lado de la calle. El hombre que cruzó un salón entero solo para decir mi nombre. El hombre que cruzó un salón de doscientas personas para plantarse a mi lado. El hombre que cruzó una plaza de piedra antes de que mi rodilla tocara el suelo — que la vida entera lo cruzó todo, siempre, en el momento que él elegía, de la manera que él decidía.

Parado.

En el lado de allá, en el frío, sin cruzar — y entendí despacio, por el revés de todos los precedentes, lo que aquello era.

No era vacilación. Un hombre de ese tamaño no vacilaba en una acera. Era la cosa más difícil que él sabía hacer, hecha en público, con abrigo: había dejado la decisión en mi lado de la calle.

La voz de guardia enumeró junio por milésima vez, con el archivo abierto, la jurisprudencia lista.

Y la voz nueva, bajita, educada, recién fuerte, hizo la pregunta nueva — ya no ¿y si mereciera saberlo?; ya lo sabía. La pregunta había crecido con ella: ¿Y si mereciera oírlo?

Mi hijo dio una patada a las nueve de la mañana, fuera de horario, a favor de alguien.

Crucé.

Un paso, y la calle entera cambió de dueño. Dos, tres —el frío en las orejas, el corazón al galope de pantalla de ecógrafo—, cuatro, cinco, su rostro desmontándose despacio de una inmovilidad de años, seis, siete —la barbilla, Viola, la barbilla—, ocho.

Me detuve a un paso de él.

De cerca, los ojos castaños cálidos tenían invierno dentro, y ninguno de los dos habló primero durante un segundo largo, entero, del tamaño de una estación.



CAPÍTULO 32

«Hay deudas que se pagan con dinero. Hay deudas que se pagan con verdad. Y hay las que no aceptan moneda ninguna — solo aceptan tiempo, contado en el reloj de aquel a quien uno le debe».

MASSIMO GRECO

Ella cruzó.

Yo me había preparado para todo —para su espalda, para la esquina a la izquierda, para que la amiga volviera y terminara el trabajo— menos para los ocho pasos.

Los conté uno a uno, sin respirar, con el corazón haciendo un ruido indigno de un hombre de mi tamaño, y cuando se detuvo a un paso de mí, con la barbilla a la altura reglamentaria, los ojos oscuros registrándome con el arma en la mano, entendí que aquel paso que

faltaba era el país entero de ella — y que yo iba a pasarme la vida mereciendo cada centímetro.

—Hay un café abierto en la esquina —dije. La voz salió más baja de lo que quería—. Diez minutos. Después de eso, la puerta es tuya.

Ella miró el café, miró a Gemma —que respondió desde lejos con un encogimiento de hombros armado—, y asintió una vez, como se firma un armisticio de diez minutos.

El lugar vivía la hora muerta de media mañana: mesas vacías, un camarero sin prisa por querernos allí, la máquina de café dormitando.

Nos quedamos con la mesa del fondo, pequeña, un poco coja — y ninguno de los dos hizo la broma que la mesa pedía, porque la nostalgia era un lujo que aquella conversación no se había ganado el derecho a usar.

Se sentó con el abrigo cerrado, las dos manos delante del cuerpo, guardando lo que era suyo.

No pidió nada. Yo no pedí nada. El camarero entendió el género de la mesa y desapareció.

Yo había ensayado aquello la semana entera —en el barco, en el archivo, en casa de Lorenzo— y tiré todos los ensayos, porque todos empezaban explicándome. Empecé por el único comienzo que servía:

—La mentira fue de ella. La elección fue mía.

Sus ojos no se movieron. Continué, despacio, cada palabra pesada antes de salir:

—Yo podía haber comprobado las cuentas. Llevaba cuatro minutos; las comprobé esta semana, y llevó cuatro minutos. En junio elegí firmarlas sin leerlas, porque las cuentas decían que tú eras mentira — y la mentira dolía menos que la esperanza. Ese fue el

negocio que hice aquella mañana. Nadie me engañó, Viola. Engañado es quien no podía saber. Yo podía, y elegí no poder.

Saqué la carpeta de dentro del abrigo y la posé en la mesa, entre nosotros.

—La lista original de la acreditación. Sin ningún subrayado. —Fui girando las hojas hacia su lado, una a una, sin tocar su mano ni su tiempo—. La copia que llegó a mi mesa fue una impresión suelta, pedida en recepción a las 7:51 de la mañana, por ella. El encargo de tu revista, registrado semanas antes: un reportaje de calendario, ninguna petición de acceso al dueño. El testimonio del chico del servicio de habitaciones, que vio tu cara en el segundo de mi apellido — «nadie finge aquello, signore». Y mis dos llamadas. — No bajé los ojos; ese descuento no me lo di—. La de recepción, por la mañana, que revocó tu acreditación. Y la de las diez de la noche, a tu editor, que plantó la versión y difundió el aviso. Dos llamadas. Eso costó tu carrera: menos tiempo del que se tarda en elegir un vino.

Empujé la carpeta el resto del camino.

—Esto es tuyo. Siempre lo fue. No he venido a cobrar nada con esto. He venido a devolverlo.

Ella miró la carpeta durante un rato largo, sin tocarla — y vi su mano izquierda cerrarse junto al cuerpo, el gesto que yo conocía de dos salones y una plaza, y acepté que fuera la única respuesta.

El silencio hizo el trabajo que hace el silencio: nos midió.

Había una pregunta en la mesa. Enorme, sentada entre las tazas que nadie pidió, y yo no iba a hacerla — porque hacerla sería cobrar, y yo acababa de decir que no había venido a cobrar.

Ella la cogió sola, en su tiempo, con la voz plana de quien comprueba:

—Lo sabes.

—Lo sé.

—¿Desde cuándo?

—Desde el lunes. —Una pausa; la verdad entera o nada—. Por boca de ella, a las once de la mañana, en mi despacho. De la manera más sucia en que una cosa así puede llegarle a un hombre.

—Y no viniste. —No era una acusación; era una auditoría. Ella comprobaba su propia semana a oscuras contra mis días—. Siete días.

—No venía sin esto. —Toqué la carpeta con un dedo—. Llegar a tu puerta sabiéndolo, sin la prueba de que tú nunca me debiste nada, sería llegar igual que en junio: con una conclusión lista y tú en medio. Tú no me debes nada, Viola. Nunca me lo debiste. Ni una explicación, ni un test, ni el beneficio de la duda. Era yo quien debía — y me pasé la semana juntando el importe exacto.

Algo atravesó su rostro, rápido y profundo, y se fue sin dejar recibo. Cuando habló de nuevo, la voz había bajado medio tono — no de ternura, de gravedad.

—Me dijeron —cada palabra elegida con pinzas— que los hombres como tú no comparten herederos. Los compren. Que cuando llegaran tus abogados, más me valía haber desaparecido ya con elegancia.

La sangre me hirvió tan rápido que la mesa casi se levantó conmigo.

Ella fue a su puerta.

El mismo día. Con la palabra abogados en el guante. Cerré los puños encima de la mesa, a la vista, porque esconder las manos en aquella conversación sería solo una mentira más — y me obligué a responder a lo que importaba, en el orden que importaba:

—Mírame. —Esperé sus ojos—. No existen abogados. No existe ningún papel. No va a existir nada, nunca, que decida nada sobre ti o sobre este hijo por encima de tu cabeza. Quien te dijo eso

te vendió mi peor retrato, porque es el único que sabe pintar — y porque fue así como ella siempre me negoció.

—¿Y por qué debería creerte? —La barbilla subió un grado más—. Tu retrato de junio lo pintaste tú mismo, signor Greco.

El apellido, servido helado, con dirección nueva: ya no escudo — sentencia. Dolió en la medida justa, y no pedí anestesia.

—No deberías. Creer es un plazo, y los plazos los define el acreedor. He venido a firmar la deuda, no a pedir un descuento.

Se quedó un rato mirándome —leyéndome, de la manera en que ella lee las aldeas que el mapa olvidó— y entonces posó las dos manos en la mesa y dictó, una a una, sin levantar la voz, las cláusulas del resto de mi vida:

—El proyecto continúa. Es más grande que nosotros dos, y su gente no paga nuestras cuentas. —Un dedo—. Ninguna decisión sobre mí o sobre este hijo sin mí. Ninguna. Ni buena. —Otro dedo—. Nada de prensa, nada de abogados, nada de gestos por encima de mi cabeza, ni siquiera los bonitos. Si quieres hacer algo, preguntas. Y aceptas el no como respuesta entera.

—Lo acepto todo. —Y lo acepté al instante, sin una coma de negociación, yo que pasé veinte años tachando cláusulas ajenas—. E informo de una sola cosa, que no es cláusula, porque no es negociable: ella me mintió una vez y yo destruí tu vida. No va a haber una segunda edición. Eso lo resuelvo yo — en mi lado de la calle. Sin tocar el tuyo.

Viola me estudió un segundo más. Entonces recogió la carpeta hacia su lado de la mesa —el gesto más parecido a la justicia que he visto en mi vida— y se levantó, con el abrigo cerrado, la barbilla en su sitio. En la despedida, ninguna promesa; solo la ley:

—Saber no es merecer, signor Greco.

—Lo sé —respondí, de pie, porque ante aquello uno se ponía de pie—. Estoy dispuesto a pagar en el plazo que definas.

Salió. Gemma la recogió en la acera con una mirada de escolta, y las dos doblaron la esquina sin mirar atrás.

Volví a sentarme en la mesa coja y abrí mi otra carpeta — la de dentro, la que ella no vio. La lista de invitados del evento del sábado, leída tres veces la víspera y releída treinta desde el lunes, con un nombre rodeado a bolígrafo en la columna de las incorporaciones de última hora.

Un nombre con acceso al itinerario del viaje. A la invitación del salón. A la agenda entera del proyecto.



CAPÍTULO 33

«Un nombre dicho se acaba en el aire. Un nombre impreso, no: se queda pesando en la mano de quien lo carga — y quien lo escribió se va ligero, porque el peso nunca es de quien escribe».

VIOLA SANTORO

El teléfono me despertó a las 7:53, y ya no paró.

Tres llamadas perdidas de Gemma, dos de un número de la fundación, una de Bari — y el mensaje en lo alto de la pila, de Gemma, en mayúsculas que ella nunca usaba:

Gemma: NO ABRAS NINGÚN ENLACE ANTES DE HABLAR CONMIGO.

Abrí el enlace, claro. Nadie obedecía esa frase; existía para no ser obedecida.

El portal cargó despacio, con el cuartito todavía a oscuras, y el titular se encendió en mi mano:

EXCLUSIVA: LA ESCRITORA DEL PROYECTO RICCARDI ESPERA UN HIJO DEL PADRINO MULTIMILLONARIO — Y NO ES LA PRIMERA VEZ QUE SE ACERCA DEMASIADO AL DUEÑO

Lo leí una vez. Lo leí otra vez. El texto era peor que el título, porque era competente: junio resucitado con verbo profesional, la «freelance que perdió la acreditación en circunstancias nunca aclaradas», el «patrón que se repite», el embarazo servido como prueba — el vientre convertido en recibo.

Ninguna mentira nueva. Solo la vieja, recalentada, con mi hijo dentro.

Y entonces el teléfono sonó otra vez —Bari— y la calma técnica se acabó.

Mi madre descubriendo su nombre por la prensa. La cláusula del juramento —sabrás quién es el día en que él lo merezca— rasgada por terceros, publicada, vendida con publicidad a los lados.

Nino y Rosa descubriendo a la coma en un teléfono de colegio, en medio de un patio, por boca de cualquiera.

Contesté con el corazón en la boca y la disculpa entera, armada, lista para derrumbarse de una vez.

—Mamma, te lo iba a contar, te juro que te lo iba a contar como es debido, yo solo...

—Hija. —Su voz llegó firme, de cocina, con ruido de loza detrás: su mundo seguía funcionando, y eso, por sí solo, ya me sujetó—. Lo he leído. La vecina lo imprimió, Rosa lo encontró en el teléfono antes de que yo pudiera esconderlo, y Nino rompió el silencio a su manera: preguntó si hay que pegarle a alguien y de qué tamaño. —Una pausa; la cuchara se detuvo—. Así que escúchame,

porque solo lo voy a decir una vez. Tu padre decía que la mentira es como la marea. Todo el mundo se acuerda de la parte que vuelve. Nadie se acuerda del resto: la marea que vuelve es marea que ya conocemos. —Su voz bajó un tono, y se quedó del tamaño del patio entero—. El mar lo ha devuelto, hija. Ahora miramos juntas lo que ha llegado.

Cerré los ojos. Al otro lado de Italia, mi madre removía una cazuela y desmontaba, con un dicho y una cuchara, el titular que dos abogados de prensa no desmontarían en un mes.

—Rosa quiere hablar contigo —avisó—. Le he dicho que hoy no. Está apuntando las preguntas. Son muchas, y una es sobre el taco de la portada del periódico, así que prepárate.

Casi me reí. Fue el «casi» más caro del año.

La fundación, a las diez de la mañana, era una trinchera educada.

Teléfonos sonando en demasiadas salas, la secretaria con la sonrisa estirada al límite de la costura, dos mecenas «pidiendo aclaraciones» en la antesala — y el correo que la dirección había mandado a las 9:11, con ese asunto que parecía neutro y era una horca: Gestión de crisis — próximos pasos.

Gemma me escoltó de la puerta a mi despacho, fusilando pasillos con la mirada, y nadie tuvo el valor de dejarse pillar mirando dos veces.

Me senté delante del portátil. Abrí el borrador que dormía allí desde la peor noche: la carta de renuncia, tres párrafos limpios, por razones personales que pronto dejarán de ser personales.

La frase había envejecido una semana y se había convertido en una profecía barata.

El cursor parpadeó sobre «enviar».

Era el movimiento obvio. El manual de crisis entero cabía en él: la escritora se va, la mancha se va detrás de ella, el proyecto

respira, el signor Aldo no se convierte en nota a pie de página de un escándalo, la viuda del zapatero no comparte página con la palabra «multimillonario». Junio me había enseñado el precio de quedarme donde no me querían — y la lección llamaba a la puerta otra vez, puntual, con el mismo uniforme.

Solo que en junio obedecí. Cogí el ferry, me tragué el nombre, dejé que la versión de los demás tomara posesión de mi vida como quien toma posesión de una casa vacía. Y la casa no estaba vacía. Nunca lo estuvo.

El dedo se quedó sobre la tecla.

Y la parte de mí que se había pasado la semana leyendo una carpeta de pruebas —la lista limpia, la impresión de las 7:51, el testimonio de un chico que vio mi cara «en el segundo del apellido»— hizo la pregunta con voz de redacción:

Si te vas otra vez, ¿cuál de los dos titulares se convierte en verdad?

Mucha gente me vio en aquel salón. Vieron al padrino del proyecto plantarse a mi lado —al lado, no delante— y vieron que allí nadie me cortejaba: me respetaban.

El cotilleo iba a usar aquella noche como lastre, claro. Pero la noche tenía dos lecturas, y la segunda era mi blindaje, si yo tenía estómago para quedarme de pie dentro de ella.

La puerta se abrió sin llamar.

Solo una persona en el mundo tenía esa licencia conmigo, y entró cerrando la puerta tras de sí con una calma de comandante en el puente de un barco: Chiara, de claro, ningún papel en la mano, y los ojos haciendo inventario de la sala, de mi rostro, del portátil abierto, del dedo.

—Los mecenas los resuelvo yo. Dos ya los he resuelto en el coche. —Se detuvo al otro lado de la mesa—. La dirección la está resolviendo Lorenzo ahora mismo, y está usando la voz de zanjar

asuntos. El comunicado de la fundación sale al mediodía y tiene una sola frase: el proyecto está orgulloso de su escritora. Punto. Lo he escrito yo; nadie lo enmienda. —Su barbilla señaló el portátil—. ¿Eso de ahí es lo que estoy pensando que es?

—Es la salida de emergencia.

—Es la salida de ellos. —La voz no subió; se afiló—. Emergencia es cuando el edificio arde. El edificio no está ardiendo, Viola. Huele a humo comprado. —Rodeó la mesa despacio y se detuvo a mi lado, y por primera vez aquella mañana alguien miró mi vientre con la cara correcta: como quien mira a un niño, no un recibo—. Prometí que nada pasa sin que tú lo decidas. La promesa vale en las dos direcciones: nadie te expulsa, ni siquiera tú. Hay una cosa más. —Chiara esperó mis ojos—. Él está aquí abajo. Llegó hace veinte minutos y no subió. Mandó preguntar si lo recibes — y se quedó esperando la respuesta en recepción, delante de todo el mundo, en un edificio donde él es el padrino y podía abrir cualquier puerta con el dedo meñique. —Una pausa que ella midió como quien sirve un medicamento—. Por primera vez en la vida de ese hombre, Viola, está pidiendo permiso para hablar.

Miré el portátil. El borrador, el cursor parpadeando sobre la tecla, paciente como un acreedor.

Cerré la pantalla sin enviar.

Me levanté, y la barbilla encontró la altura sola, por memoria de guerra.

—Déjalo entrar.



CAPÍTULO 34

«La gente envejece confundiendo sus propias virtudes: cree que la paciencia y la inmunidad son la misma cosa».

MASSIMO GRECO

Diez minutos fue lo que ella me dio la víspera, y usé nueve.

En su despacho, de pie, sin tocar nada, pedí una sola cosa — la licencia de cerrar la cuenta de Lucrezia dentro de las paredes de la fundación, porque la filtración había nacido allí dentro y la jurisdicción era tan mía como de los Riccardi.

Viola me escuchó hasta el final, con la barbilla a la altura de siempre, y respondió con palabras que me llevé a casa como un contrato:

—En tu lado de la calle. Y mi nombre no entra.

Mi nombre no entra. Ni el de ella, ni el de mi hijo, ni una coma — así fue como se diseñó la mesa siguiente.

La sala de reuniones de la fundación tenía techos de iglesia y una mesa demasiado larga para doce personas.

Aquella mañana, éramos tres a un lado del silencio: Chiara en la cabecera, de claro, sin un papel delante —una general no carga papeles—; Lorenzo a su derecha, institucional hasta en los botones; y yo, de pie junto a la ventana, con la carpeta en la mano.

La convocatoria había salido en el papel con membrete de la fundación, con la cortesía de los abatimientos limpios: aclaraciones sobre el incidente de prensa.

Llegó cuatro minutos tarde, porque la puntualidad es para quien debe.

Entró blanco hielo, con el saludo repartido en abanico, y leí en ella, en la primera brazada, el error que la había traído: Lucrezia creía que la habían invitado a una negociación. El escándalo siempre fue su moneda; venía a gastarla.

—Qué comité tan encantador. —Se sentó sin esperar invitación, cruzó las piernas, acomodó el terciopelo—. Si es por la desgracia de ayer, sugiero empezar por lo que importa: cómo puedo ayudar. Conozco al editor. Conozco al dueño del editor. Estas cosas se recogen, con el toque adecuado... —su mirada dio la vuelta a la mesa y se detuvo en mí, suave— ...y el incentivo adecuado.

Nadie respondió. Chiara dejó que el silencio trabajara hasta volverse incómodo — y entonces me hizo un gesto pequeño, de quien autoriza el inicio de una lectura.

Abrí la carpeta. Sin prisa. La prisa era para quien dudaba de la mercancía.

—Lista de acreditados de junio. La original, del archivo. — Posé la hoja en la mesa y la giré hacia su lado con un dedo, despacio, en la coreografía exacta que ella usó conmigo meses atrás

—. Sin ningún subrayado. —La segunda hoja—. Registro de recepción del resort, día 2, 7:51 de la mañana: segunda impresión de la lista, suelta, solicitada por usted. —La tercera—. Testimonio del empleado del servicio de habitaciones que reveló mi nombre a la signorina Santoro aquella misma mañana: «se quedó blanca como quien descubre, no como quien esconde». —La cuarta, y en esta dejé bajar la voz medio tono—. Y el despido del martes: el director administrativo de esta fundación, admitiendo por escrito la entrega del itinerario del viaje y la inserción de su invitación en la lista del evento. Su motivo tenía fecha y público; el comprador tenía perfume. Entregó al comprador en dos frases. Debería pagar mejor a sus proveedores, Lucrezia. El resentido barato sale caro.

El abanico se cerró. Lo vi ocurrir en tiempo real: el inventario rehecho detrás de los ojos claros, columna a columna, con el resultado saliendo mal en todas.

—Esto es teatro —dijo, y el terciopelo se estiró fino—. Una hoja sin subrayar no prueba la autoría de ningún subrayado. Una impresión suelta no es un delito; es costumbre de quien lee. Y un director despedido dice lo que le manden, todos en esta mesa sabemos cómo funciona...

Tres frases. Su defensa duró tres frases, y se derritió en la tercera, porque el abogado de sí mismo pierde el caso en el timbre — y su timbre, por primera vez en todos estos años, tembló una línea.

—El titular no lleva su firma. No hace falta. Un titular es como una lista subrayada: uno reconoce el bolígrafo.

Abrió la boca para la réplica. No le di el espacio. Rodeé la mesa despacio y me detuve a la distancia exacta que se deja entre extraños — la misma que yo inauguré en un salón, semanas atrás, delante de doscientos testigos.

—Usted me dijo una vez que nosotros dos éramos de la misma especie. Que la gente como nosotros no puede permitirse el lujo de que la quieran. Solo el de que la negocien bien. —Bajo, sin

teatro; las frases que importaban no necesitaban escenario—. Me pasé años creyendo que era verdad. Lo verifiqué, y tenía razón sobre usted.

El blanco hielo no se movió. Pero algo detrás de él —la cosa que echaba las cuentas— lo entendió antes que su dueña, y envejeció un año en aquel segundo.

Chiara eligió ese momento, porque una general elige los momentos.

—No habrá demanda, signora Falco. —Cortesía perfecta, temperatura de bodega—. Una demanda le daría a usted un escenario y un vestuario de víctima, y nosotros no patrocinamos malas producciones. Habrá lo siguiente: nada. Las invitaciones que no llegan. Las temporadas que se llenaron. Los consejos benéficos que «reestructuraron los asientos». Las cenas que cambiaron de fecha sin avisar. Milán es pequeña, usted lo sabe — fue usted quien me enseñó que las ciudades pequeñas lo ven todo. —Una sonrisa mínima, de hielo tallado—. Nadie le dirá nada a la cara. Le dirán que se acabó el presupuesto. Que el enfoque ha cambiado.

Yo conocía aquel dialecto.

Era el mío — el del aviso discreto, como lo hacen los grandes, el que yo mismo puse a circular en una llamada de las diez de la noche. Oírlo volver, palabra por palabra, en la dirección correcta, fue lo único de aquella mañana parecido a la música.

—Institucionalmente —habló Lorenzo por primera vez, y usó la voz que usa dos veces por década—, los grupos Riccardi y Greco cierran cualquier relación, cortesía o tránsito con usted y con lo que usted toque. Sin comunicado. Sin papeles. —Cerró su propio cuaderno, que estaba en blanco—. Como lo hacen los grandes.

Lucrezia se levantó. Despacio, recogiendo el terciopelo, remontando la fachada ladrillo a ladrillo — y casi lo consiguió. En la puerta, con la mano enguantada en el picaporte, se giró para la última lámina, porque una víbora muere mordiendo:

—Están protegiendo un vientre, no a una inocente. —La sonrisa volvió a su puesto, torcida medio grado—. Y tú, Massimo... tú vas a despertarte un día al lado de alguien que sabe exactamente cuánto vales. Entonces te acordarás de mí. Yo soy la única que nunca mintió sobre lo que quería.

—Cuidado, Lucrezia. —Y le devolví, completo, con la fecha y los intereses, el eco que ella misma acuñó en la víspera de un viaje —: Yo apunté la fecha.

Salió. Sin llevarse la última palabra en el bolso, por primera vez en la vida — y el vestido claro desapareció por el pasillo sin que ningún salón, nunca más, hiciera silencio para recibirlo.

La sala se quedó grande. Lorenzo recogió la carpeta, golpeando las hojas contra la mesa para alinearlas, el gesto de quien archiva un proceso y una era.

Chiara vino hasta la ventana y se detuvo a mi lado, mirando el patio de abajo, y habló sin ceremonias, porque conmigo nunca gastó ninguna:

—La parte fácil se ha acabado. —El tono de quien repasa una lista—. La cuenta grande sigue abierta, Massimo. Y no es con ella.



CAPÍTULO 35

«Quien nunca le quitó la pluma a nadie no hizo mérito alguno. Devolverla es lo que cuesta: la mano ya conoce el peso — y aun así se abre».

VIOLA SANTORO

Una semana después, mi titular todavía respiraba con máquinas —dos portales recalentándolo, un columnista «analizando el silencio de los implicados» con la gravedad de quien analiza una frontera—, pero el comunicado de una sola frase de la fundación había hecho el trabajo de una muralla, y los mecenas, resueltos en el coche por una general de claro, ahora mandaban flores con tarjetas avergonzadas.

El edificio volvió a tener un sonido normal de edificio.

Lo que todavía no existía era mi versión. El mundo había leído dos: la comprada y la institucional. La verdadera seguía donde siempre estuvo — conmigo, guardada, esperando a que yo decidiera si guardar seguía siendo el verbo.

Él pidió diez minutos el jueves, por los canales, por escrito, como mandaba el contrato que yo dicté en una mesa coja: si quieres hacer algo, preguntas.

Respondí con día, hora y lugar — y elegí el lugar con método, porque el territorio también era una respuesta: la sala pequeña de los originales, al fondo del pasillo de la fundación, donde El Sur que Queda vivía en folios impresos y en las fotos de Gemma colgadas con pinzas, como ropa de domingo. En la pared grande, ampliada, la foto de la llave en el clavo de la viuda del zapatero.

Si iba a decir algo, lo diría delante del libro que una oportunista jamás habría escrito.

Llegó a la hora exacta, y llegó equivocado. Equivocado porque yo conocía la coreografía de los hombres de su tamaño en día de crisis: la carpeta, el asesor a medio paso, las hojas con tres opciones de fuego.

Massimo Greco entró en la sala pequeña sin carpeta, sin teléfono, sin nadie — las manos vacías a los lados del cuerpo, y un hombre de aquel tamaño con las manos vacías parecía más grande, descubrí, no más pequeño.

Miró las fotos primero. Todas. Se demoró en la llave del clavo un segundo más que en las otras, y vi el hoyuelo torcido casi ocurrir en el lado izquierdo, y no ocurrir.

—Mi gabinete preparó tres borradores —dijo, al fin, sin rodeos, de frente a mí y a la mesa de pruebas entre nosotros—. Un desmentido indignado, con abogados en la firma. Una nota fría, de dos líneas, «vida privada». Y un comunicado jurídico que promete una demanda contra el portal. Los tres están listos desde el viernes. Los tres son buenos. —Una pausa—. No he traído ninguno.

—¿Por qué?

—Porque los tres hablan de ti. —Los ojos castaños no se desviaron—. Y yo ya gasté mi cupo de decidir lo que se dice de ti, Viola Santoro. Lo gasté en una noche, con dos llamadas, para el resto de la vida.

El nombre entero, dicho despacio, con un peso que no pedía cambio. No devolví nada — ni el signor, ni el nombre de pila, ni el hielo.

Registro neutro, de notaría: dejé el nombre parado en el aire de la sala, entre las fotos, y esperé.

—Así que he venido a hacer lo único que me queda en este asunto —continuó—. Una pregunta. ¿Qué quieres que el mundo sepa? Dímelo, y yo diré exactamente eso. Ni una palabra de más, ni una de menos, en los canales que elijas, el día que fijas. —Las manos siguieron abiertas, a los lados del cuerpo—. Y si la respuesta es «nada», entonces nada será dicho. Por nadie. Y yo cargo con el titular en el pecho el tiempo que haga falta — años, si hace falta.

Lo miré durante un rato largo.

El hombre que me dio una hora para salir de una isla estaba parado en una sala del tamaño de mi primera habitación de Milán, entregándome el diccionario entero —cada palabra, cada coma, cada silencio— con la misma voz que un día lo decidió todo solo.

La voz de guardia examinó el gesto desde todos los ángulos, buscando la cláusula escondida, el interés incorporado, la trampa con lazo.

No la encontró. Y, por primera vez desde junio, admitió en voz alta, dentro de mí, que no encontrarla ya no la sorprendía.

—Nada —dije.

Asintió despacio. Recibió la palabra como una sentencia, sin recurso, y algo en sus hombros se asentó con ella — el peso acomodándose, de quien ya había decidido cargarlo.

—Tú no dices nada. —Dejé que la pausa hiciera su trabajo, el tiempo exacto de que él terminara de aceptar—. Quien habla soy yo.

Sus ojos subieron. Y vi, en tiempo real, a un hombre rehacer una cuenta entera y llegar a un resultado que no constaba en ninguna hoja de cálculo de su vida.

Saqué el teléfono del bolsillo del abrigo. El número llevaba seis meses guardado, intacto, protegido tras un cristal como un extintor de incendios —llámame cuando pase esta tormenta—, y marqué allí, de pie, delante de él y de las fotos, porque el testigo también es una elección.

—¿Franca? Soy Santoro. —Mi voz salió firme, y la barbilla encontró la altura sola—. La tormenta ha pasado. Y traigo el reportaje.

Al otro lado, un silencio de dos segundos — y después la voz de Franca, más vieja, igual, con una sonrisa audible dentro:

—Santoro. Llevo seis meses contestando números desconocidos por tu culpa. —Papel crujiendo, una silla girando—. El domingo. El suplemento entero, si hace falta. ¿Cuántos caracteres tiene la verdad?

—Todos —dije—. Y va firmada.

Acordamos lo esencial en un minuto de oficio —plazo, extensión, la llamada de portada—, y cuando colgué, la sala había cambiado de dueño por completo.

Massimo no se había movido. Solo me miraba, y en su rostro había una cosa nueva.

—Junio va al papel. Entero. Con mi voz, con mi firma, en el suplemento dominical. Sin portavoces, sin «fuentes cercanas», sin ningún hombre hablando por mí. Lo que tú hiciste estará ahí, con tu nombre. Lo que ella hizo, también. Lo que yo hice —que fue trabajar y creer en la gente— estará en cada línea.

—Lo sé. —Su voz salió baja, íntegra—. Cuento con ello.

Fue hasta la puerta. Se detuvo un segundo delante de la foto de la llave en el clavo —la casa esperando a los hijos que se marcharon— y salió sin pedir nada más, con los pasos apagándose por el pasillo despacio, sin prisa por llegar a ningún lugar que no fuera la espera.

Por la noche, en el cuartito, guardé la maleta en su sitio: vacía, debajo de la cama, jubilada sin ceremonias. El cuaderno de tapa dura salió de dentro y se quedó fuera, en la mesa, al alcance —a medio camino entre el cajón y el mundo.

Abrí el portátil. Borré la carta de renuncia sin releerla, y el borrador murió como deben morir las salidas de emergencia: sin uso.

Después abrí la página en blanco. En lo alto, tecleé solo el campo de la firma, primero, antes de cualquier título —por Viola Santoro—, y me quedé mirando el cursor parpadear en el papel infinito, paciente, mío.



CAPÍTULO 36

«Toda la vida leí a los demás gratis. Ser leído fue la primera cuenta que pagué sin pedir descuento».

MASSIMO GRECO

Yo nunca había comprado un periódico en la vida.

Siempre tuve gente para leerme el mundo: resúmenes en la mesa antes del primer café, recortes subrayados por tres filtros, la prensa entera destilada en dos folios inofensivos.

El mundo me llegaba traducido, comprobado, registrado — como una visita anunciada.

Aquel domingo, bajé.

Milán hacía un frío limpio de diciembre, de esos que no caen en la piel: caen en la cuenta. La edicola de la esquina encendía las

luzes cuando llegué, y el vendedor levantó los ojos hacia mí como quien reconoce sin creérselo — quizá por el abrigo encima del domingo, quizá porque un hombre como yo no aparece a pie antes de que el sol suba entero.

El suplemento estaba en la segunda pila. Su nombre, en la portada.

Por Viola Santoro.

—Tres —dije.

El hombre envolvió los tres ejemplares sin preguntar por qué. Un vendedor de periódicos de esquina entiende de domingos más que cualquier consejo de administración.

Uno para leer. Uno para guardar. Uno para tener valor.

Subí despacio, con el paquete bajo el brazo pesando lo que ningún papel tiene derecho a pesar.

Lo leí de pie, en la encimera de la cocina, sin quitarme el abrigo — porque las sentencias se escuchan de pie, y aquella era la mía, firmada por la única jueza que yo reconocía.

Empezaba por junio.

«En junio, crucé un vestíbulo de mármol en Capri con una maleta prestada y la barbilla en su sitio. Tardé seis meses en cruzarlo de vuelta. Este texto es la travesía».

Yo no estaba en el vestíbulo aquel día. Me quedé arriba, ganando. Hicieron falta seis meses y un suplemento dominical para que yo bajara hasta allí — para ver la maleta prestada, oír las ruedecitas sobre el mármol claro, presenciar las conversaciones cayendo una a una a su paso como fichas de dominó.

Ella me dio lo que yo no merecía ver. Y no me ahorró nada de lo que necesitaba.

El resto era lo que yo sabía — contado por quien lo sabía mejor. Las fechas exactas. La mecánica del boicot, limpia, sin un

adjetivo apoyándose en otro: dos llamadas, puertas cerrándose educadas, teléfonos convirtiéndose en buzones de voz — y mi propia frase, devuelta a la cara, palabra por palabra, desde el café donde la dije: costó menos tiempo del que se tarda en elegir un vino.

La mujer del bolígrafo también estaba allí —el gesto, la lista, el subrayado—, sin nombre y sin tamaño. Materia prima, no personaje.

La historia tenía dueña. Los figurantes no suben a la portada.

Y entonces ella llegó a mí.

«El hombre que cerró las puertas no era el villano que esta historia pedía. Era peor. Era un hombre con todos los medios para comprobar —comprobar era su oficio— que prefirió la versión que le llegó lista».

Lo leí dos veces. Después una tercera, buscando un descuento escondido en algún pliegue de la frase.

No lo había.

Ella había llegado, por su carretera, al lugar exacto adonde yo llegué por la mía — una sala de archivo en Capri, la lista original abierta sobre la mesa.

Un hombre que eligió la cuenta que dolía menos.

No usó mis palabras. No le hizo falta. La verdad comprobada da el mismo resultado en cualquier calculadora.

El teléfono empezó antes de que yo terminara la segunda lectura.

El gabinete, con un plan de contención listo. Un consejero, hablando de exposición con la voz de quien habla de un incendio. El director de comunicación, por correo, con tres borradores adjuntos: el desmentido parcial, la nota de contexto, el comunicado jurídico.

Yo conocía el género. Días atrás, llevé tres iguales a una sala pequeña — y no saqué ninguno del bolsillo.

Borré los tres sin leer el último hasta el final. Silencié el teléfono, dejé el aparato lejos de la mano y me quedé un rato largo mirando los dos ejemplares intactos sobre la encimera. El de guardar. El de tener valor.

Su contrato tenía tres cláusulas, y la tercera era la única puerta: si quieres hacer algo, preguntas. Y aceptas el no como respuesta entera.

Recuperé el teléfono y escribí despacio, comprobando cada palabra como quien comprueba una transferencia de patrimonio:

Massimo: Diez minutos. Cuando y donde tú decidas.

Diez minutos, siempre. En junio, yo le di una hora para salir de mi isla — una hora entera, generosa, del tamaño de mi arrogancia. Diez minutos era la moneda que me quedaba para pedir permiso en su vida. Quien pedía una hora pedía posesión. Quien pedía diez minutos pedía permiso — y devolvía el reloj.

La respuesta tardó el tiempo de un café que no me tomé.

Viola: Hoy. Al final de la tarde. La sala de los originales.



La fundación vacía de domingo tenía el silencio de los lugares que trabajan toda la semana — un silencio de descanso, no de abandono. Crucé el pasillo hasta el final. La puerta de la sala pequeña estaba abierta.

Me esperaba sentada a la mesa de los originales, con los folios de El Sur que Queda apilados al alcance, el suplemento dominical delante de ella — su ejemplar, doblado por la mitad, leído hasta arrugarlo.

La curva del hijo ya no le pedía permiso a ninguna ropa, y yo mantuve los ojos donde ella pudiera vigilarlos.

—Diez minutos —dijo, y giró la silla hacia mí como quien abre una audiencia.

Me quedé de pie. Declarar de pie lo había aprendido donde se aprende: en un salón con veinte años de amistad dentro, ante un juicio que yo no controlaba.

—Lo he leído. —Dejé que el silencio se asentara antes del resto, para que ella viera que yo no había venido con prisa—. Tres veces. No he venido a discutir una línea. No he venido a añadir una coma. He venido a preguntar.

Sus ojos no cambiaron, solo esperaron.

—Quiero confirmarlo. Públicamente. Con mi nombre, con mi voz, en el escenario que yo elija. —Respiré hondo, y el aire bajó entero por primera vez en el día—. No para defenderme. Para firmar debajo de lo que escribiste.

Su silencio midió la propuesta de punta a punta. Era un silencio de oficio — el de quien ya fue traicionada por una respuesta rápida y aprendió a comprobar las lentas.

—Dos condiciones. —La barbilla encontró la altura de siempre, esa que ningún salón de Milán consiguió bajar—. Tú no hablas de mí. Yo ya hablé por mí.

—Acepto.

—Y tú no me defiendes. Tú confiesas. —Una pausa del tamaño de una lámina—. Son cosas distintas, signor Greco.

Lo son. Y yo me pasé la vida entera confundiendo las dos — defendiendo balances, confesando nada.

—Acepto las dos —afirmé—. Sin cambiar una palabra.

No me senté, no tendí la mano, no pedí un minuto más de los que ella me dio. Los contratos, toda la vida, se hicieron para que yo los tachara. Este lo firmé de pie, en la primera lectura, con testigos de papel apilados hasta el techo.

A la salida, no me detuve delante de la foto de la llave en el clavo. A una casa que espera se la honra llegando — no mirando.

En la acera, el atardecer de diciembre apagaba Milán despacio. Llamé antes de entrar en el coche — no al gabinete, no al director de comunicación, no a ninguno de los nombres que se habían pasado la mañana ofreciéndome escudos.

A la recepción de Capri.

—Soy Massimo Greco. —Al otro lado, el silencio corto de un empleado comprobando si había oído bien—. Preparan el vestíbulo para el jueves. Prensa. Todo abierto. —Y, antes de colgar—: Y avisen a Ciro. Quiero hablar con él antes que con nadie. En mi despacho.

Guardé el teléfono y me quedé un instante parado en el frío, mirando la calle encenderse despacio.

El escenario correcto tenía dirección desde junio. El mismo mármol claro que ella cruzó con la barbilla erguida, con una maleta prestada haciendo el ruido de quien se marchaba.

El jueves, quien iba a cruzar aquel vestíbulo era yo — delante del país entero, sin personaje, sin escudo. Con una diferencia que ella todavía no conocía: en mi lado, no había ferry esperando.



CAPÍTULO 37

«Todo escudo cobra alquiler, y la moneda es siempre la misma: rostro. Yo tardé seis meses en ver a un hombre pagar al contado».

VIOLA SANTORO

Reconocí el mármol antes que el letrero.

La convocatoria decía jueves, once horas — no decía dónde. Fue el suelo el que lo dijo. La cámara se abrió a un vestíbulo claro, largo, con columnas que yo conocía por el sonido: yo había cruzado aquel mármol una vez, con una maleta prestada anunciando mi salida a la prensa entera.

—Viola. —Gemma bajó el volumen sin querer y lo subió otra vez, con los ojos en la pantalla—. Eso es...

—Sí.

El escenario que yo elija, había dicho él. Eligió el lugar exacto de mi travesía.

Lo vi desde el sofá de Gemma, en calcetines, con una taza de té enfriándose en la mano, el vientre en paz con la luz del día.

En algún momento de los últimos días yo me había jubilado, sin ceremonias, del oficio de alisar vestidos — y el cuerpo agradecía el desempleo.

La pantalla mostró filas de sillas, micrófonos en racimo, demasiados periodistas para un diciembre de isla vacía. Al fondo, con guantes blancos, sirviendo agua como quien desactiva bombas, el chico del servicio de habitaciones — el de junio, el que un día me dijo un apellido gratis y cambió el precio de mi vida.

No miraba a las cámaras. Miraba a la puerta, como quien comprueba si el patrón iba de verdad.

Cerca de la puerta, Lorenzo Riccardi. Sin sitio asignado, sin papel en la mano, sin función — presente de la manera en que sirve un amigo cuando ya no queda nada que impedir.

Y entonces las cámaras encontraron la primera fila, y el estómago se me desplomó un piso: el editor. El mío, el de Roma, el de tres años de plazos nunca incumplidos, el del «buena suerte, Santoro, la vas a necesitar». Sentado, convocado, con la cara de quien no sabía si era público o reo.

—Ha traído al editor —dije, bajo.

—Ha traído a un testigo —corrigió Gemma, y su voz tenía un respeto que ella negaría después.

Massimo entró a las once en punto.

Sin asesor abriéndole camino, sin gafas oscuras, sin prisa. Y fue solo cuando los flashes subieron de golpe, como una bandada asustada, cuando lo entendí del todo por dentro: las cámaras estaban permitidas.

Nadie tiene una foto decente del hombre — la frase flotó desde junio hasta mí, susurrada entre copas por gente que reverenciaba un apellido sin rostro. El hombre sin rostro caminó hasta los micrófonos despacio, se detuvo en la luz y le ofreció la cara al país como quien entrega una llave: a partir de aquel minuto, él existía en imagen.

En todos los archivos, en todas las búsquedas, para siempre.

Estaba quemando su propia reclusión. En plaza pública. A propósito.

Y no era el personaje. Yo conocía al personaje de dos salones — la sonrisa social, la presión exacta de los apretones de mano. El que se detuvo ante los micrófonos era el otro, el de la mesa coja de bar, el que no sonríe para el público.

—He venido a confirmar —dijo, sin buenos días, y el vestíbulo entero dejó de respirar—. Cada palabra publicada el domingo es verdadera. Cada fecha. Cada mecanismo. No he venido a corregir una línea: he venido a firmar debajo.

Firmar debajo.

Sus palabras para mí, dichas al país.

—Fueron dos llamadas. —La voz no tembló, no pidió descuento—. La primera, por la mañana, a la recepción de este hotel, revocando una acreditación. La segunda, a las diez de la noche, a un editor en Roma. Me sabía el número de memoria. —Una pausa. La cámara cortó a la primera fila; el editor se miraba las manos—. La revista no tuvo elección. El editor no tuvo elección. Yo me encargué personalmente de no dejarle elección a nadie. Así funciona esa fuerza — y por eso se acaba hoy.

Gemma posó el café. Yo no recordaba haberla visto soltar un café en la vida.

—Preguntan desde el domingo si fui engañado. —Dejó que el silencio se estirara, y ni los flashes lo interrumpieron—. No lo fui.

Engañado es quien no podía saber. Yo podía. Todos los registros dormían en archivos míos, a metros de mí. Yo elegí no comprobar. Yo elegí la versión que llegó lista. La mentira tuvo dueña, y la elección tuvo otro: la elección fue mía, y la cuenta es mía.

No va a decir su nombre.

Lo entendí ahí, en mitad de la frase. No por protección — por jerarquía. Él no compartió el escenario de su propia culpa con nadie.

—A partir de hoy, el Gruppo Greco no usa una página de publicidad como argumento, amenaza o moneda. Nunca más, con nadie. —Su barbilla subió medio grado—. Y quien quiera escribir sobre mí, que escriba. He renunciado al derecho a que me ahorren nada.

El rótulo de la transmisión ya corría en letras urgentes — confesión sin precedentes, el consejo no fue consultado, impacto en el grupo—, y el comentarista hablaba de costes como quien narra una demolición.

Él se quedó parado en la luz, recibiendo flashes en la cara, sin pestañear.

—Acaba de romper su propio seguro —murmuró Gemma—. Todos. De una vez.

Las preguntas llegaron en cardumen. Respondió tres o cuatro con la paciencia de quien paga factura a factura — y entonces alguien gritó, por encima de los demás, la pregunta que yo esperaba desde el principio: ¿y la periodista? ¿y el hijo?

El vestíbulo entero se inclinó hacia la respuesta.

—Esa respuesta no me pertenece —dijo. Y quedó tan evidente que el asunto se había acabado que nadie insistió dos veces.

Cerré los ojos.

Tú no hablas de mí. Yo ya hablé por mí.

Él había recibido la condición de pie, en una sala pequeña, y ahora la cumplía delante del país con la naturalidad de quien cumple una ley antigua.

El teléfono empezó antes del final de la transmisión. Bari en pleno: la mamma primero, con la cocina entera detrás de la voz.

—Lo he visto, hija. —Ni siquiera dijo hola—. El mar lo ha devuelto. Y mira el tamaño de lo que ha llegado.

Detrás de ella, Nino masculló un «habló bien» con la voz de quien pierde una apuesta y paga en el acto, y Rosa mandó preguntar si él aceptaría dar una entrevista para el periódico del colegio.

Dije que la cola avanzaba.

Franca llamó después del almuerzo, práctica como siempre: el suplemento se había agotado el domingo, la reimpresión se había agotado el martes, y mi bandeja de entrada estaba —palabras suyas— «con doble fila y tocando el claxon». Repasamos la lista juntas.

Dije que no a todos los que querían a la ex-algo del multimillonario. Dije que sí a los dos que querían a la periodista.

Mi firma había vuelto a ser mía. Era pequeña, era mía, y nadie la revocaba por teléfono nunca más.

Por la noche, el cuartito estaba del tamaño de siempre y el silencio, más grande.

Esperé. No voy a mentirle a ningún papel: esperé su mensaje la tarde entera — el ¿y entonces?, el ¿lo has visto?, el cobro educado del recibo que todo gesto grande arrastra detrás como una lata atada.

El teléfono no sonó.

Él le había dado al país lo que le debía al país, y a mí, nada — ni un saludo por encima del muro, ni un dedo señalando su propio

sacrificio. La voz de guardia salió de ronda, registró el gesto de punta a punta buscando la factura escondida, la trampa de siempre.

Volvió con las manos vacías. Y, por primera vez en seis meses, no se peleó conmigo por eso.

Cogí el teléfono. Abrí la conversación con su nombre, aquella en la que las últimas palabras eran las mías, y tecleé despacio, una palabra cada vez, un mensaje que junio juró de pie que yo nunca escribiría.

Lo releí una sola vez.

Enviar.

Pulsé antes de que junio despertara.



CAPÍTULO 38

*«El dinero se devuelve a oscuras, por transferencia.
La palabra se devuelve al contado, por la boca,
mirando al acreedor».*

MASSIMO GRECO

El mensaje llegó la noche de la rueda de prensa, mientras Capri todavía desmontaba el escenario a mi espalda.

Viola: Diez minutos. Nochebuena, siete de la tarde. Trae apetito.

Lo leí de pie en el muelle, con el abrigo abierto al viento, y lo releí hasta que el teléfono apagó la pantalla solo.

Trae apetito.

Esas palabras me desmontaron más que una mañana entera de flashes: en algún lugar de aquellos seis meses, ella había visto lo que yo no le conté a nadie — que yo llevaba tiempo comiendo como quien paga recibos, sin hambre y dentro del plazo.

Respondí con una palabra. Estaré.

Y me pasé una semana entera sin mandar ninguna más, aprendiendo el oficio nuevo de esperar sin cercar.



En Nochebuena, sobre Milán nevaba fino — una nieve educada, que no cuajaba, solo avisaba.

Dejé el coche a tres manzanas y fui a pie, con un paquete pequeño bajo el brazo.

Papel sencillo, cinta corriente. Dentro, un peso ligero que se escurría de lado cuando yo lo inclinaba, como una cosa viva buscando postura.

La casa de la señora polaca tenía un portón que no pegaba con ninguno de los míos. La dueña me abrió, me midió de la cabeza a los zapatos con la franqueza que solo conquistan las señoras mayores, y señaló el pasillo con la barbilla, como quien ya había sido avisada y no estaba impresionada.

El cuartito quedaba al fondo.

Ella abrió la puerta antes de que yo llamara. Vestido oscuro, pelo suelto, la curva del hijo en paz bajo la lana — y detrás de ella un mundo entero del tamaño de mi vestidor de corbatas: una cama, una mesa, una ventanita que daba al patio gris, una silla que ya había sido de otra casa.

Su imperio. Donde ella había construido, sola, todo lo que yo estuve a punto de derribar.

Saqué el paquete de debajo del brazo y no crucé la puerta.

—Es para él. —La voz salió más baja de lo que había planeado—. ¿Puedo dejarlo?

Ella miró el paquete un rato largo. Después me miró a mí, y algo hizo una cuenta silenciosa detrás de sus ojos.

—Puedes. —Lo recibió con las dos manos y eligió el sitio ella misma: la ventanita, de frente a la habitación, como un centinela—. Él te lo agradece. Entra. Se está enfriando la comida — y una confesión con el estómago vacío es una confesión perdida.

La frase tenía dueña, y no era ella.

Reconocí el timbre de Gemma en la construcción — y entendí, por primera vez, que en aquella mesa yo no iba a cenar con una mujer: iba a cenar con todas las personas que la mantuvieron en pie.

La mesa improvisada tenía dos sillas distintas y olor a horno de casa — orecchiette con la salsa que no se aprende en un restaurante, pan de corteza gruesa, aceite del sur en botella sin etiqueta.

Comí despacio, y después comí más, y en algún momento me di cuenta de que tenía hambre por primera vez en seis meses.

Ella no lo comentó. Solo empujó la fuente otra vez hacia mí, con la autoridad de quien alimenta a gente testaruda desde niña.

Cuando los platos se acabaron, me quité el reloj de la muñeca y lo tendí sobre la mesa, de cara a ella.

—Los diez minutos son tuyos. Quien cuenta eres tú.

Miró el reloj. Me miró a mí. Y lo puso boca abajo sobre la madera, sin ningún comentario — la esfera contra la mesa, el tiempo castigado.

El silencio que llegó después tenía valor dentro.

Sin cuenta atrás. La noche iba a durar lo que ella decidiera — y me descubrí deseando que durara.

—He traído una lista —empecé—. No está escrita. Está memorizada, en orden, como se memoriza lo que no se perdona. No tienes que responder nada hoy. Solo tienes que recibir.

Ella cruzó las manos sobre la mesa. Esperó.

—En la plaza, cuando descubrí el embarazo, la matemática se armó sola delante de mí. Junio. Las cuentas cuadraban. —Le sostuve la mirada, porque bajar los ojos sería un descuento—. Tiré las cuentas de la mesa. Con violencia de despacho, de la manera cobarde. No porque no cuadraran — porque yo no aguantaba el resultado. El resultado decía que la mujer que yo destruí estaba esperando un hijo mío y no me había cobrado ni el cambio del ferry. Después me pasé un mes odiando al padre de tu hijo. Con celos de él. Del hombre que había oído de ti la noticia, que tenía licencia para preocuparse por el sol y la escalinata. Lo odié noche tras noche, metódicamente — y el hombre era yo. Preferí odiarlo a merecerlo. Salía más barato.

Ella abrió la boca. La cerró. Y no dijo nada — me dejó pagar entero, que era la regla de la noche, y los dos lo sabíamos.

—Hubo una noche, en un pueblecito del viaje, en que abrí el portátil y tecleé tu nombre. No para auditar. Para mirarte a escondidas, en una foto cualquiera, en un pie de foto. —Me pasé la mano por el pelo; la mano tembló levemente y la dejé temblar a la vista—. No pulsé la tecla. Ni mirarte a escondidas me permití. Creí que era disciplina. Era solo una cuenta más que me negué a comprobar.

Le conté entonces la tarde en la plaza de Bari, el bote de galletas que circuló por el equipo entero y saltó mi mano. El gesto que me hizo su madre — un gesto y ninguna galleta, la auditoría más precisa que he recibido nunca. Y la niña de diez años que se sentó cerca de mí con la segunda galleta en la boca y me entregó, en una frase, lo que mi hoja de cálculo escondió durante meses.

—Dijo: «en junio lloraba por teléfono todos los días, escondida en el patio, creyendo que era bajito. Todos fingiendo. Los adultos fingen mucho, ¿te has fijado?» —Lo repetí palabra por palabra, porque aquella frase la llevaba memorizada desde noviembre—. Una niña hizo en un minuto la investigación que yo me pasé el verano pagando para no hacer.

Sus ojos brillaron y no cayeron. La barbilla lo sostuvo todo en su sitio, como siempre.

—El arpa —dije, y vi la memoria llegarle antes que la frase—. La primera noche, condenaste al arpista de la piscina al infierno de los músicos, y yo me reí de verdad por primera vez en años. Nunca te conté que el infierno era idea mía. El único secreto bonito que tenía. Mandé quitar el arpa el día en que te expulsé, porque no aguantaba la música. Y mandé devolverla el lunes. Después de tu nombre en la portada. Nunca antes — devolver la música antes de devolverte el nombre sería pagar la cuenta en el orden equivocado.

Entonces me levanté. Porque el resto no se dice sentado.

—En junio, en aquella sala, te dije seis frases. Me las sé en orden; tú también. He venido a deshacerlas una a una. —Me quedé de pie ante ella, con las manos abiertas a los lados del cuerpo—. La primera palabra que te dije fue «cuánto». Un precio, antes de los buenos días. Retiro la palabra: no existía ninguna cifra, nunca existió, y quien estaba en venta en aquella sala era yo — por la versión más barata. Te dije que eras la mejor que me habían mandado nunca. Nadie te mandó. El encargo era de calendario y la prueba dormía en mi archivo, a cuatro minutos de distancia. Te dije que habías ensayado. Nada era un ensayo: ni los pies descalzos, ni la familia, ni el libro de los pueblos. Llamé número al único texto verdadero que me dieron gratis en la vida. Te dije que tu indignación era el mejor número de tu repertorio — y el único personaje en aquella sala era el mío, que me puse para no verte la cara mientras disparaba.

Me detuve. La quinta era la que cortaba por los dos lados.

—Te ofrecí el doble por la noche. —La voz bajó; la dejé—. Tú me respondiste que yo acababa de romper el recibo de la única noche de mi vida en que alguien me quiso con los ojos cerrados. Me he pasado seis meses intentando pegar ese recibo, Viola. No pega. No era papel: era lo único que tuve gratis en muchos años — y yo le puse precio delante de su dueña.

Su mano apretó la otra sobre la mesa. Fue el único movimiento.

—Y te di una hora para salir de mi isla. —La sexta salió entera, sin temblar, porque esa la había rehecho mil veces—. La isla es tuya. Siempre lo fue, desde la escalinata. Soy yo quien va a pasarse el resto de la vida pidiendo permiso para entrar. Tú me dijiste, en aquella sala, que mi oscuridad era una elección. Lo era. Y tu silencio, todos estos meses, montaba guardia sobre alguien — el mío solo montaba guardia sobre el precio. No es el mismo silencio. Nunca lo fue.

Volví a sentarme. El reloj siguió boca abajo; ella no le dio la vuelta.

—Falta una cosa —dije—. La única que no es una retractación. Es una deuda antigua, con el acreedor equivocado. — Me miré las manos, después a ella, porque esa parte había que decirla mirando—. En junio, una hora después de que cruzaras el vestíbulo, Lorenzo me llamó. Veinte años de amistad, y se gastó el crédito entero en una sola pregunta. Le colgué en la cara. Repitió la pregunta delante de su mujer, hace unas semanas, y me impidió responder: dijo que la respuesta no era suya. Que era tuya.

El cuartito entero se quedó del tamaño de su espera.

—Preguntó: «¿Estás seguro, o tienes miedo?» —Palabra por palabra, tal como la pregunta me perfora desde junio—. Nunca respondí. Colgué, gané la guerra, te perdí. La respuesta vivió seis meses debajo de mi lengua, pagando alquiler. Siempre fue tuya.

La miré a los ojos. Y pagué.

—Miedo.



CAPÍTULO 39

«Hay palabras que uno destierra por seguridad. El peligro es que el destierro enseña añoranza — y toda palabra desterrada vuelve sabiendo exactamente dónde vive».

VIOLA SANTORO

Miedo.

La palabra cruzó la mesa, se posó entre los platos vacíos y se quedó ahí, respirando — cinco letras que un hombre de aquel tamaño cargó seis meses debajo de la lengua, pagando alquiler, y que ahora me miraban desde el mantel como quien pregunta si puede quedarse.

Esperé la ronda. La costumbre de seis meses: la voz de guardia saliendo con la linterna, registrando la frase, buscando el

doble fondo.

Busqué a la voz en el sitio de siempre y la encontré sentada, con las armas entregadas, con la cara de quien ha terminado un turno muy largo. No había muerto. Se había convertido en lo que se convierte toda guardia cuando la guerra se acaba de verdad: archivo.

Gracias por el servicio, pensé, y lo dije en serio.

Él seguía mirándome. Sin prisa, sin cobros, con la palabra dicha y las manos abiertas sobre la mesa — un hombre que había entregado el inventario entero y ahora esperaba, sin saberlo, lo único que yo todavía no había devuelto.

—Massimo.

El nombre salió entero. Sin signor delante, sin hielo alrededor, sin sello de proceso — solo el nombre, como lo dije por primera vez en una mesa coja de bar, cuando él todavía era un hombre a medias y yo todavía era una mujer sin juramento.

Cerró los ojos.

Despacio, como quien entra en casa después de muchos años y reconoce el olor. Cuando los abrió, había en ellos una cosa sin ningún nombre comercial, y dejé que él me viera verlo.

—Ahora es mi lista —dije—. La mía es más corta. Pero no vas a recibirla de pie, como un reo: vas a recibirla sentado, mirándome, porque así lo he decidido yo.

Asintió. No tocó el reloj boca abajo.

—En la plaza te dije que esa cuenta no era tuya. —La barbilla encontró la altura de trabajo—. Lo era. Siempre lo fue, desde la segunda vez de aquella madrugada, y yo lo sabía. Te negué la cuenta porque tú lo firmabas todo sin comprobar — la mentira de la lista, mi culpa, el precio de la noche. Yo no iba a entregarle mi hijo a un hombre que firma sin comprobar. —Respiré hondo—. Comprobaste. Con seis meses de retraso, con intereses, pero lo

comprobaste todo, línea a línea, delante del país. La cuenta también es tuya. Retiro la frase.

Su mandíbula se movió, tragándose aquello en silencio.

—Y te dije que el padre de mi hijo sabía todo lo que necesitaba saber. —Dejé que la frase antigua se detuviera en el aire entre nosotros, con los dos filos a la vista—. Era una sentencia, no una información. En julio, en esta habitación, a oscuras, le juré a él —antes de que pudiera oír— que tú solo sabrías de este hijo el día en que miraras atrás y entendieras lo que hiciste. Ni por dinero, ni por abogados, ni por miedo. —Le sostuve la mirada—. Me pasé meses vigilando ese juramento con la pregunta equivocada: ¿merece saberlo? Entonces la verdad cayó sola, como caen las verdades, y la pregunta se cambió de ropa: ¿merece oírlo? Hoy lo has oído todo. Porque mereciste oírlo. La frase está deshecha: el padre de mi hijo, ahora, lo sabe todo. Todo de verdad.

—Viola...

—Todavía no he terminado. —Levanté la mano, y él obedeció—. Esto no es un perdón. El perdón es otra moneda, y todavía no he contado el cambio. Esto es una respuesta.

—No he pedido perdón hoy. —Su voz salió baja, íntegra—. He venido a pagar. Son operaciones distintas.

Y el hombre aprendió contabilidad nueva.

Algo en mí sonrió por dentro, en un lugar que había pasado el invierno cerrado.

Cogí el reloj de la mesa. Todavía boca abajo, todavía mudo. Giré la esfera hacia arriba, miré la hora —tarde, mucho más allá de cualquier diez minutos— y se lo tendí.

—Guárdalo. El ritual ha cambiado.

—¿Ha cambiado a qué? —Recibió el reloj como quien recibe un veredicto.

—Ya no vas a pedir diez minutos. —Me levanté, recogí los platos por hacer algo con las manos, y solté los platos, porque las manos querían otra cosa—. Diez minutos era moneda de guerra. La guerra se ha acabado hoy, en tu boca. De ahora en adelante contamos en otra unidad.

—¿Cuál?

—Despacio.

Se quedó un segundo procesándolo —vi a la hoja de cálculo antigua intentar convertir despacio en un número y desistir— y entonces asintió, una vez, como quien firma.

—Despacio —repitió. Y la palabra cupo en su voz como si siempre hubiera vivido allí.

Fue entonces cuando crucé el resto.

Un paso, dos —la cocina del cuartito no pide más que eso— y me puse de puntillas, como en el mirador, como en junio, porque algunas firmas son mías y nadie me las quita: el primer paso, el primer beso, el detalle que era mío.

Lo besé en la boca.

Y él se quedó inmóvil medio segundo —otra vez, igual, sorprendido como si en toda aquella vida de tenerlo todo nadie hubiera dado nunca el primer paso por él dos veces—.

Después su mano se hundió en mi pelo, la otra se abrió en mi cintura, por encima de la curva, con un cuidado de quien sujeta al mismo tiempo a una mujer y a un comienzo — y el beso dejó de ser mío o suyo y se convirtió en algo nuestro.

Sin sabor a vino barato esta vez. Con sabor a víspera, a salsa de casa y a tiempo ganado.

Despacio.

Nos detuvimos donde junio no se detuvo. Fue una decisión de los dos, tomada sin palabras: su frente apoyada en la mía, las

respiraciones acompasándose, el hijo entre nosotros dando un aviso pequeño, puntual, de quien también firma actas.

Massimo posó la mano abierta en la curva, con el permiso en los ojos antes del gesto, y se quedó ahí un rato largo, sin pedir nada más que lo que la palma alcanzaba.

—Despacio —dijo otra vez, para los dos. O para los tres.

Las campanas de medianoche cruzaron el patio gris cuando él se puso el abrigo. En la puerta, se detuvo — y vi, en tiempo real, al hombre elegir la pregunta con el mismo cuidado con que un día eligió palabras para destruirme.

—¿Puedo volver?

—Puedes preguntar —respondí—. Siempre.

Sonrió. La sonrisa torcida, la sin práctica, la que no sale en ninguna de las fotos que ahora existen a millares.

—Buon Natale, Viola.

—Buon Natale, Massimo.

El nombre, otra vez. Gratis, esta vez. Bajó el pasillo despacio, y yo me quedé en la puerta hasta que el portón de la señora polaca se cerró, manso, allá delante.

Después cerré mi puerta, cogí el cuadernillo de trabajo del cajón y lo abrí por la página de las cosas sin explicación — aquella que el otoño dejó con tres líneas y ninguna respuesta.

La tercera todavía preguntaba, con mi letra apretada de octubre: se puso de mi lado. ¿Por qué?

Destapé el bolígrafo y escribí debajo, despacio, con la letra de hoy:

Respondida. 24 de diciembre.

Cerré el cuadernillo. En la ventanita, su paquete montaba guardia sobre la habitación, de frente a la cama, esperando a

alguien que todavía no existía y ya tenía regalo de Navidad.

La voz de guardia se fue al archivo. La vacante no quedó abierta: quien montaba guardia ahora, descubrí aquella noche, era otra cosa — y no cargaba linterna. Cargaba nombre.



CAPÍTULO 40

«Uno siempre cree que el valor vive en cerrar puertas. Nadie avisa de que duerme detrás de las cortinas».

VIOLA SANTORO

Enero nos enseñó la unidad nueva.

Despacio era él preguntando «¿puedo volver?» cada vez, aun sabiendo la respuesta — y era yo respondiendo «puedes preguntar» cada vez, porque la pregunta se había convertido en mi parte favorita.

Despacio era un domingo en el cuartito, él fregando los platos con la concentración de quien firma una fusión, la señora polaca fingiendo que no espiaba desde el pasillo y aprobando con la barbilla. Despacio era su mano en la curva, siempre con el permiso

en los ojos antes, y el hijo respondiendo con la puntualidad de quien ya ha entendido quién es el otro socio.

Fue uno de esos domingos cuando lo decidí.

—El sábado quiero cenar en tu casa.

Se detuvo con un plato mojado en la mano, y vi la sorpresa cruzar aquel rostro que ahora conocía el país entero — pero esa expresión, esa no salía en ninguna foto.

—¿Estás segura?

—Yo no pido diez minutos, Massimo. —Erguí la barbilla—. Yo soy la dueña del reloj.

El jueves llegó el mensaje:

Massimo: Sábado, ocho de la noche. Trae apetito.

Me reí sola en medio de la fundación, lo bastante alto para que dos becarias levantaran la cabeza.

Devuelta. Palabra por palabra, el ladrón elegante.



El edificio de él no anunciaba nada — era eso lo que lo anunciaba todo.

Un portón discreto en una calle tranquila, un ascensor que subía sin hacer ruido de ascensor, y entonces la puerta se abrió y entré, por primera vez, en el mundo del hombre que había entrado en el mío una Nochebuena.

Era grande de la manera en que el silencio es grande. Pocas cosas, todas exactas: madera oscura, una mesa que nunca había visto papeles de trabajo, ventanas del suelo al techo vestidas con cortinas del tamaño de velas de barco — cerradas, pesadas, guardando la ciudad al otro lado.

Ningún retrato. Ningún trofeo. La casa de un hombre que se pasó la vida sin dejar pruebas.

Y, llegando de la cocina, un olor imposible.

—Has cocinado.

—El chef de mi hotel me dio tres clases por teléfono. — Apareció en la puerta de la cocina con las mangas dobladas, un paño de cocina al hombro, y no había harina en ninguna parte porque hasta su caos era organizado—. Ahora me respeta bastante menos y me cobra bastante más. Me pareció justo.

La salsa no era la de mi madre. Era la de un hombre que estudió la salsa de mi madre como quien estudia un balance — los ingredientes correctos, el orden correcto, faltando solo los treinta años de cocina que no se compraban.

Comí dos veces. Elogié una. La sonrisa sin práctica apareció entera, con el hoyuelo torcido del lado izquierdo, y se quedó más tiempo del que solía tener permiso.

—¿Aceptable? —preguntó.

—Auditable —respondí—. Las cuentas cuadran.

Después de la cena, me llevó por la casa despacio, habitación por habitación, como quien entrega un inventario — y entendí que era exactamente eso.

En la puerta del dormitorio, se detuvo. No entró primero. Se quedó ahí, con la mano en el marco, esperando a que la decisión fuera mía, como todo esperaba ahora.

Pasé por delante de él y entré.

El dormitorio tenía el mismo silencio caro que el resto, la misma cortina cerrada, la cama demasiado grande para un hombre solo — y me giré, en medio de la alfombra, con el corazón acelerándose sin pedir licencia.

—Última oportunidad de ser decente —dije bajito.

Sus ojos se oscurecieron un tono. Reconoció la frase al instante — vi a junio cruzar aquel rostro y no doler, por primera vez, no doler.

—Llevo siete meses siéndolo. —Vino hacia mí despacio, cada paso una decisión tomada con calma, y me llevó la mano al rostro, el pulgar dibujando la línea de la mandíbula como aquella noche—. Se acabó la jornada laboral.

El beso empezó donde la Nochebuena se había detenido.

Y entonces fue distinto de todo, porque no había prisa y no había oscuridad: me desnudó un centímetro cada vez, besando el camino que la tela abandonaba —el hombro, la curva del cuello, la línea de la clavícula—, y cuando el vestido bajó y me quedé ante él con nuestra curva entera entre los dos, a la vista, sin lana y sin juramento, se detuvo.

Se detuvo y miró.

No de la manera en que miran los hombres. De la manera en que se mira algo que casi se perdió.

—Dime cómo —pidió, con la voz ronca, rendida—. No quiero equivocarme ni en la respiración.

—Despacio. —Le cogí la mano y la llevé al lugar donde nuestro socio daba señales de vida—. Y de lado, más tarde. La ingeniería ha cambiado.

Sonrió contra mi boca — y fue lo más bonito de la noche hasta entonces, un hombre de aquel tamaño recibiendo instrucciones con alivio.

Me tumbó en las sábanas como quien tumba algo que no devuelve. La luz de la lámpara le daba en la piel de lado, y yo también me detuve solo a mirar: los hombros, la línea de la mandíbula, el pecho subiendo y bajando a un ritmo que él no controlaba — y el control era la religión de aquel hombre, y yo era el festivo.

Siete meses, pensé, mientras sus manos bajaban por mis costados, firmes sin ser bruscas, demorándose en cada lugar como quien comprueba lo que la memoria guardó.

—Viola. —Mi nombre en su boca tenía un peso nuevo.

Lo miré. Entró en mí despacio —con aquella contención deliberada que era su marca en todo, ahora puesta al servicio de lo correcto—, y el mundo se fue apagando poco a poco, habitación por habitación, hasta que solo quedaron aquel cuarto, aquella cama.

—¿Mía? —preguntó bajo, contra mi oído. Y era una pregunta de verdad, con sitio para el no.

—Tuya. —Le atraje el rostro hacia el mío, para responder mirando—. ¿Y tú?

—Tuyo. —La voz le salió destruida, de la manera bonita—. Desde la mesa coja. Solo tardé en verlo.

Nos movimos despacio, de lado, los cuerpos aprendiendo la geometría nueva, su mano abierta en la curva todo el tiempo como un juramento — y lo que subió en mí subió como las mareas de Bari: sin prisa, sin pedir permiso, cubriendo todo lo que encontró por delante.

Cuando rompió, su nombre rompió con ella, por la mitad, en mi boca — otra vez, siete meses después, igual y completamente otro.

Él llegó justo después, con el rostro hundido en mi cuello, mi nombre entero dicho bajito como quien paga el último plazo.

Después nos quedamos en silencio, las respiraciones acompasándose, su mano dibujando círculos lentos en la curva — y el socio, satisfecho con el acta, dio dos avisos y se durmió.

—¿Sabes qué tiene de diferente esta noche? —pregunté, con la boca en su pecho.

—Todo.

—No tiene recibo. —Levanté el rostro para verle los ojos—. La de junio nació con el precio en la puerta, y tú rompiste el recibo antes del café. Esta no ha generado ningún papel. Ni para cobrar, ni para romper. Es lo primero entre nosotros que ya nace pagado.

Se quedó un rato largo sin responder. Cuando respondió, fue con un beso en mi frente, demorado, y una sola frase:

—La primera de muchas.

Me dormí oyendo su corazón desacelerar debajo de mi oído, y no soñé con nada, porque no me hizo falta.



Me desperté antes que él.

El dormitorio estaba en ese gris de invierno que precede al sol, y la cortina —la vela de barco— guardaba Milán entera al otro lado. Me levanté despacio, crucé la alfombra descalza y me detuve delante de ella.

Abrí la cortina.

Milán entró de una vez —tejados con escarcha, el cielo color de leche, un sol bajo y testarudo perforando el invierno—, y detrás de mí oí su respiración cambiar, la sábana moverse, el silencio de un hombre despertándose ante una silueta contra la ventana abierta.

—Has abierto la cortina —dijo, con la voz espesa de sueño, y había siete meses enteros dentro de la frase.

—Llevo siete meses de retraso. —Me giré, con el sol a la espalda y el vientre en la luz—. El tráfico estaba imposible.

Se rio. De verdad, de la manera rara, y estiró la mano hacia mí por encima de la cama enorme.

—Ven aquí.

Fui.

Y, antes de que la mañana se hiciera tarde, preguntó — porque ahora preguntaba, siempre, y yo lo dejaba, siempre:

—A final de mes tengo que ir a Bari a resolver lo del proyecto. —Una pausa; sus ojos sujetaron los míos—. ¿Vienes conmigo? Tengo una deuda de galletas que negociar.

La mamma. El gesto sin galleta. El hombre lo apuntó todo.

—Sí.



CAPÍTULO 41

«Hay mesas en las que el dinero no compra silla. Me pasé la vida comprando todas las demás justamente para no descubrir eso».

MASSIMO GRECO

La puerta de la casa de Bari era más baja que cualquier puerta que yo hubiera mandado construir — y fue la primera, en muchos años, ante la cual no supe qué hacer con las manos.

El sol de invierno del sur golpeaba la calle estrecha con una honestidad que Milán desaprendió. Viola tocó el timbre, me miró de reojo —calma, hombre— y la puerta se abrió antes del segundo toque.

Rosa.

La auditora se plantó en el vano con los brazos cruzados, la barbilla de su hermana en versión de bolsillo, y no se apartó.

—Peaje —anunció—. Aquí dentro se paga con respuestas. Ha llegado tu turno en la cola.

—Rosa... —empezó Viola.

—La cola avanzó. —La niña me miró fijamente sin pestañear—. Primera: ¿es verdad que tienes una isla?

—Tengo un hotel en una isla. —Sostuve la auditoría—. Las islas no son de nadie.

Lo consideró, soberana, y pasó a la segunda con la voz más baja — y más afilada:

—¿Te vas a ir otra vez?

La calle entera se quedó quieta. Detrás de ella, oí a la casa dejar de hacer ruido de casa — una cuchara posándose, un fuego bajado. Todos escuchando sin escuchar.

—No.

—¿Ni cuando nazca y lllore toda la noche?

—Sobre todo cuando lllore.

Rosa me estudió un segundo más, de la manera en que solo estudian los niños y los auditores: sin educación estorbando. Después descruzó los brazos y abrió la puerta entera.

—Puedes entrar. —Y, ya corriendo hacia dentro—: Mamma, ha aprobado.

Entré. En la auditoría más barata y más cara del año.

La cocina era de baldosa gastada, con una cazuela grande al fuego y una vida entera colgada de las paredes. Debajo del bote de la sal, un fajo de cuentas dobladas — a la vista, sin vergüenza, en la casa donde las cuentas siempre se pagaron en el orden en que la vida dejó.

Yo había auditado imperios con menos verdad contable que aquella esquina de mesa.

Su madre soltó la cuchara, se limpió las manos en el delantal y me midió de la cabeza a los zapatos — la segunda señora en hacerlo en dos meses, y la única cuya nota me importaba.

—Así que ha venido usted.

—He venido a pedir mesa —respondí—. No he venido a pedir prisa.

Algo pasó por sus ojos, rápido, parecido a la aprobación y disfrazado de inventario. Señaló una silla con la barbilla —el gesto de la casa, aprendí después— y volvió a la cazuela.

El almuerzo fue ruido bueno. Rosa narrando el colegio con dos tacos nuevos que le valieron bronca y orgullo en la misma frase; Nino al otro lado de la mesa, un palmo más alto que en las fotos, midiéndome con la paciencia armada de los hermanos medianos — debajo de la mesa, las zapatillas famosas, gastadas de la manera correcta, la de quien corre más que la envidia. Viola en medio de todo, riéndose con la boca llena, siendo hija y hermana y dueña de todos los temas al mismo tiempo.

Comí. Escuché. Pasé la fuente cuando la pidieron. Y entendí, en algún punto entre el primer plato y el segundo, que aquella mesa era el contrato más difícil de mi vida — porque en ella no había nada que yo pudiera ofrecer aparte de quedarme.

Fue en el postre cuando bajó el bote.

El bote de galletas, el de la plaza, el que circuló de mano en mano una tarde de noviembre y saltó la mía. La mamma lo abrió, sirvió a Rosa, sirvió a Nino, sirvió a su hija — y yo mantuve las manos en el regazo, porque ciertas colas se respetan incluso cuando duelen.

Se detuvo a mi lado. Puso dos galletas en mi plato.

—Quien confiesa en la televisión —dijo, seca, volviendo a su sitio— come dos.

Rosa se rio primero. Después la mesa entera. Me comí las dos despacio, y la dificultad para tragar no era de la masa: era de un gesto de noviembre deshaciéndose en migas, sin discursos, de la manera en que absuelven las matriarcas — por alimento.

Después del café, junté los platos y me puse a su lado en el fregadero, con el paño en la mano, sin pedir cargo. Ella lavó; yo sequé. Trabajamos en silencio un rato, y entonces habló, sin apartar los ojos de la loza:

—El padre de ella decía que la mentira es como la marea. Vuelve siempre. Y vuelve más grande. —Me pasó un plato—. Yo le añadí un pedazo con los años: el mar no pregunta el nombre de lo que uno le tira. Solo lo devuelve. —Solo entonces me miró, y sus ojos eran los de Viola con muchos inviernos de más—. Yo vi la televisión aquel jueves. Esa marea devolvió muchas cosas.

Sujeté el plato con las dos manos, porque las manos necesitaban un empleo.

—Lo devolvió con intereses, signora.

—Los intereses son las galletas. —Volvió a la loza—. Mañana le envuelvo unas para el viaje. Ahora usted tiene crédito.

En la mesa, detrás de nosotros, la voz de Rosa cruzó la cocina:

—¿Y ya tiene nombre?

Me giré a tiempo de ver a Viola posar la taza.

—Tiene —respondió—. Está guardado.

—¿Guardado dónde? ¿Ni Massimo lo sabe?

—Ni él. El dueño lo oye primero. —Viola me miró por encima de la taza, y había una sonrisa en la raíz de aquello.

La mamma cerró el grifo y se volvió hacia mí, secándose las manos, con la pregunta más seria de la tarde:

—¿Y usted acepta?

Aceptar era poco. Me puse el paño al hombro, como había visto hacer a Nino, y respondí para la cocina entera, porque un testigo adecuado era eso lo que hacía falta:

—Le prometí a ella, en la mesa de un café, que nada —nunca— que tenga que ver con este hijo se decide por encima de su cabeza. Ni abogados, ni papeles, ni nombre. —Miré a Viola—. El nombre es suyo. Yo firmo debajo de lo que ella elija.

—En el registro será Santoro Greco. —Viola irguió la barbilla, notaria de sí misma—. El mío delante. Fui yo quien lo llevó por la guerra; tú entras en la paz. ¿Reclamaciones?

—Ninguna. —Y era verdad entera—. Es el orden correcto de las firmas.

La mamma asintió una vez, honda, como quien pone un sello. Rosa preguntó si al menos podía elegir el apodo. Nadie tuvo el valor de decirle que no.

En el patio, más tarde, Nino apareció con el balón bajo el brazo y el gato de la casa de escolta.

No dijo nada. Soltó el balón en el suelo de tierra apisonada y lo empujó hacia mí con la punta de la zapatilla famosa — despacio, una prueba, una pregunta sin palabras.

Devolví el pase. Él lo sujetó con la suela, miró el balón, me miró a mí.

—Mi hermana mandó estas zapatillas desde Milán —dijo, como quien presenta una credencial—. Ella cuida de todos primero.

—Lo sé. —Le sostuve la mirada—. Estoy en la cola de los que ahora cuidan de ella.

Lo pensó con la seriedad de los catorce años que cargan con una casa a la espalda demasiado pronto. Después asintió —una vez, corto, el sello de los hombres de la familia— y me devolvió el pase con fuerza, lo que en su idioma era un abrazo.

Jugamos hasta que el sol de invierno se fue. Yo, el niño y el gato de árbitro.



En la carretera de vuelta, con Bari encogiéndose en el retrovisor y un paquete de galletas en el asiento de atrás —crédito, palabra de la fuente—, Viola miraba por la ventanilla con esa expresión de quien redacta por dentro.

—El cuartito se va a quedar pequeño —dijo, al fin—. No hoy. Pero se quedará.

—Puedo buscar...

—No. —Se giró hacia mí, y la sonrisa ya venía lista—. Yo puedo buscar una casa. Tú vienes conmigo, das tu opinión de hotelero y firmas después de mí.

—Después de ti.

Y conduje el resto del camino con su mano en mi pierna y una verdad nueva acomodándose en el pecho, mansa, definitiva:

Toda la vida firmé primero — contratos, cheques, sentencias. Aprendí en Bari, entre una galleta y un pase de balón, el único lugar que sirve para mi firma: después de su nombre.



CAPÍTULO 42

«El calendario se cree dueño de las fechas. Mentira: solo las alquila. Y junio, ese, decidí comprarlo de vuelta».

VIOLA SANTORO

La casa tenía tres defectos, y por eso la elegí.

La escalera de madera crujía en el cuarto peldaño, anunciando a cualquier persona con la eficiencia de un mayordomo chismoso. El patio era del tamaño de un pañuelo — pero era patio, y el patio, en mi familia, es donde las cosas importantes ocurren a escondidas. Y entraba demasiada luz por la mañana, una luz sin educación que atravesaba la casa entera y no pedía permiso para despertar a nadie.

Massimo dio dos opiniones de hotelero en la visita — algo sobre el flujo de circulación y otra herejía sobre cambiar la escalera.

Le revoqué la acreditación para opiniones allí mismo, en el cuarto peldaño, con el mayordomo crujiendo su apoyo. Aceptó la revocación con la dignidad de quien ya perdió cosas peores por teléfono — y se rio, y yo me reí, porque ahora podíamos: las palabras antiguas iban perdiendo el veneno una a una, como un avispero desactivado.

¿Firmé después de él? No. Él firmó después de mí. Se estaba convirtiendo en la costumbre de la casa.

A finales de marzo, las cajas que quedaban ya eran solo las mentirosas — esas con la etiqueta «resolver después» que toda mudanza carga de una vida a la otra.

Mi mesa de trabajo quedó de frente a la luz maleducada, y encima de ella los folios de El Sur que Queda dormían al día, apilados, con final. Porque el libro había ganado un final, por fin, después de meses debiéndomelo: no trataba de los pueblos que mueren.

Trataba de los que se quedan. Franca leyó el último capítulo y mandó un mensaje de cuatro palabras que enmarqué por dentro: «Ahora sí, Santoro. Domingo».

Fue en una de esas tardes de caja mentirosa cuando el cuarto de él quedó listo.

El cuarto pequeño, el de la mejor luz — vetado para despacho por unanimidad de dos votos y un codazo. Cuna montada por un multimillonario que se negó a llamar al montador («yo leo balances de treinta páginas, Viola, puedo leer un manual» — lo leyó tres veces; la montó dos), cómoda de segunda mano que yo lijé con mis propias manos, y en la ventana, llegado desde la ventanita del cuartito en el regazo de la mudanza, el paquete.

El centinela. Tres meses de puesto, papel sencillo, cinta corriente, nunca abierto.

—Podría estrenar el puesto nuevo por dentro del papel —dijo Massimo desde la puerta, viéndome mirar el paquete.

—No. —Posé la mano en la curva, que a estas alturas ya era menos curva y más argumento—. El cuarto está listo. El dueño casi llegando. Un regalo de Navidad abierto en marzo todavía es un regalo; abierto después del cumpleaños del dueño se convierte en deuda.

Me arrodillé lo que la fisiología permitió, pregunté bajito —«¿puedo abrirlo por ti?»— y el dueño respondió con un codazo que decidí tomarme como un sí.

Deshice la cinta despacio. El papel se abrió sin rasgarse, porque hay cosas que uno desenvuelve como se desactiva una bomba, y de dentro salió, tumbado de lado como pasó el invierno entero, un barquito de madera.

Pequeño, del tamaño de dos manos. Madera clara, lijada por dedos que sabían, con olor a taller de puerto — quilla, casco, un mástil fino con paño de vela de verdad. Un barco de gente que hace barcos desde antes de que yo naciera.

Y el casco en blanco.

Giré el barquito en las manos, buscando, porque un barco de Bari no navega anónimo — todo casco de mi puerto llevaba un nombre pintado, el de la santa, el de la abuela, el de la cabezonería de la familia.

Este no llevaba nada. Solo la madera clara, lisa, esperando.

—Se lo encargué a un viejo del puerto, en noviembre, cuando el proyecto me llevó allí —contó Massimo, todavía desde la puerta, con la voz en el tono bajo de las confesiones—. Lo hizo en una semana. A la hora de pintar el casco, preguntó el nombre. Le dije que el nombre tenía dueño, y que el dueño todavía no lo había oído. Le pareció justo. Dijo que un barco espera; el mar es el que no.

—Ganará el nombre en el casco —dije, cuando la voz volvió—. Después de ganarlo en el registro.

Puse el barquito en la ventana del cuarto pequeño, con la proa hacia dentro, centinela ascendido. Y si lloré un poco, fue culpa de la luz maleducada, que entraba sin pedir permiso.



Fue en la cena de aquella misma noche, en la mesa que todavía olía a madera nueva, cuando él posó los cubiertos antes del postre.

—Quiero hacer una pregunta.

Del bolsillo de la chaqueta colgada en la silla, sacó una cajita.

No se arrodilló. No dio discursos. Empujó la cajita por la mesa hasta la mitad del camino entre los dos —el lugar exacto donde se deciden las cosas de esta casa— y dejó la mano encima un segundo de más, como quien entrega la última página.

—La abres si quieres oír la pregunta.

La abrí.

El anillo era sencillo de una manera que debía de haber costado trabajo: oro de brillo bajo, y una piedra pequeña, discreta, del tamaño exacto de una coma.

—¿Te casas conmigo? —Su voz no tembló; eligió no temblar—. Y antes de que tu barbilla arme la defensa: el no es una respuesta entera. Lo aprendí de la mejor cláusula que he firmado en mi vida.

Miré la piedra del tamaño de una coma. Miré al hombre que había aprendido a preguntar, a esperar, a firmar después. Y dejé que el silencio se estirara solo lo suficiente para que él supiera que la

respuesta llegaba entera, comprobada, sin prisa — como contamos ahora.

—Sí.

El aire salió de él despacio, como de quien contuvo la respiración durante una auditoría entera.

—Pero —continué, y levanté un dedo, notaria de mí misma—, con tres condiciones de calendario. Después de que él nazca. En junio. En Capri.

Massimo se quedó inmóvil. Vi las tres palabras entrar una a una, vi a la hoja de cálculo antigua intentar entender y vi al hombre nuevo entender primero.

—Junio —repitió, ronco.

—Junio me debe un final decente. —Le sostuve los ojos—. Hace nueve meses que ese mes anda por ahí con nuestro nombre sucio en la boca. Quiero junio de vuelta, lavado, tendido en el tendedero delante de todo el mundo. Y lo quiero en la isla.

—La isla es tuya —afirmó, automático, entrenado, casi riéndose.

—Nuestra. —Cogí el anillo de la cajita y se lo entregué, con la mano izquierda abierta sobre la mesa—. Y ninguna isla expulsa a una novia. Puedes ponerlo. Tú firmas después de mí, pero el anillo, el anillo te dejo ponerlo primero.

Lo puso. Despacio, con las dos manos, con la reverencia de quien ya rompió un recibo en la vida y nunca más. La coma cupo en mi dedo como si la medida se hubiera tomado en junio.

Fue cuando me levanté a buscar el postre cuando llegó la primera contracción.

Fue una mano cerrándose despacio dentro de mí, honda, seria, con opinión propia — y me detuve en medio de la cocina, con

un plato en la mano, y esperé a que la ola pasara como se espera la marea: con respeto.

—¿Viola? —Massimo ya estaba de pie, con la silla caída hacia atrás sin ningún ruido en la memoria.

—Massimo. —Me giré despacio, con el plato todavía en la mano y la risa ya subiendo, absurda, inmensa, desde el fondo de todo—. Creo que tu hijo ha oído «después de que él nazca»...

La segunda mano se cerró, más seria que la primera.

—... y ha decidido adelantar la firma.



CAPÍTULO 43

«Me pasé la vida apostando por las palabras. Las respuestas más grandes, descubrí, llegan en sonido — y no necesitan traducción».

VIOLA SANTORO

El camino hasta el hospital duró una vida y ningún semáforo — después supe que Massimo los pilló todos en verde porque condujo como quien negocia con cada uno.

En el triaje, entre una ola y otra, todavía tuve lucidez para lo esencial: la bolsa que montamos semanas antes, el teléfono de Gemma marcado, y el anillo de horas de edad girando en mi dedo como un tripulante novato en su primera tormenta.

La obstetra llegó leyendo el monitor antes de leerme el rostro, a su manera.

—Sigue con prisa, este corazón —dijo, y el mundo entero se acomodó dos centímetros, porque había frases que eran de casa.

—¿Cuánto? —pregunté, entre dientes, porque la ola siguiente ya se armaba.

Ella miró el número.

—Ciento cincuenta y ocho.

Puntual.

El número de siempre, mi talismán, fichando a la llegada como fichó en la primera ecografía, en una consulta donde lloré sola y decidí que nadie iba a montar guardia por mí.

El parto era la marea menos educada que existía.

No preguntaba, no avisaba, no respetaba intervalos de contrato: subía, lo cubría todo, retrocedía solo para tomar distancia.

Respiré con el mar, como mi madre mandó por teléfono con la voz firme y la barbilla temblando al otro lado del país —«respira con el mar, hija, él sabe hacerlo desde hace más tiempo que nadie»—, y le rompí los dedos a Massimo a plazos, sin intereses, con la conciencia tranquila.

Él no se apartó. No mandó en nada. Me sujetó la mano, el pelo, la palangana cuando hizo falta, y en cierto momento, en medio de la ola más alta, cometió el error de la noche:

—Despacio...

En las horas que siguieron, el mundo se fue haciendo pequeño de la manera correcta: una sala, un equipo, una voz diciéndome cuándo, el hombre a mi izquierda respirando conmigo como si pudiera subcontratar la mitad — y la marea, subiendo, subiendo, hasta que no existió nada más que ella.

—En la próxima, Viola —dijo la obstetra—. Escucha al primer aviso.

Hasta en eso cobraba la lección antigua.

El primer aviso llegó. Escuché.

Y empujé el mundo entero fuera de mí con un sonido que no era grito ni palabra —era una cosa más vieja que las dos—, y durante un segundo largo, del tamaño de nueve meses, no pasó nada.

Entonces pasó todo.

—¡Es un niño! —exclamó la obstetra.

Un niño.

Yo cargué con dos nombres el invierno entero, uno en cada bolsillo, sin querer saber qué bolsillo se abriría. Mentira de madre: el bolsillo correcto pesó desde el principio.

Y entonces llegó el sonido.

Su llanto rasgó la sala de punta a punta —furioso, potente, absurdamente vivo, una protesta formal contra el cambio de dirección—, y algo en mí que se pasó la vida entera se partió por la mitad y se rehízo más grande en el mismo instante.

Miré a Massimo.

El hombre que se enfrentó a un país entero de cámaras sin pestañear estaba desarmado de todo, con los ojos llenos, la mano todavía presa en la mía, mirando a su hijo berrear como quien asiste a la reescritura de su propio nombre por una autoridad superior.

—El sonido —dije, y la voz salió en jirones, y no importó—. ¿Lo estás oyendo?

—Sí.

—Juré una vez que tú solo sabrías de él el día en que merecieras el sonido que yo oí primero. —Tiré de su mano, presa en la mía, hasta mis labios—. Mereciste el sonido.

Me pusieron al niño en el pecho —caliente, mojado, furioso, perfecto—, y el mundo terminó de cambiar de dueño.

Se aquietó en mi piel como quien reconoce la dirección. Conté dedos por instinto de auditora de la familia, besé la cabeza húmeda, y lloré sin ninguna ceremonia, porque hay horas en que la barbilla erguida cierra la jornada.

La obstetra le ofreció las tijeras a Massimo. Él miró el cordón. Después me miró a mí — a mí, primero, siempre, el hombre entrenado en la cláusula:

—¿Puedo?

—Corta.

Cortó con las manos más firmes y los ojos menos firmes de la sala.

Y cuando la enfermera lo pesó, lo midió, lo envolvió y le tendió el paquete al padre, vi al hombre recibir a su hijo en brazos por primera vez —el cuerpo entero reorganizándose alrededor de aquel peso pequeño, los brazos aprendiendo el oficio en el acto— y oí, bajito, la palabra que atravesó el libro de nuestra vida desde una plaza con campana:

—Te tengo.

La misma palabra. De una caída en octubre, de un desmayo antes del suelo. Igual — y completamente otra.

Fue entonces cuando llamé a los dos cerca, con el resto de voz que la marea dejó.

Acerqué la boca a la oreja minúscula de mi hijo —del dueño, porque el dueño oye primero; se prometió en una cocina de Bari— y dije el nombre.

Entero, despacio, solo para él.

El niño parpadeó, importante, como quien comprueba la firma y da el visto bueno.

Después dije el nombre en voz alta, para el padre, para la sala, para el mundo que ahora tenía una persona más — y vi a

Massimo recibir el nombre de su hijo como recibió todo en esta segunda vida suya: sin discutir una coma.

Repitió el nombre una vez, bajito, probando el peso, y asintió.

—Perfecto —dijo—. Después del tuyo, el mejor nombre que he oído nunca.

La madrugada del hospital tiene una hora silenciosa que nadie nos cuenta: el niño alimentado y dormido en la cuna de acrílico, el padre apagado en el sillón de al lado con una mano dentro de la cuna, sin soltar, ni en el sueño — y la madre despierta, entera de una manera nueva, mirando a los dos con la sensación de quien llega de viaje.

Bari ya había sido avisada. Mi madre lloró en código de matriarca —«el mar ha llegado, hija»— y Rosa, al fondo, ya reivindicaba por escrito el derecho al apodo.

Fue a esa hora cuando me acerqué la bolsa al regazo, despacio, sin despertar a nadie.

Del fondo, de debajo de los pañales y la ropita de salir, saqué el cuaderno de tapa dura — el de sin rayas, el de la papelería de la esquina, el que atravesó meses de cajón en cajón y una mudanza de casa sin que lo leyera ningún ojo.

Destapé el bolígrafo.

Lo abrí por la primera página en blanco después de todas las escritas, miré la cuna, miré al hombre con la mano dentro de ella, y escribí la última entrada — no mucho, unas líneas, las finales, con la letra más calmada que esta mano ha tenido nunca.

Cerré el cuaderno. Y en la tapa, que esperó desde octubre sin título, escribí despacio las tres palabras que él siempre supo que iba a llevar — y debajo de ellas, por primera vez en tinta, el nombre de mi hijo.



CAPÍTULO 44

«El perdón que se pide viene con recibo. El perdón que se recibe sin pedirlo, descubrí, viene encuadernado».

MASSIMO GRECO

Mi hijo tiene opiniones firmes sobre las madrugadas.

En la primera semana aprendí la jornada nueva: turnos sin contrato, remuneración en sollozos que terminan, bonus pagados en bostezos del tamaño de la boca entera.

Aprendí a cambiar pañales con la solemnidad equivocada y a cantar bajito con la competencia de un armario — él no protestó; su madre, sí. Aprendí que hay una hora de la tarde en que la luz maleducada de la casa entra en el cuarto pequeño, acierta al

barquito de la ventana y navega su sombra por la pared, despacio, como si ensayara el mar.

Fue a esa hora, el sexto día, cuando Viola entró en el cuarto con un cuaderno en la mano.

Yo estaba en el sillón de lactancia —rebautizado sillón de padre que no suelta— con Nicola dormido en mi brazo, pesando lo que pesa una decisión irreversible.

Ella cruzó el cuarto, calmada de una manera ensayada, y posó el cuaderno en mi regazo libre, al lado del hijo.

Tapa dura, sin estampado, cansada en las esquinas como solo quedan los objetos que trabajaron.

—Es de él —dijo—. Regalo de nacimiento. Tú lo lees por él, hasta que aprenda.

—¿Qué es?

—Nueve meses. —Se sentó en el borde de la cama, con la barbilla erguida y los ojos ya brillando, y señaló el cuaderno con ella—. Lo compré en una papelería de esquina en octubre. Nadie lo ha leído nunca. Ni Gemma. Ni mi madre. —Una pausa—. Ni tú. Sobre todo tú.

Miré la tapa. Y el mundo desaceleró.

Arriba, con su letra, tres palabras: Después de la Coma.

Debajo, en tinta más nueva, con la calma de quien escribió oyendo una cuna:

Nicola.

El nombre de mi hijo, escrito por su madre, en la tapa de un libro que yo no sabía que existía.

Lo abrí con el cuidado con que se abre lo que no nos pertenece —porque no me pertenecía; yo era solo el lector autorizado— y la primera página me recibió en minúsculas, íntima como una puerta sin cerrojo: para ti.

Pasé la página. Y entré en los nueve meses por el lado de dentro.

No voy a decir que lo leí todo aquella tarde, porque no lo leí: había páginas que necesitaban su propio aliento. Pero leí lo suficiente para que mi vida entera reordenara los muebles. Leí octubre:

Milán no tiene mar, y esa fue la primera deuda que apunté a tu nombre. Un día te presento al mío, el de Bari. No le cuenta nada a nadie y no cobra nada por escuchar. Lo devuelve todo, menos los secretos.

Octubre. Mientras yo odiaba a un hombre que no existía, ella apuntaba un mar a nombre de mi hijo — porque el mundo que yo le cerré se había quedado sin costa.

Leí noviembre, y fue cuando mi mano empezó a no obedecer del todo:

Hay un hombre en este viaje que se pelea con un panadero por mi sombra y a eso lo llama logística. Carga trípodes. Manda agua antes de la sed. Yo todavía no sé qué hacer con él. Tú, ahí dentro, pareces saberlo: te quedas quieto cuando él anda cerca. Como quien escucha.

Yo conocía a aquel hombre.

Yo había sido aquel hombre sin licencia y sin firma, creyendo que nadie veía la hoja de cálculo agrietándose — y ella lo vio todo, lo registró todo, lo archivó todo para un lector que todavía no había nacido. Cada gesto que hice a oscuras estaba ahí, guardado a la luz.

Y entonces llegué a la página de una madrugada de finales de noviembre. Una sola línea, en medio del papel en blanco, escrita por una mano que yo ahora sabía leer:

Robaron el día en que iba a hablarle de ti a tu padre. No consiguieron robarte a ti.

Cerré los ojos. El cuarto se quedó en silencio, salvo la respiración pequeña en mi brazo y la sombra del barquito andando por la pared.

Cuando pude, fui hasta el final. La última página tenía la letra más calmada de todas — la letra de una noche de hospital, de una mujer exhausta y entera:

Nicola. Has llegado hoy, con prisa y con el número de siempre. Este cuaderno fue nuestra conversación mientras venías — y en él vive un hombre que aparece sin nombre. El de la sombra. El del agua antes del pedido. El del trípode y el panadero. Yo le debía una firma a ese hombre, y las firmas se pagan: aquel hombre, hijo, era tu padre — el hombre que cuidó de ti con celos de sí mismo, meses antes de saber que era de ti de quien cuidaba. Te enseñarán que la coma es una pausa. No lo creas. La coma no termina la frase — promete el resto. Tú eres la nuestra. Y la frase continúa.

Lloré.

Sin ruido, de la manera que los hombres de mi generación creen que es un secreto y nunca lo fue — la mandíbula trabada, los ojos desbordando por encima de su propia disciplina, una mano sujetando al hijo y la otra sujetando el libro del hijo, sin saber cuál de los dos pesaba más.

Viola esperó. Sabía esperar como nadie; la enseñó el mundo, y las clases las di yo.

—No sé qué se dice —hablé, cuando la voz volvió a medias—. He leído nueve meses en una tarde. Estuve en casi todas las páginas y no merecí estar en ninguna...

—Massimo.

Levanté los ojos. Ella había venido a arrodillarse delante de nosotros, una mano en la rodilla del hijo, la otra en la tapa del cuaderno, el rostro a la altura exacta del mío.

—Te dije una vez, en la mesa de un café, que saber no es merecer. —Su voz estaba firme de esa manera que no negaba la emoción: la atravesaba—. Era una ley. Yo escribí la ley, yo apliqué la ley, yo dormí con la ley debajo de la almohada durante meses. —Sus ojos sujetaron los míos sin pestañear—. Saber no era merecer. Hoy lo es.

El aire entró en mí como entra en un cuarto cerrado desde hace muchos años.

—Viola...

—Estás perdonado —dijo despacio, separando las palabras como quien las firma—. No porque lo pidieras. Porque no lo pediste — y pasaste meses pagando sin preguntar el precio de la absolución. El perdón no es un anticipo, Massimo. Es el último plazo. Has saldado la deuda.

Me incliné —con cuidado, por el socio— y le besé la frente, demorado, como se sella lo que no se deshace. Nos quedamos los tres en aquella geometría torcida y exacta, la familia entera cabiendo en un sillón de lactancia, y la sombra del barquito llegó a la pared de la cuna y se detuvo, como quien atraca.

—El fin de semana —dije, con la voz todavía en obras— pinto el nombre en el casco.

—Lo pintamos. —Se levantó, cogió a Nicola de mi brazo con autoridad de capitana, y me dejó el cuaderno entero en las manos—. En esta casa, ahora, se escribe junto.

Me quedé ahí con el libro de mi hijo en el regazo, la luz maleducada yéndose por la ventana, e hice la última auditoría de mi vida antigua.

Toda la vida fui buenísimo en acuerdos con fecha de vencimiento. Todos rindieron, todos vencieron, todos se acabaron.

En aquel cuarto pequeño, con una coma de tinta fresca en la tapa de un cuaderno, firmé el primer acuerdo sin fecha de

vencimiento — y descubrí, con muchos años de retraso, que era ese el único que valía mi nombre.

Testigos: un barquito de casco en blanco, a punto de ganar santo, y un niño llamado Nicola, que llegó para demostrar que la frase continúa.

EPÍLOGO



EPÍLOGO

«Dicen que el tiempo cura. No cura: el tiempo negocia. Junio, después de dos años de conversación, aceptó el acuerdo».

MASSIMO GRECO

Dos años después

Junio volvió a Capri con el expediente limpio.

El mar amaneció de aquel azul que no cabe en una fotografía, el vestíbulo olía a flores y a cera, y el hotel entero trabajaba con la ligereza rara de los días en que nadie finge: hoy se casaba el patrón, y se casaba en casa.

Encontré a Ciro en medio del vestíbulo, con traje de gerente, dirigiendo el montaje como quien conduce una orquesta sin levantar la voz. Detuvo a un camarero nuevo con un gesto mínimo, le estrechó la mano al chico y preguntó, antes de cualquier instrucción:

—¿Cómo te llamas?

—Matteo, signor Ciro.

—Matteo. —Ciro asintió, guardando el nombre en el lugar donde guarda todos—. Aquí preguntamos primero. El resto se aprende.

Yo tardé cinco años y un crimen en preguntarle el nombre a aquel hombre. Él tardaba cinco segundos con cada uno que entraba por la puerta. De los dos, siempre supe quién era la mejor inversión de este hotel — solo tardé en firmar el informe.

En la piscina, el arpa ya estaba montada.

La misma piscina, la misma arpa, el mismo arpista — que aceptó el contrato desconfiado, alegando que la última vez su instrumento desapareció sin aviso y volvió sin explicación.

Prometí que esta vez nadie quitaba nada de ningún sitio. El infierno de los músicos iba a tocar en el paraíso, y la idea, por primera vez en muchos años, podía tener dueño público: mía. El único secreto bonito que tenía se convirtió en el primero de la fila de los confesados.

Nicola inauguró la mañana a su manera: navegando mejor de lo que andaba.

Me senté con él en el borde de la parte baja y soltamos el barquito en el agua — el casco pintado a cuatro manos, dos grandes y dos minúsculas más estorbando que ayudando, con el nombre en letras que el viejo del puerto aprobó por teléfono: Nicola.

Un barco con santo en el casco no se hunde, dicen en Bari. Mi hijo aplaudió su propio nombre flotando, perdió el equilibrio de puro entusiasmo y fue rescatado por el tirante del peto, riéndose, con el hoyuelo torcido que tuvo la osadía de heredar del lado izquierdo.

—Capitán sin juicio —informé.

Respondió algo en su idioma, categórico, y señaló el barco. La tripulación estaba alineada: faltaba la capitana.

En la terraza del piso de arriba, mandé comprobar la mesa dos veces. La mesa que una noche fue puesta y desmontada en un silencio récord — dos años de retraso en la entrega, el pedido nunca cancelado.

Hoy, después de la fiesta, la cena prometida sería servida.

Fue Chiara quien me encontró la última, ya con el vestido claro, una general en día de armisticio. Me sujetó por los hombros — ella y una abuela que ya no está, las únicas con esa licencia— y me estudió con la franqueza de quien probó el vino y aprobó la procedencia.

—Respira —ordenó—. Aprendiste bonito.

Detrás de ella, Lorenzo esperaba con las manos en los bolsillos y veinte años en los ojos.

—En junio me colgaste en la cara —dijo, en el tono que usaba dos veces por década—. Hoy me has puesto de padrino. Yo sé medir la distancia, Massimo. Es la mayor que he visto cruzar a un hombre.

El arpa empezó.

Ocupé mi lugar al borde de la piscina, con el mar a la espalda y el hijo en el regazo de la abuela, en primera fila, y miré hacia el fondo del vestíbulo — hacia las puertas abiertas, hacia el pasillo de mármol claro que cruza esta historia de punta a punta.

VIOLA SANTORO

Crucé el vestíbulo descalza.

A propósito, de vestido blanco, con la barbilla a la altura de trabajo — porque fue descalza como me conoció este mármol, una madrugada de junio en que una mujer sin apellido importante se rio de un hombre sin rostro público, y el mundo todavía no había decidido separarnos.

La maleta prestada se quedó en la memoria, jubilada con honores. Esta vez mis manos iban vacías y el camino era en dirección a él.

El mármol, bajo mis pies, estaba tibio de sol.

La travesía tuvo mejor público que la primera: la mamma en la punta de la fila, llorando en código de matriarca, con el pañuelo en la mano y el orgullo en la barbilla; Nino de traje, más alto que toda la familia y encargado del único trabajo que aceptó hacer gratis en la vida — entregarme; Rosa, ascendida a dama de honor por aclamación propia, con un cuadernillo de preguntas para los invitados importantes; Gemma de madrina, llorando con elegancia y negándome el pañuelo por principios; Franca, dueña de la única historia que aceptó no publicar nunca; los niños de los Riccardi sueltos entre las sillas, cazando algo que solo ellos veían.

Y en la puerta, con traje de gerente, Ciro — el hombre que una vez me dijo un apellido gratis y cambió el precio de todo. Me hizo media reverencia de oficio. Yo detuve la travesía dos segundos para estrecharle la mano, porque hay deudas que se pagan en público.

Massimo me esperaba al borde de la piscina, con el arpa tocando en el paraíso y los ojos en obras desde el primer paso.

—Prometo preguntar. Siempre.

Yo prometí en la misma moneda:

—Prometo responder. Entero.

Y cuando llegó la pregunta oficial, respondí mirándolo a él, con el hijo aplaudiendo a destiempo en la primera fila:

—Sí. —Una pausa, para que cupiera la sonrisa—. Sin condiciones de calendario, esta vez.

Él se rio en el altar. El país entero ya ha visto su rostro, pero aquella risa seguía fuera de catálogo — patrimonio de la familia.

La fiesta desembocó en la tarde: la mamma tomó el mando de la cocina del hotel por decreto propio y el chef firmó la rendición; Nino descubrió que sabía bailar cuando nadie miraba; Rosa entrevistó a Lorenzo, que lo respondió todo con la paciencia de quien criaba a sus propios reporteros en casa. Sobre la mesa de los regalos, alguien dejó un ejemplar de El Sur que Queda —segunda edición, portada nueva— abierto por la dedicatoria de tres palabras que solo tres personas leían entera: para quien se queda.

Al final de la tarde, busqué a mi marido con los ojos y lo encontré donde sabía: agachado al borde de la piscina con Nicola, los dos rescatando el barquito encallado en la esquina.

Él leía al hijo como lo leía todo ahora — despacio, línea a línea, sin saltarse páginas. Y yo me quedé allí, parada en medio de mi propia fiesta, echando la cuenta que nunca me cansaba de echar.

Él es la única cuenta de mi vida que nunca comprobé — y la única que siempre cuadró.

Cuando el sol empezó a negociar con el mar, subimos los tres a la terraza.

La mesa estaba puesta. La misma terraza, las mismas vistas, la cena que pasó años retenida en la aduana del destino — servida, por fin, con Nicola dormido en el carrito entre nuestras sillas, exhausto de reinar.

Massimo abrió la servilleta con la solemnidad de quien cumple una sentencia buena.

—Dos años de retraso —dijo—. Pido disculpas por la gestión anterior.

—La actual ha mejorado. —Probé el vino, que esta vez no era barato ni necesitaba serlo—. Los informes son favorables.

Fue ahí, entre un plato y otro, con junio lavado y tendido en el tendedero del mundo entero, cuando se lo conté.

—Massimo. Lo descubrí anteayer. —Dejé que la frase llegara despacio, como contamos ahora—. Lo guardé para hoy, porque junio merecía dar una noticia buena, para variar.

Él posó el tenedor. Vi a la hoja de cálculo antigua despertarse por reflejo, echar la cuenta en medio segundo y devolverle el resultado al hombre nuevo — que apartó la silla, se arrodilló delante de la mía, sin ceremonias y sin público, y posó la mano abierta en mi vientre todavía liso, con el permiso en los ojos, como la primera vez.

—La frase... —empezó, y la voz no llegó más allá.

—Sí. —Cubrí su mano con la mía, por encima del comienzo de todo—. La frase ha ganado una coma nueva.

El mar batió abajo, puntual, aplaudiendo a su manera. El arpa, allá lejos, todavía tocaba para los invitados que no sabían nada. Y mi marido se rio con los ojos llenos, arrodillado en el suelo de un hotel de Capri, el día de nuestra boda, algunos años y una vida después de junio.

Yo lo miré todo —el hombre, el niño dormido, el barquito secándose al borde de la piscina allá abajo, el mes entero devuelto por la marea— y entendí, de una vez por todas, la única lección que este mármol me enseñó gratis: Algunas historias no terminan. Ganan comas.

FIN

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0H4C2VMSJ>

«Su padre murió dejando una deuda de cuatro millones de euros. Y ahora, señorita Ricci, esa deuda es suya.»

Tres semanas después del entierro de mi padre, un abogado llamó a mi puerta y desmoronó la única versión de mi vida que conocía.

Cuatro millones doscientos mil euros de deuda. Fondos desaparecidos. Siete años de secretos escondidos detrás de la sonrisa del hombre más íntegro que jamás conocí.

Mi padre era contable. Vivía con prudencia. Y aun así se marchó dejándome una cifra imposible y un nombre que nunca habría imaginado cruzar.

Matteo Valenti.

Propietario de un banco privado que su familia construyó a lo largo de cuatro generaciones. Un hombre al que toda la ciudad respeta y al que nadie se atreve a desafiar. Frío, dueño de sí mismo, capaz de leer a las personas como quien lee un contrato — línea por línea, hasta lo que no está escrito.

Fui a verlo para negociar. Un aplazamiento. Cualquier cosa que no implicara perder la casa en la que crecí.

Él me miró como si ya me conociera. Como si llevara años esperándome.

Y entonces me hizo su propuesta: cinco años de contrato, bajo su supervisión. A cambio, mi casa, mi apellido y lo que queda de la memoria de mi padre.

Firmé — porque era lo único que me quedaba por hacer.

Pero cuantos más días paso a su lado, más comprendo que Matteo Valenti no me salvó solo para saldar una deuda.

Me mira como si yo guardara una respuesta que lleva años buscando. Y yo, que debería odiarlo con todas mis fuerzas...empiezo a olvidar por qué.

✓ **Romance Intenso y Emocional**

✓ **Diferencia de Edad**

✓ **Contrato / Deuda**

✓ **CEO Millonario**

✓ **Jefe / Empleada**

✓ **Secretos de Familia**

- ✓ **Tensión Romántica**
- ✓ **Slow Burn**

¡Lee también!



Link: <https://amzn.eu/d/0i2SE2Tc>

«La pieza más valiosa de Italia ha desaparecido. Y todas las pruebas señalan a la nueva empleada.»

CHIARA FERRARI

Crucé media Italia por este trabajo.

Dejé Florencia, a mi padre enfermo y todo lo que conocía por un puesto en el departamento de gemología del Gruppo Riccardi — el templo de la alta joyería en Roma. Era el sueño de mi vida. La oportunidad de demostrar que la nieta de la nonna podía llegar lejos.

Duró una semana.

Siete días. Ese fue el tiempo que pasó entre mi primer día y la desaparición de la joya más valiosa de la casa — de una caja fuerte abierta sin forzar, en una sala donde encontraron mis huellas.

Acusada. Despedida. Convertida en titular de prensa.

Y el hombre que firmó mi sentencia fue Lorenzo Riccardi. El CEO. El mismo hombre arrogante del ascensor, el dueño de esos ojos de ámbar que me desarmaron desde el primer día.

Ahora ningún laboratorio de Italia me contrata. Solo me queda una salida: demostrar mi inocencia.

Aunque, para eso, tenga que estar cerca del hombre que destruyó mi nombre.

LORENZO RICCARDI

Construí el Gruppo Riccardi sobre una sola regla: no dejar jamás que el corazón opine en los negocios. Firmé su despido como he firmado mil decisiones más. Limpio. Frío. Definitivo.

Entonces, ¿por qué no consigo dejar de pensar en la mujer que me plantó cara con la barbilla bien alta mientras su mundo se derrumbaba?

La verdad está enterrada en algún lugar, entre una caja fuerte violada y una familia llena de secretos.

Y cuanto más hondo excavo, más peligroso se vuelve — para mi imperio, para mi familia...

...y para mi corazón.

«El único crimen que cometió fue robarle el corazón al hombre que la condenó.»

✓ **Enemies to Lovers** ✓ **Multimillonario / CEO** ✓ **Acusada Injustamente**
✓ **Misterio y Secretos** ✓ **Cenicienta al Revés** ✓ **Slow Burn Emocional**

** El veredicto del multimillonario es el segundo volumen de la serie Multimillonarios Despiadados. Cada libro sigue a un magnate diferente y puede leerse de forma independiente.*

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0H1JQVT45>

Una noche. Un desconocido. Una promesa silenciosa de no volver a verse jamás. Diez años después, él entra en su despacho.

BEATRIZ FONSECA

Tenía dieciocho años cuando lo conocí en una playa de Florianópolis.

Sin nombres. Sin promesas. Sin preguntas.

Solo una mirada azul cargada de heridas que no supe descifrar, un beso que me cambió para siempre, y una frase susurrada antes de que desapareciera en la noche: «Gracias por salvarme.»

Nunca volví a verlo. Construí mi vida sin él — estudios, carrera, un puesto ganado con esfuerzo en la empresa de mi padre. Aprendí a no esperar a nadie.

Hasta que mi padre me presenta al nuevo director de Argo's.

Y es él.

Daniel Falcão. El mismo hombre. Los mismos ojos azules. Solo que ahora lleva un traje hecho a medida, dirige un imperio y arrastra una frialdad que quema más que cualquier palabra.

Me ha reconocido. Lo sé. Pero finge que soy una desconocida. Y no sé si quiero entender por qué.

DANIEL FALCÃO

Me convertí en el hombre que soy destruyendo todo aquello que pudiera hacerme vulnerable.

Sin amigos cercanos. Sin ataduras. Levanto empresas al borde del abismo, reescribo las reglas, me marcho antes de que alguien pueda acercarse demasiado.

Beatriz Fonseca era la única excepción que me había permitido. Una sola noche, hace diez años, cuando aún era un chico roto que no sabía cómo transformar el dolor en armadura.

Ahora es la hija de mi nuevo jefe. Y la mujer que cada mañana entra en mi despacho con esos ojos verdes y me recuerda exactamente por qué nunca debí volver a Florianópolis.

Mis reglas son claras: no mezclar trabajo y deseo. No dejar que el pasado vuelva a la superficie. No enamorarme.

Tres reglas. Estoy a punto de romperlas todas.

—*No puedes mirarme así.*

—*¿Y cómo te estoy mirando?*

—Como si me conocieras de toda la vida.

—Es que te conozco, Beatriz. Desde hace mucho más tiempo del que imaginas.

✓ **Segunda Oportunidad**

✓ **CEO Carismático e Inaccesible**

✓ **Él Se Enamora Primero**

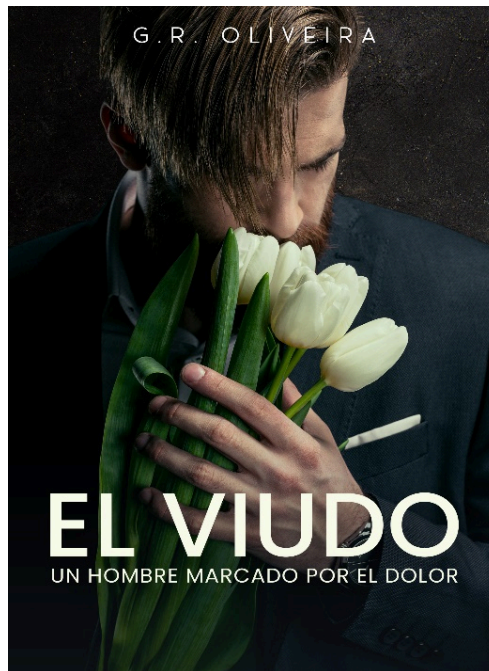
✓ **Jefe / Empleada**

✓ **Tensión Sexual Extrema**

✓ **Héroe con Pasado Oscuro**

✓ **Slow Burn Intenso**

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1>

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él.

Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

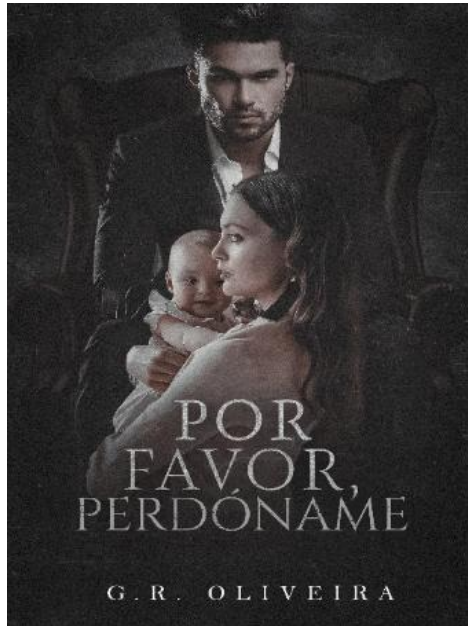
Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT>

**DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE
SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO**
DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él...

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser

humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

*«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!
—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y...
—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?
Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.
—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!
Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»*

NOTA DEL AUTOR

NOTA DEL AUTOR



Espero que tengáis una buena lectura y disfrutéis de esta nueva historia, y muchas gracias por vuestra confianza.

Si te ha gustado la historia, valórala.

Vuestra valoración es muy importante para mí en este camino de intentar ofrecer momentos cada vez mejores a mis lectores, haciéndome aprender un poco más con cada libro.

¡Muchas gracias a vosotros que le habéis dado una oportunidad a esta historia, y espero que os gusten las próximas!

[INSTAGRAM](#)

[FACEBOOK](#)
